



Gertrudis Gómez de Avellaneda

Autobiografía y cartas (hasta ahora inéditas) de la ilustre poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Gertrudis Gómez de Avellaneda

Autobiografía y cartas (hasta ahora inéditas) de la ilustre poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda

Al que leyere

Ajena por completo a nosotros toda idea de lucro cuando en 1907 sacábamos a luz por vez primera los hasta entonces ocultos documentos literarios de la más insigne poetisa española, no cuidamos de trompetear su aparición por medio de los grandes rotativos, seguros, como estábamos, de que habían de ser acogidos con admiración y aplauso de los hombres doctos, pues ellos venían a satisfacer la natural curiosidad de conocer hasta lo más recóndito del pensamiento de la inspirada Tula, y a colocar, pudiéramos decir, la última piedra en el monumento, que la posteridad ha levantado a su memoria. Pero el éxito superó al cálculo; el libro se impuso por la novedad, por la extrañeza que al mundo literario produjo la no sospechada existencia de aquella autobiografía y de aquellas cartas amorosas, llenas de pasión y de fuego, cual las pudiera haber escrito la mismísima Safo, y reveladoras de un estado de conciencia y de sentimientos ignorado hasta entonces; si bien la sana crítica, reposada e intensiva, había tropezado [8] alguna vez en el análisis con ese elemento, que se le escapaba como suave aroma, sin dejar huellas seguras de su procedencia.

A ese estado de conciencia aludíamos en el prólogo de la primera edición, al aseverar que aquel desaliento y tedio, de que van impregnadas muchas de sus poesías líricas no eran hijos del prurito de imitar a los vates melencólicos de su época, que se pasaron la vida plañiendo en verso, sino que eran amargos frutos del desengaño amoroso, que revelan en su contenido esas mismas cartas, cuya afirmación no se opone a la tesis sustentada por un crítico eminente de que la naturaleza altamente romántica de la franca india, manifestada desde sus primeros años, fuera la causa remota de ese estado de sus sentimientos, de lo que hay elocuentes muestras en la autobiografía; antes al contrario, se completan y avaloran recíprocamente de tal modo, que no puede darse la una sin la otra. La simpática Tula nació romántica, y por serlo, era en su niñez pesimista, huraña, propensa a la tristeza, amiga de la soledad, cualidades que no hubieran tenido desarrollo si su vida hubiese corrido por cauces bonancibles; pero contrariada en lo más intenso de sus ideales, en la más pura de sus ilusiones, padeció crisis tremenda del espíritu ocasionada por el choque de pasiones, que dio a sus poesías aquel tinte vago, pero perceptible, de melancolía, que no se explicaban sus contemporáneos, ni hubo de entender la posteridad, [9] hasta que salieron a luz sus cartas, que son lo mejor de sus poesías.

Por eso fue considerado el libro *La Avellaneda* en su primera aparición como tributo verdaderamente regio a la literatura española, y obra curiosa y sugestiva, que constituía un suceso, y de gran bulto, para la historia de las letras, y mereció que plumas tan bien cortadas como las de Altamira y Rodríguez Marín le dedicasen sendos artículos; el primero en la revista *España*, de Buenos Aires, reproducido en *Cultura Española*, de agosto de 1908; y el segundo en el periódico *ABC*, correspondiente al 6 de enero de 1909, reputándolo como de interés insuperable para conocer el alma de la gran poetisa, que, si nacida en Cuba, es eminentemente española por la fuerza de expresión y galanura de su brillante estilo, caracteres de la raza y de la lengua de Cervantes. Y el insigne polígrafo Menéndez y Pelayo, cuya pérdida aún lloran las letras patrias, al anotar su *Historia de la Poesía Hispano-americana*, le llamó libro curiosísimo que pronto se convertirá en una rareza bibliográfica, y añadió que había en él «datos muy importantes para la psicología de la poetisa, que en parte confirman y en parte rectifican la idea, que, por tradición de los que la conocieron, se tiene de ella»; en cuyas frases aludía, sin duda, a lo que él mismo había dejado sentado años atrás en el prólogo al tomo II de su *Antología de poetas hispano-americanos*, presintiendo [10] con la intuición propia del genio la existencia de aquellos manuscritos, que vinieran algún día a dar la prueba plena de que lo mejor que había en la poesía de Tula eran los sentimientos de mujer. He aquí las palabras del sabio crítico que conviene recordar:

«Quizá su mérito absoluto no haya sido tratado, siempre tan alto como debe serlo por la vulgar prevención o antipatía contra la literatura femenina, prevención que sea cualquiera su fundamento u origen, resulta irracional y absurda cuando recae en obras de valor tan alto, que nadie piensa en preguntar el sexo de quien las hizo. Lo cual no quiere decir tampoco que tratándose de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda vayamos a dar por buenos aquellos insulsos apotegmas, que en su tiempo y aún después han tenido la suerte de ser tan repetidos, como suelen serlo todas las necedades con aparato de ingeniosas: ¡Es mucho hombre esta mujer! ¡No es una poetisa, es un poeta!» «La Avellaneda era mujer y muy mujer, y precisamente lo mejor que hay en su poesía son sentimientos de mujer, así en las efusiones del amor humano como en las del amor divino. Lo que le hace inmortal, no sólo en la poesía lírica española, sino en la de cualquier país y tiempo es la expresión, ya indómita y soberbia, ya mansa y resignada, ya ardiente e impetuosa, ya mística y profunda, de todos los anhelos, tristezas, pasiones, desencantos, tormentos [11] y naufragios del alma femenina. Lo femenino eterno es lo que ella ha expresado y es lo característico de su arte: la expresión robusta, grandilocuente, magnífica, prueba que era grande artista y espíritu muy literario, quien acertó a encontrarla, pero no espíritu que hubiese cambiado de sexo, ni renegado de la envoltura en que Dios quiso encerrarlo. Faltaría algo a nuestra lírica moderna, si la Avellaneda no hubiese traído a ella con tanto brío y tanta sinceridad esta nota originalísima, sin romper con ninguna convención literaria ni social, pero sorteándolas hábilmente.»

Pero en ese concierto general de elogios hubo una nota discordante, dada por un cronista de la corte, muy castizo escritor por cierto, quien sin dejar de reconocer como un acontecimiento literario la aparición de las cartas, poco celebrado aquí, donde no hay afición a picotear de los enredos amorosos de las gentes de pluma, dejó correr la suya con sobrada ligereza al pretender describir con tibios y vulgarísimos colores la personalidad artística de la inspirada autora del *Baltasar*, presentándola como el tipo corriente de otras

señoras de su época aficionadas a hacer versos, y de la que restan breves recuerdos, a cuyas humoradas y dislates hubo de contestar para refutarlos en discreto artículo, titulado ¡Paz a los muertos!, el capitán de Carabineros don Manuel Gómez de Avellaneda, sobrino carnal de la insigne [12] Tula. Y como el agriado e impulsivo cronista arremetiera también contra la grata memoria del caballeroso don Ignacio de Cepeda, a quien califica de ingrato y no digno del honor, que al amarle tiernamente le concedía la poetisa, encontró en don José A. Jiménez un contradictor severo, que puso de relieve su ignorancia sobre hechos y personas a quienes ofendía; ignorancia vencible, y por tanto culpable (decimos nosotros), de la cual se hubiese curado fácilmente leyendo la Necrología, donde quedó probado con luz meridiana que la personalidad del señor Cepeda tenía de por sí bastante relieve para pasar a la posteridad, aún no habiendo existido las precitadas relaciones amorosas.

Cuando esto ocurría en la Península, la Prensa de la República de Cuba nos traía los ecos agradables de la función celebrada en La Habana en homenaje a la gran poetisa, con motivo de haber donado su busto, labrado en mármol, al Ateneo y Círculo de aquella capital el diplomático don Manuel S. Pichardo, de la cual daba cuenta en los términos más lisonjeros el periódico La Lucha, en su número del viernes 11 de diciembre de 1908, bajo el sugestivo epígrafe La apoteosis de Tula; fiesta espléndida y suntuosa, fiesta intelectual, y, sobre todo, patriótica, por la que la joven República quiso hacer resaltar su propia personalidad histórica, y en la que llevó la voz de la raza el fogoso orador Alfredo Zayas, Vicepresidente entonces [13] electo de aquel Estado, quien llegó a afirmar que la Avellaneda había venido a tomar posesión de España en nombre de las letras y de la poesía cubanas; frase hiperbólica, soltada en el calor de la improvisación, aún a trueque de contradecir lo sostenido en el principio de su discurso, de que había ido formándose como artista con la enseñanza de aquellos maestros inmortales, que se llamaron Nicasio Gallego, Alberto Lista y Nicomedes Pastor Díaz.

Tal resonancia tuvo aquella fiesta, de tal modo despertó en toda la isla el entusiasmo por la Avellaneda (un tanto adormecido al cabo de los años pasados desde el homenaje del teatro Tacón), que la Prensa antillana comenzó a pedir la traslación de sus restos a la tierra que le vio nacer, sobre cuyo asunto hubo un acuerdo del Consejo Provincial de Puerto Príncipe, bajo el motivo, no cierto por ventura, de que yacían olvidados acá en España, especie absurda que se encargaron de refutar varios periódicos, entre ellos Heraldo de Madrid, El Liberal, de Sevilla, y El Noticiero Sevillano. Las venerables cenizas de la insigne Tula reposan en decoroso sepulcro marmóreo, junto a las de su marido don Domingo Verdugo, en el sitio donde a ella plugo que descansaran, a orillas del poético Guadalquivir, en el Cementerio de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla, según disposición expresa de su testamento, otorgado [14] en Madrid el 27 de agosto de 1872, ante el notario don Mariano García Sancha.

Esos antecedentes, las alabanzas al libro La Avellaneda, de que arriba hacemos indicaciones sucintas, la demanda constante de ejemplares, no satisfecha por haberse agotado los de 1907, y la propicia circunstancia de celebrarse este año el centenario del natalicio de la genial artista, gloria común de Cuba y de España, para lo que se proyectan certámenes y fiestas en toda la gran Antilla, nos han movido a preparar esta segunda edición de sus cartas y de su autobiografía, con el convencimiento íntimo de que servirán, en la modesta esfera que nosotros podemos, para enaltecer más y más su esclarecido

mérito, dilatando los ámbitos de su fama, y en la creencia firmísima de que serán eternamente modelos del bien decir, mientras haya nación que hable la armoniosa lengua castellana. Va enriquecida la colección con trece cartas, que si no han traído nuevo interés sobre las cuarenta ya publicadas, sirven por modo admirable para robustecer el encadenamiento de las ideas, enlazando lo que antes pudo parecer suelto o sin sentido, en aquella correspondencia muy difícil de coordinar por carecer de fechas la mayoría de los manuscritos.

Otra novedad trae esta edición, que seguramente agradecerán sus lectores; la vera efigies de Tula en plena juventud. Hay varios retratos suyos, de los que conocemos el que aparece en el cuadro [15] del Senado, que representa la coronación de Quintana, en cuyo acto leyó una poesía doña Gertrudis; el también pintado al óleo por Esquivel, que posee el Marqués de Flores Dávila en su casa de Madrid; dos estampas, grabada la una en la litografía de Diana, y otra en la de Lope, de las que hay ejemplares en la Biblioteca Nacional; y el que posee en miniatura el señor Duque de T'Serclaes Tilly, hecho en Cádiz por Moral el otoño de 1839, y reproducido por el periódico ABC. Este último es el que hemos preferido para que figure en la presente edición. También se publica el retrato del señor Cepeda, si bien no es de la época a que este libro hace referencia, sino de cuarenta años después.

Deseo, lector, que la presente edición sea de tu agrado. [16] [17] [18] [19]

Informe de la Real Academia

Dictamen de la Real Academia Española, siendo Ponente el excelentísimo señor don Francisco Rodríguez Marín

«Por designación del excelentísimo señor Director de esta Academia he examinado el libro intitulado La Avellaneda.- Autobiografía y cartas de la ilustre poetisa hasta ahora inéditas, con un prólogo y una necrología, por don Lorenzo Cruz de Fuentes (Huelva, 1907), quien, como Catedrático del Instituto General y Técnico de Huelva, solicita que esta obra le sirva de mérito en su carrera.

Contiene tal libro, entre los dos mencionados trabajos del señor Cruz y a continuación de una franca autobiografía de la insigne poetisa, documento de valor verdaderamente inestimable, hasta cuarenta cartas de la misma, dirigidas, como aquella, en los años 1839, 40, 43, 45, 47, 50 y 54 a don Ignacio de Cepeda y Alcalde, joven osunés a quien amó con mucha vehemencia luego que se conocieron y trataron en Sevilla, en cuya Universidad cursaba sus estudios. Tenía él entonces [20] veintitrés años, y ella los veintitrés que decía y dos más, que por venial y común pesadilla mujeril ocultaba y ocultó siempre. Estas interesantísimas cartas, que sólo podrían serlo más si se conocieran, y con ellas hubieran salido a la luz pública las de su inspirador y destinatario, contienen (sobre todo, las muy apasionadas de los años 1839 y 1840) la luminosa explicación de una recóndita particularidad biográfica, que causó extrañeza a los críticos de antaño, y que aun los de nuestros días no habían acertado a explicarse satisfactoriamente. Nadie, hasta ahora, había llegado a saber qué misterioso acontecimiento determinó y fijó el carácter de la Avellaneda:

sus primeros biógrafos notaron con extrañeza aquella honda melancolía, aquel no disimulado tedio, que rebosa de muchas de sus composiciones poéticas. «Al lado de las ideas nobles y de la elevación de espíritu que distinguen a nuestra poetisa -escribía en 1841 su prologador don Juan Nicasio Gallego-, se notan ciertos suspiros de desaliento, desengaño y saciedad de la vida, que harán creer al lector que son fruto de la edad madura, de esperanzas frustradas, de ilusiones desvanecidas por una larga experiencia. ¡Cuál fue nuestra sorpresa cuando nos encontramos con una señorita de veinticinco años, en extremo agraciada, viva y llena de atractivos!»

Más cerca dar en el hito anduvo, aun escribiendo muchos años después, en 1869, nuestro [21] doctísimo compañero don Juan Valera, quien habiendo comparado a la Avellaneda con la célebre Victoria Colonna y manifestado que «ambas cantan y ensalzan en su primera juventud a algún sujeto mortal, por quien sentían el más vivo afecto», inclinábase a creer que aquella se había visto obligada «a conservar con frecuencia su ideal en abstracto y en vago por no poderle fijar, ni concretar, ni determinar en persona alguna de las que ha encontrado por el mundo».

A desatar todas las dudas, a poner en claro de una vez para siempre la causa principal de aquella tristeza y de aquel hastío, ocurre la publicación preciosa de cartas íntimas, en donde la autora, con gentil sinceridad de enamorada, mostró su alma toda; aquella alma grande y poética que, en frase de nuestro inolvidable compañero y amigo don Marcelino Menéndez y Pelayo, «aunque sea honra imperecedera de América por su origen, pertenece enteramente a Europa por su educación y desarrollo y ocupa en justicia uno de los primeros lugares del Parnaso español de la era romántica». Desde hoy, pues, gracias a la cultura y a la diligencia del señor Cruz de Fuentes, que ha dispuesto para la estampa este epistolario, anotándolo con esmero y escribiendo un muy discreto prólogo y un buen artículo necrológico del dicho don Ignacio, no se dudará quién era Él, el adorado Él a quien la inmortal poetisa se refirió a menudo, y [22] señaladamente en aquella ingeniosísima composición, cuyas hermosas quintillas, leídas una vez, no se van jamás de la memoria:

Y trémula, palpitante,
en mi delio extasiada,
miré una visión brillante,
como el aire perfumada,
como las nubes flotante.

.....
¿Qué ser divino era aquel?
¿Era un ángel o era un hombre?
¿Mi visión no tiene nombre?
¡Ah! Nombre tiene... ¡Era Él!

«Lo ligeramente expuesto basta para estimar que es de verdadera importancia el servicio que don Lorenzo Cruz de Fuentes ha prestado a nuestras buenas letras y a la cultura nacional con la publicación del mencionado libro, lo cual puede y debe servirle de mérito en su carrera con arreglo a las disposiciones legales vigentes». [23] [24] [25]

Prólogo de la primera edición

Las obras de doña Gertrudis Gómez de Avellaneda están ya juzgadas definitivamente por la crítica literaria, y el nombre ilustre de su inspirada autora ocupa lugar preeminente entre los más esclarecidos poetas que brillaron en el Parnaso español, y como el primero entre las poetisas que hablaron la lengua de Cervantes. No seré yo quien repita aquí sandía y torpemente lo que con tan profundo conocimiento de la materia y por elegante modo dejaron consignado en luminosos artículos periodísticos, en cartas laudatorias o en eruditos prólogos, varones tan preciaros como don Juan Nicasio Gallego, don Alberto Lista, don Nicomedes Pastor Díaz, don Juan Valera, don Pedro Antonio Alarcón, don Severo Catalina y el Duque de Frías, por no citar más, que sobresalen en la república de las letras, unos como poetas, otros como críticos, otros como novelistas, y todos como maestros consumados del bien decir.

Pero con tener el público un perfecto conocimiento del soberano arte de la Avellaneda desde [26] que salieron a luz los cinco tomos de sus obras literarias, que nos la presentan ceñida su frente de la triple corona de novelista, de poeta lírico y de autor dramático, todavía nos es posible conocerla bajo un nuevo aspecto, por todos ignorado, como modelo en el estilo epistolar, merced a unos manuscritos, que paran hoy en nuestro poder, transmitidos por el que fue su propietario, el ilustrísimo señor don Ignacio de Cepeda y Alcalde; quien, mirando en mí, no seguramente el más hábil de sus amigos, sino a uno de los más devotos y sinceros, quiso confiarme el honroso encargo, que yo acepté, agradecido, como un halago de la fortuna, de dar a los moldes de la imprenta tan preciosas reliquias. Hasta aquí habíamos apreciado los altísimos méritos de la ilustre hija de Puerto Príncipe, de la insigne Tula, como familiarmente era llamada, por los escritos dedicados a ver la luz pública, en los que quiso ella darse a conocer al mundo literario como artífice de la palabra y del pensamiento; mas ahora han de ser avaloradas también esas sus bellas cualidades de escritora correctísima, espontánea como pocas, y de muy profunda pensadora, aun en aquellas producciones que trazó su pluma, condenadas al nacer por su autora a ser rotas o quemadas sin remisión alguna, cruel sentencia que, por suerte, no llegó a cumplirse. Éstas son la autobiografía y las cartas que publicamos, inspiradas en la más ardiente y noble pasión amorosa que puede concebirse, y dirigidas, [27] con el sigilo de que tanto gustan los enamorados, al que fue sagrado objeto de sus más puros y dulces amores, a su ídolo, a su Dios, como repetida vez le llama.

Corría el año 1839, cuando la señorita Gertrudis Gómez de Avellaneda, que ya había acreditado el pseudónimo La Peregrina, con que firmaba algunas de sus producciones poéticas, conoció en Sevilla, entre la buena sociedad que le aplaudía y le admiraba, a don Ignacio de Cepeda, joven entonces de veintitrés años, hijo de noble familia ursonense, estudiante de la Facultad de Derecho, tipo de hermosura varonil, culto sin presunción, elegante sin amaneramiento, bondadoso y afable por naturaleza, y, para que nada le faltase para llenar las aspiraciones del más exigente corazón femenino, era rico por su casa, que poseía cuantiosos bienes de fortuna en la dicha ciudad, en Osuna, en Villalba del Alcor y en Almonte. Con estas raras cualidades, difíciles de reunir en un solo sujeto, no es de extrañar que la eminente poetisa, que también se hallaba en la exuberancia de la juventud, empezando por ser su amiga más sincera, no tardase en ver prendida en su pecho la llama

del amor, y que aceptase como un don del cielo a aquel su amigo, que satisfacía los estímulos de su corazón de fuego, y en el cual se armonizaban y sintetizaban las realidades de la vida con los ensueños de mujer, que en su portentosa imaginación se había forjado. [28]

Pero esas ilusiones, ese férvido entusiasmo de que están, no llenas, sino rebosantes las cartas de aquella época, fueron para la genial cubana como el heno, verde a la mañana, seco a la tarde, o cual gentil amapola tronchada al nacer por rudo arado. La revolución operada en su espíritu fue súbita y dolorosa: el ídolo cayó de su profanado altar y se destruyó el culto. ¿Cuál fue la causa de tanta desventura? No lo sabemos a ciencia cierta. Los celos tal vez; la pasión absorbente, avasalladora, que no conocía límites, de la franca india, como graciosamente se llamaba a sí propia la simpática Tula; y la templanza sostenida del señor Cepeda ante el temor instintivo de entregarse con armas y bagaje a aquella inteligencia poderosa, que algún día podría anularle con su superioridad indiscutible, debieron hacer el milagro. El hecho es, que en los primeros meses del año 1840, pierden las cartas su tinte apasionado, para reducirse paulatinamente a una correspondencia entre dos amigos muy íntimos, muy queridos, pero nada, más que amigos, cuando antes lo habían sido; y que esa transformación de afectos costó a la poetisa una de esas crisis morales, que forman época en la vida del individuo, dejando en el alma huellas, imborrables. «En un raptó de mal humor -decía- he rasgado dos actos de mi drama. En otro raptó de mal humor hice trizas el vestido que debía ponerme esta noche... no será extraño, que en otro me arroje por el balcón... Adiós, ten compasión [29] de una mujer, que pudo ser algo en el mundo y que ya es nada. Amame o mátame... no hay para mí otra alternativa. ¡Tantos días sin verte!... ¿tienes de hielo el corazón?... ¿qué significa esto?... ¿Te pesa ya mi amor?... Acaso te pese, pero no tanto como a mí la vida.»

De aquí nacieron el pesimismo, la tristeza, el desengaño y la melancolía, que impregnaron su alma tierna y apasionada desde sus años juveniles y de que van saturadas muchas de las poesías líricas engendradas por su fecundo numen. Bien lo echa de ver sin acertar con la explicación el eximio poeta y profundo crítico señor Gallego, «Al lado -dice- de las ideas nobles y de la elevación de espíritu, que distinguen a nuestra poetisa, se notan ciertos suspiros de desaliento, desengaño y saciedad de la vida, que harán creer al lector (como nosotros lo creíamos al ver algunas muestras en un periódico de Cádiz) que son fruto de la edad madura, de esperanzas frustradas, de ilusiones desvanecidas por una larga y costosa experiencia. ¡Cuál fue, pues, nuestro asombro cuando nos encontramos con una señorita de veinticinco años, en extremo agraciada, viva y llena de atractivos!... Posible es que la señorita Avellaneda tenga fundadas razones para estar disgustada, hasta el punto de pintarse consumida de tedio (tal es el asunto de uno de sus más bien torneados sonetos), cuando su condición social, sus pocos años y sus dotes personales debieran lisonjearle infinito; pero [30] es harto más probable que esté algún tanto contagiada de la manía del siglo y sea más ficticio que real el desaliento que nos pinta en algunas de sus composiciones. Acaso tendrán en esto no pequeña influencia las horas desusadas que dedica a su estudio, y suelen ser desde la una a las cuatro de la mañana.

Y en parecida equivocación no pudo menos de incurrir por falta de datos el gran estilista, el sabio maestro de las letras patrias, don Juan Valera, al juzgar en notabilísimo artículo con la altura de miras, que le era propia, las producciones líricas de la Avellaneda,

de la cual asegura con sobrado fundamento, que en ese género -«no tiene ni tuvo nunca rival en España, y sería menester, fuera de España, retroceder hasta la edad más gloriosa de Grecia, para hallarle rivales en Safo y en Corina, si no brillase en Italia, en la primera mitad del siglo XVI, la bella y enamorada Victoria Colonna, Marquesa de Pescara»-; pero abunda en la misma opinión del señor Gallego, de que nuestra poetisa se había contagiado del menosprecio del mundo y de los hombres, -«sentimiento propio de este siglo y fuente de rica y elevada aunque amarga inspiración»-; y al establecer un paralelo entre ambas poetisas, afirma de la española, que «se había visto obligada acaso a conservar con frecuencia su ideal en abstracto y en vago, por no poderlo fijar, ni concretar, ni determinar en persona alguna de las que ha encontrado por el mundo»-, [31] mientras que la italiana tuvo en su marido, el heroico Marqués de Pescara, vencedor en cien batallas, il suo bel sole, el motivo perenne de sus apasionados versos.

De hoy más podrá asegurarse, sin miedo de caer en evidente error, que ese desdén misantrópico, ese desaliento y tedio de la vida, que cual tenue sombra envuelve a casi todas las poesías líricas de la Avellaneda, no nacieron de su prurito de imitar a los vates melancólicos, muy de moda en aquella era, antes bien, fueron los óptimos, aunque amargos frutos de un estado psicológico, determinado por el choque de pasiones, que en tempestad tumultuosa se desencadenaron en su pecho, y que el ídolo que adoraba, deshecho y profanado en 1840, y renacido a los siete años como el fénix de sus cenizas, no era un ser extraterrenal, abstracto, ni quimérico, sino vivo, animado, de carne y hueso como los demás hombres, y de altiva frente,

«Que alumbrada parecía
por resplandores del alma.»

Para nadie será ya un secreto, que don Ignacio de Cepeda era el afortunado mortal, por quien sonaron los acentos más delicados de la apasionada lira de la Avellaneda; ora cante en bien pulidas estrofas el placer de haber hallado el tierno objeto de sus amores, [32]

Reflejaba su mirada

el azul del cielo hermoso;
no cual brilla en la alborada,
sino en la tarde, esmaltada
de tornasol misterioso.

.....
Yo, en profundo arrobamiento,
de su hálito los olores
cogí en las alas del viento,
mezclado con el aliento
de las balsámicas flores.

.....
Porque era, no hay duda, tu imagen querida,
que el alma inspirada logró adivinar...
aquella que en alba feliz de mi vida
miré para nunca poderla olvidar.
Por ti fue mi dulce suspiro primero;

por ti mi constante, secreto anhelar...
y en balde el Destino, mostrándose fiero,
tendió entre nosotros las olas del mar;

ora llore en sentidísimas endechas su ausencia y definitivo apartamiento,

No existe lazo ya: todo está roto:

plúgole al cielo así: ¡bendito sea!
Amargo cáliz con placer agoto:
mi alma reposa al fin: nada desea.

.....

.....

Cayó tu cetro, se embotó tu espada...
Mas, ¡ay!, ¡cuán triste libertad respiro!
Hice un mundo de ti, que hoy se anonada,
y en honda y vasta soledad me miro. [33]
¡Vive dichoso tú! ¿Más si algún día
ves este adiós, que te dirijo eterno,
sabe que aún tienes en el alma mía,
generoso perdón, cariño tierno.

A la primera época, de las dos que dejamos indicadas, pertenece la autobiografía escrita a ruegos del señor Cepeda, o lo que parece más verosímil, por propia iniciativa de su autora, que quiso dar a conocer su pasado al hombre a quien ya había entregado su corazón. Aparecen en ella consignados con notable ingenuidad los recuerdos de la niñez y de la primera juventud, su venida a España y a Sevilla, y hasta secretos del hogar doméstico, por lo que exigía en el primer párrafo, que llamaríamos prólogo, que el fuego devorase aquel papel inmediatamente que fuera leído, y que nadie más tuviese noticia de su existencia; y como dudando de que se hubieran cumplido tan duras condiciones, decía a los pocos días en carta al señor Cepeda: «Respecto al cuadernillo, que di a usted, sabe usted mis condiciones. Están en él consignadas las personas por sus nombres y encierra confianzas, que sólo a usted pudiera yo haber hecho, pues soy sumamente reservada en asuntos domésticos. Por todo esto no estaré tranquila hasta saber que ha sido quemado por usted mismo: lo ruego y lo exijo.» Igual advertencia hace en algunas de sus cartas que corresponden al año 1839, y en las que fueron escritas en la segunda época de relaciones amorosas, o [34] sea el otoño de 1847, cuando, ya viuda de su primer marido, la eminente poetisa, volvió a tratar de cerca al señor Cepeda, que se detuvo en Madrid larga temporada al emprender su viaje, no de recreo, sino de instrucción, por diversas cortes europeas.

Unas y otras, así como la autobiografía, fueron guardadas con esmero y cariño, como oro en paño, por su ilustre propietario, no ciertamente por vanidad que nunca conoció esa pasión, sino por grato recuerdo de sus años juveniles; y así, no consintió jamás en que fueran publicadas en vida suya, limitándose a dar su permiso para que saliera a luz después de su muerte. «Si podían servir para enaltecer más y más el mérito de la insigne escritora y satisfacer la curiosidad de querer conocer hasta el último punto sus más íntimos pensamientos» -como me decía en carta de 16 de julio de 1902-, contestando a mi amistoso requerimiento de que no quedasen condenados a perpetuas tinieblas manuscritos tan

preciados. Comprendiéndolo así la Ilustrísima señora doña María de Córdova y Govantes, viuda del señor Cepeda, ha querido rendir un homenaje de cariño a la veneranda memoria de su esclarecido esposo, costeano la presente edición, que seguramente le agradecerán los amantes de las buenas letras, y a la que se ha creído oportuno agregar por el autor de estas líneas una Necrología del señor Cepeda, que por sus talentos y sus méritos fue digno objeto [35] del amor de una de las primeras poetisas españolas.

Hora será ya de terminar este desmedrado prólogo, para que los lectores (si alguno paró mientes en él) puedan saborear las hermosas páginas que dejó trazadas la pluma de la inspirada escritora. [36] [37] [38] [39]

Autobiografía
de la señora doña Gertrudis Gómez de Avellaneda

«23 de julio a la una de la noche.

Es preciso ocuparme de usted; se lo he ofrecido; y, pues, no puedo dormir esta noche, quiero escribir; de usted me ocupo al escribir de mí, pues sólo por usted consentiría en hacerlo.

La confesión, que la supersticiosa y tímida conciencia arranca a una alma arrepentida a los pies de un ministro del cielo, no fue nunca más sincera, más franca, que la que yo estoy dispuesta a hacer a usted. Después de leer este cuadernillo, me conocerá usted tan bien, o acaso mejor que a sí mismo. Pero exijo dos cosas. Primera: que el fuego devore este papel inmediatamente que sea leído. Segunda: que nadie más que usted en el mundo tenga noticia de que ha existido.

Usted sabe que he nacido en una ciudad del centro de la isla de Cuba, a la cual fue empleado mi papá el año de nueve y en la cual casó algún tiempo después con mi mamá, hija del país. [40]

No siendo indispensables extensos detalles sobre mi nacimiento para la parte de mi historia, que pueda interesar a usted, no le enfadaré con inútiles pormenores, pero no suprimiré tampoco algunos que pueden contribuir a dar a usted más exacta idea de hechos posteriores.

Cuando comencé a tener uso de razón, comprendí que había nacido en una posición social ventajosa: que mi familia materna ocupaba uno de los primeros rangos del país, que mi padre era un caballero y gozaba toda la estimación que merecía por sus talentos y virtudes, y todo aquel prestigio que en una ciudad naciente y pequeña gozan los empleados de cierta clase. Nadie tuvo este prestigio en tal grado: ni sus antecesores, ni sus sucesores en el destino de comandante de los puertos, que ocupó en el centro de la isla; mi padre daba brillo a su empleo con sus talentos distinguidos, y había sabido proporcionarse las relaciones más honoríficas en Cuba y aun en España.

Pronto cumplirán diez y seis años de su muerte, mas estoy cierta, muy cierta, que aún vive su memoria en Puerto Príncipe, y que no se pronuncia su nombre sin elogios y bendiciones: a nadie hizo mal, y ejecutó todo el bien que pudo. En su vida pública y en su vida privada siempre fue el mismo: noble, intrépido, veraz, generoso e incorruptible.

Sin embargo, mamá no fue dichosa con él; acaso porque no puede haber dicha en una unión [41] forzosa, acaso porque siendo demasiado joven y mi papá más maduro, no pudieron tener simpatías. Mas siendo desgraciados, ambos fueron por lo menos irreprochables. Ella fue la más fiel y virtuosa de las esposas, y jamás pudo quejarse del menor ultraje a su dignidad de mujer y de madre.

Disimúleme usted estos elogios: es un tributo que debo rendir a los autores de mis días, y tengo cierto orgullo cuando al recordar las virtudes, que hicieron tan estimado a mi padre, puedo decir: soy su hija.

Aún no tenía nueve años cuando le perdí. De cinco hermanos que éramos, sólo quedábamos a su muerte dos: Manuel y yo; así es que éramos tiernamente queridos, con alguna preferencia por parte de mamá hacia Manolito y por papá hacia mí. Acaso por esto, y por ser mayor que él cerca de tres años, mi dolor en la muerte de papá fue más vivo que el de mi hermano. Sin embargo, ¡cuán lejos estaba entonces de conocer toda la extensión de mi pérdida!

Algunos años hacía que mi padre proyectaba volverse a España y establecerse en Sevilla; en los últimos meses de su vida esta idea fue en él más fija y dominante. Quejose de no dejar sus huesos en la tierra nativa, y pronosticando a Cuba una suerte igual a la de otra isla vecina, presa de los negros, rogó a mamá se viniese a España con sus hijos. Ningún sacrificio de intereses, decía, es demasiado: nunca se comprará cara la ventaja de [42] establecerse en España. Éstos fueron sus últimos votos, y cuando más tarde los supe deseé realizarlos. Acaso éste ha sido el motivo de mi afición a estos países y del anhelo con que a veces he deseado abandonar mi patria para venir a este antiguo mundo.

Quedó mamá joven aún, viuda, rica, hermosa (pues lo ha sido en alto grado), y es de suponer no le faltarían amantes, que aspirasen a su mano. Entre ellos Escalada, teniente coronel del regimiento que entonces guarnecía a Puerto Príncipe, joven también, no mal parecido, y atractivo por sus dulces modales y cultivado espíritu. Mamá le amó, y antes de los diez meses de haber quedado huérfanos, tuvimos un padrastro. Mi abuelo, mis tíos y toda la familia llevó muy a mal este matrimonio; pero mi mamá tuvo para esto una firmeza de carácter que no había manifestado antes, ni ha vuelto a tener después. Aunque tan niña, sentí herido de este golpe mi corazón; sin embargo, no eran consideraciones mezquinas de intereses las que me hicieron tan sensible a este casamiento: era el dolor de ver tan presto ocupado el lecho de mi padre y un presentimiento de las consecuencias de esta unión precipitada.

Afortunadamente sólo un año estuvimos con mi padrastro, pues aunque una Real orden inicua y arbitraria nos obligaba a permanecer bajo su tutela, la suerte nos separó. Su regimiento fue mandado a otra ciudad, y mamá no se resolvió a dejar [43] su país y sus

intereses para seguirle. Ocho años duró esta separación; sólo dos o tres meses cada año iba Escalada a Puerto Príncipe con licencia, y se portaba entonces muy bien con mamá y con nosotros. Por tanto, ¡éramos felices! Aunque tenía mamá otros hijos de sus segundas nupcias, su cariño para con nosotros era el mismo. A Manuel, sobre todo, siempre le ha querido con una especie de idolatría, y a mí lo bastante para no poder formar la menor queja. Dábaseme la más brillante educación que el país proporcionaba, era celebrada, mimada, complacida hasta en mis caprichos, y nada experimenté que se asemejase a los pesares en aquella aurora apacible de mi vida.

Sin embargo, nunca fui alegre y atolondrada como lo son regularmente los niños. Mostré desde mis primeros años afición al estudio y una tendencia a la melancolía. No hallaba simpatías en las niñas de mi edad; tres solamente, vecinas mías, hijas de un emigrado de Santo Domingo, merecieron mi amistad. Eran tres lindas criaturas de un talento natural despejadísimo. La mayor de ellas tenía dos años más que yo, y la más chica dos años menos. Pero ésta última era mi predilecta, porque me parecía, aunque más joven, más juiciosa y discreta que las otras. Las Carmonas (que éste era su apellido) se conformaban fácilmente con mis gustos y los participaban. Nuestros juegos eran representar comedias, hacer cuentos, rivalizando a quien los hacía más bonitos, adivinar [44] charadas y dibujar en competencia flores y pajaritos. Nunca nos mezclábamos en los bulliciosos juegos de las otras chicas con quienes nos reuníamos.

Más tarde, la lectura de novelas, poesías y comedias llegó a ser nuestra pasión dominante. Mamá nos reñía algunas veces de que siendo ya grandecitas, descuidásemos tanto nuestros adornos, y huyésemos de la sociedad como salvajes. Porque nuestro mayor placer era estar encerradas en el cuarto de los libros, leyendo nuestras novelas favoritas y llorando las desgracias de aquellos héroes imaginarios, a quienes tanto queríamos.

De este modo cumplí trece años. ¡Días felices, que pasaron para no tornar más!... Cepeda, mañana continuaré escribiendo. Estoy fatigada y la pluma es malísima, ¿qué hará usted ahora? Dormir acaso, ¡ojalá!»

«25 por la mañana.

Hoy no le veré a usted verosímelmente, pues según su sistema, creo no irá a la ópera, a la cual iré yo. Creo, empero, que el motivo de no ir usted, no será hallarse malo, pues me molestaría infinito esta suposición, creyendo que mis impertinentes instancias de anoche para que fuese usted a Cristina, fuese la causa de ello. Voy a continuar mi relación y procuraré abreviarla.

Mi familia me trató casamiento con un caballero [45] del país, pariente lejano de nosotros. Era un hombre de buen (aspecto) personal y se le reputaba el mejor partido del país. Cuando se me dijo que estaba destinada a ser su esposa, nada vi en este proyecto que no me fuese lisonjero. En aquella época comenzaba a presentarme en los bailes, paseos y tertulias, y se despertaba en mí la vanidad de mujer. Casarme con el soltero más rico de

Puerto Príncipe, que muchas deseaban, tener una casa suntuosa, magníficos carruajes, ricos aderezos, etc., era una idea que me lisonjeaba. Por otra parte, yo no conocía el amor sino en las novelas que leía, y me persuadí desde luego que amaba locamente a mi futuro. Como apenas le trataba y no le conocía casi nada, estaba a mi elección darle el carácter que más me acomodase. Por de contado me persuadí, que el suyo era noble, grande, generoso y sublime. Prodigole mi fecunda imaginación ideales perfecciones, y vi en él reunidas todas las cualidades de los héroes de mis novelas favoritas. El valor de un Oroondates, el ingenio y la sensibilidad apasionada de un Saint-Preux, las gracias de un Lindor y las virtudes de un Grandisón. Me enamoré de este ser completo, que veía yo en la persona de mi novio. Por desgracia, no fue de larga duración mi encantadora quimera; a pesar de mi preocupación, no dejé de conocer harto pronto, que aquel hombre no era grande y amable sino en mi imaginación; que su talento era muy limitado, su sensibilidad [46] muy común, sus virtudes muy problemáticas. Comencé a entristecerme y a considerar mi matrimonio bajo un punto de vista menos lisonjero. En aquella época, mi futuro tuvo precisión de ir a La Habana, y su ausencia, que duró diez meses, me proporcionó la ventaja de poder olvidar mis compromisos. Como no veía a mi novio, ni casi se me hablaba de él, apenas, rara vez, me acordaba vagamente, que existía en el mundo. La amistad ocupaba entonces toda mi alma. Adquirí una nueva amiga en una prima, que, educada en un convento, comenzó entonces a presentarse en sociedad. Era una criatura adorable; yo, que no amaba a ninguna de mis otras primas, me incliné a ella desde el primer momento en que la vi.

He notado en el curso de mi vida, que si bien alguna vez se ha engañado mi corazón, más frecuentemente ha tenido un instinto feliz y prodigioso en sus primeros impulsos. Rara vez he encontrado simpatías en aquellas personas que a primera vista me han chocado, y muchas he adivinado, en dicha primera vista, el objeto de mi futuro afecto.

Mi prima obtuvo, desde luego, mi simpatía y no tardó en ocupar un lugar distinguido en mi amistad. Únicamente Rosa Carmona la rivalizaba, pues ninguna de las otras dos Carmonas fueron de mí tan queridas como ella. Cuando estábamos todas reunidas, hablábamos de modas, de bailes, de novelas, de poesías, de amor y de amistad. [47] Cuando Rosa, mi prima y yo estábamos solas, solíamos ocuparnos de objetos más serios y superiores a nuestra inteligencia. Muchas veces nuestras conversaciones tenían por objeto los cultos, la muerte y la inmortalidad. Rosa tenía mucho juicio en cuanto decía, y yo admiraba siempre la exactitud de sus raciocinios. En cuanto a mi prima, era como yo, una mezcla de profundidad y ligereza, de tristeza y alegría, de entusiasmo y desaliento. Como yo, reunía la debilidad de mujer y la frivolidad de niña con la elevación y profundidad de sentimientos, que sólo son propios de los caracteres fuertes y varoniles. ¡Yo no he encontrado en nadie mayores simpatías!

Siendo las cinco jóvenes, no feas, y gozando reputación de talento, fuimos bien pronto las señoritas de moda en Puerto Príncipe. Nuestra tertulia, que se formó en mi casa, era brillantísima para el país. En ella se reunía la flor de la juventud del otro sexo y las jóvenes más sobresalientes. Todos los forasteros de distinción que llegaban a Puerto Príncipe, solicitaban ser introducidos en nuestra sociedad, y nos llevábamos todas las atenciones en los paseos y bailes. Atrajimos la envidia de las mujeres, pero gozábamos la preferencia de los hombres, y esto nos lisonjeaba.

Volvió en eso mi novio, pero yo no le vi sin una especie de horror. Desnudo del brillante ropaje de mis ilusiones, parecióme un hombre odioso y despreciable. Mi gran defecto es no poder [48] colocarme en el medio y tocar siempre los extremos. Yo aborrecía a mi novio tanto como antes creí amarlo. Él no pudo apercibir mi mudanza, porque jamás habíale yo mostrado mi afecto. Mis ilusiones nacieron y acabaron allá en el secreto de mi corazón, porque, tan tímida como apasionada, no concebía yo entonces que se pudiera, sin morir de vergüenza, decir a un hombre: yo te amo. Como no debía casarme hasta los diez y ocho años, y sólo tenía quince, y como mi novio me visitaba muy poco, aquel matrimonio me ocupaba menos de lo que debía. Mirábalo remoto, gozaba lo presente y no interrogaba al porvenir.

Lola (la segunda de las Carmonas) y mi prima, entablaron relaciones de amor casi al mismo tiempo, y esta circunstancia, al parecer sencilla para mí, tuvo, no obstante, una notable influencia. Ellas amaban y eran amadas con entusiasmo, yo era la confidente de ambas. Entonces se operó en mí una mudanza repentina y extraña. Hícenle huraña y caprichosa: las diversiones y el estudio dejaron de tener atractivos para mí. Huía de la sociedad y aún de mis amigas; buscaba la soledad para llorar sin saber por qué, y sentía un abismo en mi corazón. Yo no era ya el objeto más amado de dos de mis amigas: ellas gozaban en otro sentimiento una felicidad, que yo no conocía. ¡Yo sentía celos y envidia! Pensando en aquella ventura, que mi imaginación engrandecía, invocaba al objeto que podía dármela: ¡aquel objeto ideal que [49] formé en los primeros sueños de mi entusiasmo! Creía verle en el Sol y en la Luna, en el verde de los campos y en el azul del cielo: las brisas de la noche me traían su aliento, los sonidos de la música el eco de su voz: ¡Yo le veía en todo lo que hay de grande y hermoso en la Naturaleza!; ¡deliraba como con una calentura!

Sin embargo, aquella situación no estaba destituida de encantos. Yo gozaba llorando, y esperaba realizar algún día los sueños de mi corazón.

¡Cepeda! ¡Cuánto me engañaba!... ¿Dónde existe el hombre que pueda llenar los votos de esta sensibilidad tan fogosa como delicada? ¡En vano lo he buscado nueve años!; ¡en vano! He encontrado hombres; hombres, todos parecidos entre sí: ninguno ante el cual pudiera yo postrarme con respeto y decirle con entusiasmo: tú serás mi Dios sobre la tierra, tú el dueño absoluto de esta alma apasionada. Mis afecciones han sido por esta causa débiles y pasajeras. Yo buscaba un bien que no encontraba y que acaso no existe sobre la tierra. Ahora ya no le busco, no le espero, no le deseo: por eso estoy más tranquila.

Esta tarde o mañana continuaré escribiendo. ¡Adiós!»

«25 por la tarde.

Fue introducido en nuestra tertulia un joven que apenas conocía; una antigua enemistad, transmitida de padres a hijos, dividía las dos familias [50] de Loynaz y Arteaga. El joven pertenecía a la primera y mamá a la segunda; por consiguiente, ninguna relación existió

hasta entonces entre nosotros. Un primo mío había sido el primero que rompiera la valla, uniéndose en amistad con un Loynaz. Las familias, que en un principio llevaron muy a mal dicha amistad, por fin se desentendieron, y Loynaz, prevaliéndose de ella, solicitó visitarme. Mamá lo rehusó algún tiempo, pero tanto instó mi primo, tanto ridiculicé yo aquella enemistad rancia y pueril, que al fin cedió, y Loynaz tuvo entrada en casa. No tardó en granjearse la benevolencia de mamá y en ser el más deseado de la tertulia. Aunque muy joven, su talento era distinguido, su figura bellísima y sus modales atractivos.

Mis compromisos y la enemistad de nuestras familias eran dos motivos poderosos para alejar de él toda esperanza respecto a mí; pero sin tomar el aire de un amante, él supo mostrarme una preferencia, que me lisonjeaba. Nuestras relaciones eran meramente amistosas, y toda la tertulia las consideraba así. En cuanto a mí, no me detenía en examinar la naturaleza de mis sentimientos: leía con Loynaz poesías, cantaba dúos al piano con él, hacíamos traducciones, y no tenía yo tiempo para pensar en nada, sino en la dicha que era para mí la adquisición de un tal amigo.

Por el verano nos fuimos al campo, a una posesión próxima a la ciudad, y llevé conmigo a Rosa [51] Carmona, que, desde que mi prima tenía amante, había llegado a ser mi amiga predilecta. Loynaz, mis primos y muchos amigos de ambos sexos, iban a visitarnos con frecuencia. ¡Tuve días deliciosos! Sin embargo, entonces mismo se me ofrecieron motivos de inquietud y de penas. Yo estaba encantada con Loynaz, pero me hallaba muy lejos de creerle el hombre según mi corazón. Encontrábale más talento que sensibilidad, y en su carácter un fondo de ligereza que me disgustaba. Como amante, no llenaba él mis votos, mas le miraba como amigo y me había aficionado infinito a su trato. Rosa me hizo entrar en aprensión. Empeñase en persuadirme, que nuestra pretendida amistad no era más que un amor disfrazado, y por lo mismo más peligroso. Recordábame sin cesar mis compromisos y hacía de mi novio elogios, que hasta entonces no le había yo oído. Ponderando las ventajas de aquel matrimonio, me intimidaba al mismo tiempo con suponerlo inevitable, porque sólo con escándalo y afligiendo a mi familia, decía ella, podría yo romper un empeño tan serio y tan antiguo.

A fuerza de decirme que yo amaba a Loynaz, llegó a persuadírme; pero como siempre conocía yo que no era él quien podía comprenderme y que no me inspiraba ni estimación, ni entusiasmo, aquel amor no me hacía dichosa cual yo deseaba, y en vez del orgullo que debe sentir un corazón que encuentra lo que busca, yo sentía [52] aquella especie de humillación que nos causa la persuasión de habernos aficionado a un objeto, que no nos merece.

Volvimos a la ciudad en el mes de septiembre a asistir a las bodas de mi prima, que se casó entonces con el hombre que amaba. Sus amores y los de Lola Carmona habían comenzado al mismo tiempo, como ya he dicho, y al mismo tiempo casi se casaron ambas, aunque de un modo bien diferente. Mi prima vio aprobada su elección por toda la familia; Lola, contrariada por la suya, se casó depositada y se marchó inmediatamente a La Habana con su marido. Así me vi privada de una de mis amigas.

Acompañé al campo a los recién casados, y cuando volví un mes después, encontré una gran mudanza. Loynaz había sido despedido de casa, y, bajo el pretexto de que quería

marcharse con su marido, mamá había fijado para dentro de tres meses mi matrimonio, que antes señalara para el cumplimiento de mis diez y ocho años. El novio a todo se prestaba: ni me amaba (según he creído siempre) ni me aborrecía. Deseaba establecerse con una niña de su familia, que tuviese inocencia y alguna hermosura. Mi abuelo había dicho que yo era la que buscaba, y que me daría además todo su quinto (que ciertamente no era despreciable), si me casaba con aquel hombre. Esto le había decidido a él y esto era lo que le movía.

Al llegar yo y saber las novedades ocurridas, [53] quedé anonadada, y sin saber a qué atribuir las. Pero no tardé en saberlo todo y en sufrir el primero y más terrible de mis desengaños.

Es tarde, Cepeda, continuaré luego.»

«A la una de la noche.

He visto a Curro en el teatro, a usted no, tampoco lo esperaba. ¿Pero habrá de continuar usted un género de vida semejante? No es cierto que el solo disgusto de la sociedad le inspire a usted esa especie de misantropía; no, no es posible. Se necesita haber padecido mucho, haber sido la víctima de la sociedad para aborrecerla en ese grado. Usted que no tiene motivos positivos para estar quejoso de ella; usted puede conocer sus vicios e injusticias, y no entregarse a ella con la imprudencia de la inexperiencia y la sencillez; pero no es posible que sin poderosísimos motivos huya usted de ella tan obstinadamente a los veintitrés años. Si no la sociedad, la música por lo menos pudiera atraer a usted a la ópera. Yo, que he padecido sin duda penas más reales que las que usted pueda tener, yo que conozco tanto como usted, por lo menos, el mundo y la sociedad, no siento esa misantropía; y aunque no vea ni a la sociedad ni al mundo al través del encantado prisma de las ilusiones, aún conozco que necesito del uno y de la otra: ¿qué secreto es, pues, ése que usted me oculta? ¡Ingrato! Usted se apodera de mi confianza y [54] me rehúsa la suya; ¡usted se llama mi amigo y disimula usted conmigo! Escuche usted. No le demando a usted sus secretos, no; yo los respeto; pero pídale usted a Dios que no los haya yo adivinado.

Si la idea que desde anoche me persigue no es una aprensión mía; si la vida retirada que usted hace tiene el motivo que sospecho... yo seré siempre su amiga de usted, pero conoceré que usted no lo es mío. Más; conoceré que es usted capaz de arterías y pequeñas falsedades, conoceré que usted no me ha comprendido, y... ¡qué sé yo!, veré en usted un hombre como todos los demás. De anoche acá usted ha decaído tanto en mi opinión, que... (¿por qué no he de decirlo todo?) que casi temo aumentar con el nombre de usted la lista de mis desengaños. Yo perderé, si así fuere, yo perderé una ilusión, una última ilusión que me ha lisonjeado algunos días; pero usted perderá más: sí. Porque, ¿dónde hallará usted otra amiga como yo? Usted no sabe, no puede saber, cuán puro, cuán desinteresado, cuán tierno es el afecto que me inspira. Pero, ¿adónde voy a parar?; ¡yo me contradigo! No, caro Cepeda, no perderá usted mi amistad mientras ella tenga para usted algún valor; pero yo le suplico a usted en nombre del cielo y de la sinceridad de mi alma, yo le conjuro a usted, que si esta amistad perjudica a intereses del corazón más caros, que si teme usted excite ella

celos y origine disgustos a un objeto querido, [55] no se valga usted de pretextos para evitarlos. Oiga usted. Es demasiado noble y pura nuestra amistad para que sufra las sombras del misterio: yo no podré tolerarlo ciertamente; pero si la manifestación de ella puede ofender al amor, el amor es primero: la amistad debe ser sacrificada, y lo será: yo lo exijo. Mi corazón no variará por esto y en él siempre ocupará Cepeda un lugar distinguido.

Mañana continuaré mi historia, y acaso la concluiré; pero no la tendrá usted tan pronto, porque mañana no nos veremos. Es preciso evitar un trato tan frecuente, porque su sociedad de usted me haría disgustar de cualquier otra, y yo no deseo estrechar el círculo de mis goces, sino ensancharlo lo posible. Adiós, hasta mañana, es decir, hasta mañana en este papel, pues repito que voy a probar, si me es ya necesaria absolutamente la sociedad de usted, estando tantos días como posible me sea sin verle.»

«26 por la mañana.

La despedida de Loynaz y la proximidad de mi casamiento fueron para mí dos golpes tan sensibles como inesperados: pero, ¡cuál quedé al saber la mano de la cual me habían sido asestados!... Rosa, mi amiga, mi confidente Rosa, había persuadido a mamá, que existía una correspondencia amorosa entre Loynaz y yo, que él me inducía a [56] romper mis compromisos, y conociendo ella mejor que nadie la pureza de mis sentimientos y rectitud de mis intenciones, fue bastante vil para aparentar temores de que, arrastrada por la pasión, que me suponía, diese algún paso imprudente e irremediable. ¡Logró completamente su objeto! ¡Cepeda!; ¡y sólo tenía quince años aquella mujer!; ¡qué habrá llegado a ser después!

Yo no conocía ni el mundo, ni los hombres: era tan inocente e inexperta como en el día que nací; había creído que Rosa me amaba y que era incapaz su corazón de una perfidia. El conocimiento de aquella primera decepción fue para mí un golpe mortal, que cayó de lleno sobre mi alma.

Pero, ¡admire usted mi candor y sencillez! Rosa logró persuadirme, que sólo mi interés y la ternura de la amistad la habían decidido a aquel paso, y me juró, que sus intenciones eran las más puras y desinteresadas. ¡La creí, y la perdoné!

Loynaz me escribió, y por primera vez dejó de designar con el nombre de amistad el sentimiento que yo le inspiraba. Refería cómo mamá le había prohibido continuar visitándome y se quejaba de un desaire que no había merecido. «No ignoro, me decía, los compromisos que respecto a usted ha contraído su familia, y usted sabe mejor que nadie con cuánta delicadeza los he respetado, pero, pues no se ha sabido apreciar mi conducta, no quiero por más tiempo violentarme: sepa usted [57] que la amo y que a todo estoy dispuesto, si encuentro en usted iguales sentimientos.»

Me pareció que había en aquella carta más orgullo que pasión, pero me conmoví sin embargo. Tratando a aquel joven, nunca le hubiera amado, porque su frivolidad, tan visible,

era un antídoto colocado felizmente junto a cualquiera dulce emoción que me inspiraba: pero cuando no le vi, cuando le creí desairado injustamente, ofendido y desgraciado por mi causa, mi afecto hacia él tomó una vehemencia, que acaso jamás hubiera tenido de otro modo. Sin embargo, tuve bastante prudencia para dominarme, y en mi contestación le decía, que estaba resuelta a sacrificarme por complacer a mi familia, casándome con un hombre que aborrecía. «No soy insensible a su afecto de usted (le decía al concluir), pero respetaré mis vínculos, y suplico a usted no vuelva a escribirme.».

No hizo caso de esta súplica: me escribió, dos veces más, cartas muy apasionadas, invitándome a romper un empeño que le hacía infeliz y a mí igualmente, pero no le contesté, y cesó de escribirme.

A pesar de esta conducta tan prudente y de la resignación con que me prestaba a un enlace aborrecido, sufría mucho de parte de mi familia. Mamá era y es un ángel de bondad, pero el gran defecto suyo es un carácter tan débil, que la constituye juguete de las personas que la cercan. Mis tíos la [58] inducían a tratarme con rigor y continuamente la disponían en mi contra, interpretando odiosamente mis más sencillas operaciones. ¿Y pensará usted que mis tíos deseaban mucho la realización de mi matrimonio? Nada de eso; aparentábanlo así, pero hubiesen dado cualquier cosa por impedir dicho enlace. En primer lugar les pesaban las mejoras, que mi abuelo se disponía a hacerme; en segundo, deseaban para su hija mi novio, y acaso al emplear tanto y tan inmerecido rigor conmigo, no tenían otro objeto sino precipitarme a una resolución atrevida, que secundase sus miras secretas: ¡harto lo lograron!

Estaba ya en vísperas de mi matrimonio; casa, ajuar, dispensa, todo estaba preparado. Pero hubo un momento en que no me hallé con fuerzas para consumir el sacrificio, uno de aquellos momentos en que se obra sin pensar. Yo dejé furtivamente mi casa y me refugié con mi abuelo, que estaba en una quinta próxima a la ciudad. Me arrojé desolada a sus pies, y le dije que me daría la muerte antes de casarme con el hombre que me destinaban.

Aquel rompimiento fue ruidoso: toda mi familia se mostró altamente sorprendida e indignada de mi resolución: mis tíos, que en su interior se regocijaban, fueron los primeros en declararse contra mí: sólo en mi abuelo hallé bondad e indulgencia, aunque nadie sintió tanto como él la rotura de un casamiento que él había formado: ¡yo [59] sufría mucho!; no ignoraba que la opinión pública me condenaba; ¡despreciar un partido tan ventajoso! ¡Tener el atrevimiento de romper un compromiso tan serio, tan adelantado, tan antiguo! ¡Dar un golpe mortal a mi familia! Esto pareció imperdonable: se dijo desde luego, que yo era una mala cabeza (mis tíos y mis primas fueron los primeros en decirlo), que mi talento me perdía, y que lo, que entonces hacía, anunciaba lo que haría más tarde, y cuánto haría arrepentir a mamá de la educación novelesca que me había dado. Mi padrastro fue entonces a Puerto Príncipe y se apuró la medida de mis sufrimientos.

Una especie de fatalidad, que me persigue, hace que siempre se tomen circunstancias y casualidades funestas para hacer parecer más graves mis ligerezas: digo ligerezas, aunque ciertamente no creo lo fuese la de romper un compromiso que mi corazón reprobaba.

Circunstancias independientes de mí, enteramente independientes, originaron disgustos entre mi abuelo y mi padrastro. Estos llegaron a ser tales, que mi abuelo salió de casa, donde vivía cuando no estaba en el campo, y se fue a la de uno de mis tíos. El público, que sabía la rotura de mi casamiento y no los disgustos posteriores, que hubiera entre Escalada y mi abuelo, no dejó de declarar, que mi abuelo salía de casa altamente indignado conmigo. Mi tío y mis primas que siempre vieron con envidia y temor la predilección, [60] que mi abuelo tenía por mamá y por mí, se aprovecharon de tenerlo en su casa para combatir dicha preferencia, haciéndole creer que era inmerecida. Pintóseme una loquilla novelera y caprichosa: dijeron que mamá me perdía con su excesiva indulgencia y la libertad que me dejaba de seguir mis extravagantes y peligrosas inclinaciones; en fin, no desperdiciaron ningún medio para prevenir en contra de mamá y de mí al pobre viejo paralítico, que sin vigor físico ni moral, era una cera a propósito para recibir todas las impresiones. ¡Consiguieron su objeto!: mi abuelo murió tres meses después de mi rompimiento y apareció un testamento, que anulaba el que había hecho a favor de mamá y de mí, dejando su tercio y su quinto a mi tío Manuel, en cuya casa murió.

Mi padrastro, para descargarse de la culpabilidad de ser causa de esta mudanza y de los perjuicios de mamá, pregonaba que por la incomodidad, que le causara mi rompimiento, había mi abuelo dejado la casa y variado sus disposiciones a favor de mi tío, echando sobre mí la culpa, que sólo él tenía. Mi tío y mis primas (que no me perdonaban el tener algún mérito, ni aún después que me habían robado el afecto de mi abuelo), decían que el golpe mortal que yo le había dado al pobre anciano, había precipitado su muerte: en fin, todo el mundo decía, que mi locura en romper el matrimonio había privado a mamá del tercio de mi abuelo y a mí misma de su quinto. [61]

Yo tenía un alma superior a intereses de esta especie, y ¡sábelo Dios!, en las lágrimas que vertí, una sola no fue arrancada por el pesar de perder aquella codiciada herencia. Pero mi corazón estaba desgarrado por las injusticias de que era objeto. Yo tenía el íntimo convencimiento de que mi abuelo no se fuera de casa por causa de mi rompimiento: sabía cuánta indulgencia y cariño había yo hallado en él después de aquella pretendida locura, que se decía haberle exaltado tanto: ningún remordimiento tenía de ser causa de su muerte, pero, no obstante, sentía que me agobiaba el dolor y el arrepentimiento. ¡Cuántas veces lloré en secreto lágrimas de hiel, y pedí a Dios me quitase la existencia! ¡Cuántas envidié la suerte de esas mujeres que no sienten ni piensan; que comen, duermen, vegetan, y a las cuales el mundo llama muchas veces mujeres sensatas! Abrumada por el instinto de mi superioridad, yo sospeché entonces lo que después he conocido muy bien: que no he nacido para ser dichosa, y que mi vida sobre la tierra será corta y borrascosa.

Faltaba una cosa para colmar la medida de mis pesares y la suerte no me la rehusó. Supe, sin poder dudar, que Rosa Carmona y Loynaz se amaban. Sólo entonces comprendí los motivos de la anterior conducta de aquella falsa mujer, y el más profundo desprecio sucedió en mi corazón a una amistad indignamente burlada.

Éstas fueron, ¡oh Cepeda!, estas las primeras [62] lecciones que me dio el mundo. Esto encontré, cuando inocente, pura, confiada, buscaba amor, amistad, virtudes y placeres: ¡inconstancia! ¡perfidia! ¡sórdido interés! ¡envidia! crimen, crimen y nada más. ¿Soy culpable, pues, de no amarle? ¿Puedo tener ilusiones?... Pero vivo como si las tuviera,

porque el mundo, amigo mío, se venga cruelmente del desprecio que se le hace. Es preciso aparentar vida en la frente, aún cuando se lleve la muerte en el corazón.

¡Cepeda!, ¡querido Cepeda! ¿Será cierto que usted siente como yo cuán poco vale este mundo y sus corrompidos placeres?; ¿no será usted otra nueva decepción para mí?; ¿quién me asegura que no es usted un hipócrita? ¿quién me garantiza su sinceridad?... ¡Cepeda!, ¡Cepeda!, si usted no es el primero de los hombres, forzoso es que sea usted el último, y... lo confieso, vacila mi juicio entre estos dos extremos. Sin embargo, ya ve usted que mi imprudencia me arrastra: este cuaderno es una prueba de ello. Acaso me arrepentiré algún día de haberlo escrito. ¡Qué importa! Será un desengaño más, pero será el último.»

«Por la tarde.

Mi única amiga era ya mi prima Angelita; era como yo desgraciada, y como yo lloraba un desengaño. Su marido, aquel amante tan tierno, tan rendido, se había convertido en un tirano. ¡Cuánto [63] sufría la pobre víctima! y con cuán heroica virtud! Mi cariño hacia ella llegó al entusiasmo, y mi horror al matrimonio nació y creció rápidamente. Yo no trataba sino a mi prima, y aquella vida sedentaria, triste y contemplativa, alteró mi salud.

Púseme tan delgada y enferma, que alarmada mamá me llevó al campo. Allí pasé tres meses de soledad: ¡soledad exterior y soledad del corazón!; no me mejoré, y volvimos a la ciudad. ¡Triste, muy triste fue aquella época de mi vida!; aun me aflige el recordarla. Tenía la esperanza de morir pronto; pero momentos tenía en que me parecían demasiado lentos los progresos de mi mal y sentía impulsos de apresurar yo misma su resultado. Mis principios religiosos y el afecto entrañable que tenía por mamá y mi hermano, sofocaban este impulso.

Mi padrastro tenía también una salud quebrantada, y lo atribuía al clima. Persuadióse que moriría si no se venía a España, y como no aborrecía la vida como yo, determinó realizarlo. Este proyecto me sacó de mi desaliento; deseaba otro cielo, otra tierra, otra existencia: amaba a España y me arrastraba a ella un impulso del corazón. Disgustada de mi familia materna, anhelaba conocer la de mi padre, ver su país natal y respirar aquel aire, que respiró por primera vez. Tomé, pues, un empeño en decidir a mamá a establecerse en este antiguo mundo. Escalada, por su parte, usaba de toda su influencia a fin de determinarla, pintándola [64] mil ventajas en el cambio. Pero mamá resistía apoyada por sus parientes.

A pesar de esto, Escalada vino a Puerto Príncipe y empezó a vender tierras y esclavos, y a mandar sobre los Bancos de Francia todo el numerario posible. Luego, creyendo más fácil decidir a mamá si la sacaban de su país y familia, la propuso ir a parar algunos meses en Cuba, donde estaba de guarnición su regimiento. Todos secundamos sus esfuerzos, y lo conseguimos.

Sensible, más sensible de lo que yo creía, me fue el arranque de mi país y la separación de mi prima; pero al llegar a Cuba los objetos nuevos me dieron nueva vida.

Santiago de Cuba es una ciudad poco más o menos como Puerto Príncipe, y más fea e irregular. Pero su bellissimo cielo, sus campos pintorescos y magníficos, su concurrido puerto y la cultura y amabilidad de sus habitantes, la hacen muy superior bajo cierto aspecto. Tuve en aquella ciudad una aceptación tan lisonjera, que a los dos meses de estar allí ya no era yo una forastera. Jamás la vanidad de una mujer tuvo tantos motivos de verse satisfecha. Yo fui generalmente querida y obsequiada, y jamás podré olvidar los favores, que he debido a los habitantes de Cuba. Entonces volví a tener gusto al estudio y a la sociedad.

Hice versos que fueron celebrados con entusiasmo; entregueme a las diversiones, en las cuales era deseada y colmada de obsequios. Usted supondrá [65] que no me faltaron aspirantes: tengo algún orgullo en decirlo: los jóvenes más distinguidos del país se disputaban mi preferencia. Ninguno, empero, la consiguió exclusiva. Mi predilecto en un baile era el mejor danzador, en un paseo el que montaba con más gracia un hermoso caballo, en tertulia el que tenía más amena y variada conversación. Ninguna ilusión de amor tuve en Cuba, y, por consiguiente, no saqué de ella ningún desengaño. Acaso por esto la amo tanto.

Loynaz fue a Cuba cuatro meses después que nosotros, e intentó renovar sus pretensiones. Excusaba sus amores con Rosa diciendo que ella le había en cierto modo comprometido, y me juraba que yo era su primero y único amor; y que su viaje no tenía otro objeto que obtener mi perdón y reconciliarse conmigo. Yo no me negué ni a la una ni a lo otro. Perdónele y le otorgué mi amistad, pero fui inflexible respecto al amor. Antes de volverse al Puerto Príncipe solicitó la promesa de seguir con él correspondencia por escrito, y, mediante que prometió serían sus cartas meramente amistosas, condescendí a su demanda. En efecto, ambos seguimos dicha correspondencia con admirable exactitud hasta su muerte, acaecida a mediados del año 37, cuando él cumplía los veinticinco de su edad y cuando ya estaba yo en España.

Mi padrastro supo aprovechar también su ascendiente sobre mamá, y yo por mi parte le secundé [66] de tal modo, que al fin logramos determinarla a venir a España. El día 9 de abril de 1836 nos embarcamos para Burdeos en una fragata francesa, y sentidas y lloradas, abandonamos, ingratas, aquel país querido, que acaso no volveremos a ver jamás.

Perdone usted; mis lágrimas manchan este papel; no puedo recordar sin emoción aquella noche memorable en que vi por última vez la tierra de Cuba.

La navegación fue para mí un manantial de nuevas emociones. «Cuando navegamos sobre los mares azulados, ha dicho Lord Byron, nuestros pensamientos son tan libres como el Océano.» Su alma sublime y poética debió sentirlo así: la mía lo experimentó también. Hermosas son las noches de los Trópicos, y yo las había gozado; pero son más hermosas las noches del Océano. Hay un embeleso indefinible en el soplo de la brisa que llena las velas, ligeramente estremecidas, en el pálido resplandor de la luna que reflejan las aguas, en aquella inmensidad que vemos sobre nuestra cabeza y bajo nuestros pies. Parece que Dios

se revela mejor al alma conmovida en medio de aquellos dos infinitos -¡el cielo y el mar!- y que una voz misteriosa se hace oír en el ruido de los vientos y de las olas. Si yo hubiese sido atea, dejaría de serlo entonces.

También experimentamos tempestades, y puedo decir con Heredia: [67]

«Al despertarse el huracán furioso,
al retumbar sobre mi frente el rayo
palpitando gocé.»

Por fin, después de malos y buenos tiempos y de sentir todas las impresiones consiguientes a una larga navegación, el primero de junio saludamos con júbilo las risueñas costas de Francia.

Los días que pasé en Burdeos me parecen ahora un lisonjero sueño. Abríase mi alma en aquel país de luces y de ilustración. No amé, no sufrí, apenas sé si pensaba. Estaba encantada, y mi corazón y mis ojos no me bastaban. Fue forzoso dejar aquella seductora ciudad, y no lo hice sin lágrimas.

Ningunas simpatías podía yo encontrar en Galicia, y viniendo de una de las primeras ciudades de Francia, La Coruña me pareció inferior a lo que realmente es, pues hoy la creo una de las más bonitas poblaciones de España. Pero el carácter gallego me desagradaba y el clima me sentaba mal. Sin embargo, acaso me hubiese acostumbrado y se disiparía la primera impresión desagradable que sentí al llegar a ella, si motivos inesperados no me hubiesen dado reales y positivos pesares. Adiós, hasta luego.»

«Por la noche.

Mi padrastro se había manejado bien con nosotros hasta entonces: entonces se desenmascaró. Estaba en su país y con su familia, nosotros lo habíamos [68] abandonado todo. Su alma mezquina abusó de estas ventajas.

No molestaré a usted con detalles enojosos de nuestra situación doméstica; bástele saber que no hubo pesares y humillaciones que yo no devorase en secreto. Mamá era muy infeliz, y yo carecía de fuerzas para sufrir sus pesares, aunque llevaba los míos con constancia. Manuel tuvo precisión de marcharse al Extranjero; tan comprometido se vio por mi padrastro. ¡Oh! sería nunca acabar, si quisiera contar por menor las ridiculeces, tiranías y bajezas de aquel hombre, que yo debo y quiero respetar todavía como marido de mi madre. Dios lo sabe, y será algún día juez de ambos.

En aquella situación doméstica tan desagradable conocí a Ricafort y fui amada de él: también yo le amé desde el primer día que le conocí. Pocos corazones existirán tan hermosos como el suyo; noble, sensible, desinteresado, lleno de honor y delicadeza. Su talento no correspondía a su corazón: era muy inferior por desgracia mía. Conocí pronto

esta desventaja: aunque generoso Ricafort parecía humillado de la superioridad que me atribuía: sus ideas y sus inclinaciones contrariaban siempre las mías. No gustaba de mi afición al estudio y era para él un delito que hiciese versos. Mis ideas sobre muchas cosas le daban pena e inquietud. Temblaba de la opinión, y decíame muchas veces: «¿Qué lograrás cuando consigas [69] crédito literario y reputación de ingenio? Atraerte la envidia y excitar calumnias y murmuraciones.» Tenía razón, pero me helaba aquella fría razón.

Aunque mostraba de mi corazón el concepto más elevado y ventajoso, no se me ocultaba que le desagradaba mi carácter, y me repetía que este carácter mío le haría y me haría a mí misma desgraciada. Yo me esforzaba en reprimirlo y sofocaba mis inclinaciones por darle gusto; pero esta continuada violencia me entristecía, y notándolo él se convencía de que no podría nunca hacerme dichosa. Sin embargo de todo esto, nos amábamos más cada día.

Mis pesares domésticos llegaron a afectarme tanto, que necesité desahogar mi pecho y se los comuniqué: ¡nunca olvidaré aquel momento! ¡Yo vi sus ojos arrasados de lágrimas! Entonces, con aquel acento, que la falsedad no podrá nunca imitar, me rogó aceptase su corazón y su mano y le diese el derecho de protegerme y vengarme.

Muchos días vacilé; mi horror al matrimonio era extremado, pero al fin, cedí: mi situación doméstica tan insufrible, mi desamparo, su amor y el mío, todo se unió para determinarme, y cuando le dije que consentía en ser su esposa, tomé la resolución de consagrar mi existencia a hacer la suya dichosa, y quitármela en aquel momento en que no pudiese llenar este objeto. Talento, placeres, todo se aniquiló para mí: sólo deseaba llenar las [70] severas obligaciones que iba a contraer, y hacer cuanto en mi poder estuviese para aligerar a Ricafort las cadenas que le imponía. ¡Oh Dios mío!, ¡por qué no pude hacerlo!... Tú sabes si eran puras mis intenciones y sinceros mis votos! ¿por qué no los escuchaste? Yo no aseguraré, que hubiera amado siempre a Ricafort, ¿porque quién puede responder de su corazón?, pero cierta estoy de que siempre le habría estimado, y que nunca le obligaría a maldecir el día en que se uniera a mi suerte, pues si no puedo responder de mis sentimientos, puedo por lo menos responder de mis acciones. Pero nada de esto debía ser: la funesta debilidad de mi carácter debía trastornarlo todo.

Nuestra unión no pudo verificarse por de pronto. Él era altivo y yo también: ni uno ni otro queríamos depender de nuestras familias ni un solo día, y gracias a mi padrastro, mis intereses estaban embrollados, y Ricafort no contaba sino con un sueldo mal pagado. Hice proposiciones racionales a mi padrastro que no las admitió: solicité de la Corte el derecho de mayoría pintando mi situación excepcional, pero antes de obtener resultado fue depuesto Ricafort, padre, y el hijo tuvo orden de reunirse a su regimiento. Hice justicia al General. Conocía su carácter y franqueza, y no dudaba, que hallaría en él un padre; pero yo tenía demasiado orgullo para entrar en su familia como una mendiga, y resolví no casarme hasta no poder aclarar mis intereses y decir a Ricafort cuáles [71] eran éstos y la mayor o menor seguridad que presentaban.

En fin, después de muchas vacilaciones y penosas escenas, Ricafort marchó a su destino. Dolorosa me fue, muy dolorosa, esta separación, aunque estaba yo muy lejos de creerla eterna; pero pasados los dos primeros meses, pensé mucho en las diversidades que existían entre Ricafort y yo, me pregunté a mí misma si aquella superioridad que él me suponía, no

sería tarde o temprano un origen de desunión, y reflexionando en las contras del matrimonio y las ventajas de la libertad me di el parabién de ser libre todavía. Vino mi hermano por entonces a La Coruña... mucho necesito ahora de la indulgencia de usted, querido Cepeda, porque me avergüenzo todavía de mi ligereza. Vino mi hermano, y desaprobó mi unión. Representome la triste suerte de los militares en las actuales circunstancias: hablome con entusiasmo de un viaje, que quería hiciésemos juntos a Andalucía para conocer la familia paterna (de la cual me hizo elogios que hoy conozco inmerecidos) y de lo dichosa que sería yo con mi mayoría pudiendo gozar una vida cómoda e independiente conforme a mis indicaciones: sobre todo me dijo y fue lo que más impresión me hizo, que, si me casaba con Ricafort y le seguía, nos separaríamos él y yo para siempre acaso. ¿Qué diré a usted para justificarme?... Nada, nada es bastante. Fui débil [72] e inconsecuente. Marché con mi hermano a Lisboa: no he vuelto a saber de Ricafort.

Si se exceptúa el dolor de la separación de mamá, puedo decir que dejé con placer a Galicia. Eran muy pocas las personas que en ella me merecían algún afecto, y no ignoraba yo que tenía muchos enemigos: de este número eran todos los parientes de Escalada. Gracias al cielo no podían herirme en mi honor por mucho que lo desearan, pero daban mil punzadas de alfiler a mi reputación bajo otro concepto. Decían que yo era atea, y la prueba que daban era que leía las obras de Rousseau, y que me habían visto comer con manteca un viernes. Decían que yo era la causa de todos los disgustos de mamá con su marido y la que la aconsejaba no darle gusto. La educación que se da en Cuba a las señoritas difiere tanto de la que se les da en Galicia, que una mujer, aún de la clase media, creería degradarse en mi país ejercitándose en cosas que en Galicia miran las más encopetadas como una obligación de su sexo. Las parientas de mi padrastro decían, por tanto, que yo no era buena para nada, porque no sabía planchar, ni cocinar, ni calcetar; porque no lavaba los cristales, ni hacía las camas, ni barría mi cuarto. Según ellas, yo necesitaba veinte criadas y me daba el tono de una princesa. Ridiculizaban también mi afición al estudio y me llamaban la Doctora. Una hermana de Escalada dio de bofetones a una criada de casa, porque interrogada respecto [73] a mí en una casa en que ella había dado tan brillantes informes, tuvo la pobre mujer la extravagancia de decir que yo era un ángel, y que, lejos de ser imperiosa ni exigente, en la casa todas las criadas me querían por mis buenos modos.

Usted supondrá cuán poco sentiría dejar aquel país y si podré volver a él con gusto, aún cuando tenga la desgracia de que vuelva a él mi familia.

Luego que rompí mis compromisos y me vi libre, aunque no más dichosa; persuadida de que no debía casarme jamás y de que el amor da más penas que placeres, me propuse adoptar un sistema, que ya hacía algún tiempo tenía en mi mente. Quise que la vanidad reemplazase al sentimiento, y me pareció que valía más agradar generalmente que ser amada de uno solo: tanto más cuanto que éste uno nunca sería un objeto que llenase mis votos. Yo había perdido la esperanza de encontrar un hombre según mi corazón. No busqué ya, pues, ni amor ni amistad: deseaba impresiones débiles y pasajeras que me preservasen del tedio sin promover el sentimiento. Sin embargo, no podía aturdirme por más que me esforzaba. Separada por primera vez de mamá, sin esperanza de volver a ver a Ricafort (al cual amaba aún), sintiendo más que nunca el vacío de mi alma, disgustada de un mundo que no realizaba mis ilusiones, disgustada de mí misma por mi impotencia de ser feliz, en

vano era que quisiera aturdirme y sofocar [74] en mí este fecundo germen de sentimientos y dolores.

Otro desengaño tuve además, y no de los menos dolorosos. Yo amaba mucho a mi hermano: con él había llevado el desinterés hasta un grado que otros me vituperaron: con él había sido siempre afectuosa, condescendiente y delicada. Al verme sola con él por el mundo esperaba que su conducta conmigo correspondiese a la mía: ¡me desengañé muy pronto! Conocí que el hombre abusa siempre de la bondad indefensa, y que hay pocas almas bastante grandes y delicadas para no querer oprimir cuando se conocen más fuertes.

Hubiera yo querido mudar mi naturaleza. Creí que sólo sería menos desgraciada cuando lograra no amar a nadie con vehemencia, desconfiar de todos, despreciándolo todo, desterrando toda especie de ilusiones, dominando los acontecimientos a fuerza de preverlos, y sacando de la vida las ventajas que me presentase, sin darles, no obstante, un gran precio. Yo me avergonzaba ya de una sensibilidad, que me constituía siempre víctima.

Más de un año hace que trabajo por conseguir mi objeto, no sé si será trabajo perdido. En este tiempo dos veces he contraído pasajeras relaciones; tan pasajeras, que una de ellas no duró quince días. Mi corazón, no las formó, fue la cabeza únicamente, la necesidad de una distracción, el ejemplo de la sociedad en que vivía: nada más. Fueron empeños de sociedad más bien que de amor. [75]

Bien en breve me fastidié, y rompí sucesivamente aquellos semiamores sosos con tanta ligereza como los había contraído. No hablaré del proyecto de mi tío Felipe de casarme en Constantina con un mayorazgo del país, y de cómo mi hermano, que tan opuesto era a que yo me casase, tomó un empeño entonces a favor de mi novio. Esto no merece mayores detalles, pues en nada ha influido semejante proyecto ni en mi corazón, ni en mi destino. Pero debo extenderme más en la relación de un compromiso recientemente concluido y que usted no ignora. Es preciso no callar nada y que sepa usted los motivos, que tuve para formarlos y para concluirlos. ¡Los motivos que tuve para formarlos!... embarazada me veré para decirlos: mas no importa. Mi franqueza exige que yo los diga; la delicadeza de usted le ordena olvidarlos tan luego concluya de leer ésta.

Adiós: necesito un momento de descanso. Además, son las diez y voy a vestirme para ir a buscar a Concha para el Duque. Espero que yendo yo tan tarde no encontraré a usted en casa de Concha.»

«A la una de la noche.

En efecto, no encontré a usted y he sabido que no estuvo. ¡Mil gracias! Conozco ahora que existe realmente entre los dos una prodigiosa simpatía. [76] Veo que al mismo tiempo hemos tomado una misma resolución. Sí, es preciso: es absolutamente preciso vernos menos frecuentemente. Nos haríamos de otro modo cada vez más insociables y raros. Por tanto, declaro a usted que yo por mi parte voy a huir a usted con esmero. Estamos los dos

demasiado tristes y desilusionados para querer estarlo más. Preciso es que busque usted sociedad más alegre y yo lo mismo. Pero no busque usted una amiga sincera: yo reclamo este título ¿entiende usted?; por fin, me resuelvo a quebrantar mi propósito. Sí; yo ofrezco a usted mi amistad. Pero tenga usted entendido, que puedo ser su amiga sin verle diariamente, ni acaso nunca; y que será usted mi amigo, mi único amigo; pero no deseo ni debe usted desear ser mi tertuliano y acompañante. Mañana acabaré esto: no sé cuando se lo daré a usted. Buenas noches: tengo una terrible jaqueca.»

«Hoy 27 por la tarde.

Al mismo tiempo que empezó a obsequiarme Méndez Vigo dirigíame otro algunas atenciones. Este otro me agradaba más de lo que yo deseaba. Sentíame inclinada a él por una fuerza extraña y caprichosa y me estremecía al pensar que aún podía amar: tanto más cuanto que, creyendo entonces que existía una enorme diferencia [77] entre los caracteres e inclinaciones de aquel dicho sujeto y yo, prevía en un nuevo amor un nuevo desengaño. Sin embargo, un instinto del corazón parecía advertirme que era llegado el momento en que debía expiar mis pasadas inconsecuencias, y sin saber por qué me sentía dominada.

Sé cuánto más fuerte se hace una inclinación combatida y no quise combatir la mía, pero no quise tampoco entregarme a ella exclusivamente, porque temía se hiciese de este modo omnipotente. Era, pues, preciso oponer la vanidad al sentimiento y distraer con un pasatiempo el interés demasiado vivo que sentía.

¡Cepeda!, yo prescindo de todo para ser sincera: ¡por Dios!, no me juzgue usted con severidad.

El hombre que me interesaba se desviaba de mí, y el que no me agradaba redoblaba sus atenciones y asiduidades. El primero me causaba con su influencia en mi corazón serias inquietudes y me picaba con su indecisión; el segundo me lisonjeaba y me divertía con su amor de niño y me parecía bien poco peligroso.

Hice lo que me pareció más conveniente a mi tranquilidad y lo que supuse de menos consecuencia. Admití los afectos del uno y procuré sofocar los que el otro me inspiraba. ¡Ya esta dicho todo! Ahora olvídelo usted.

No disimularé que el candor de mi joven amante, su amor entusiasta y mil prendas apreciables, que descubría en él, llegaron a conmoverme. [78] ¡Pobre niño! ¡Cuánto me ha amado! ¿Por qué este caprichoso corazón no supo corresponder dignamente?... ¡No lo sé!

Me inspiraba un afecto sin ilusiones, sin calor: un afecto indefinible que algunas veces me parecía debía semejarse al que una madre siente por su hijo: no se ría usted de esta comparación. ¿En qué consistía que ese joven no me produjese otra clase de amor? Yo no podré decirlo, porque no lo sé a fe mía. No es mal parecido, ni tonto, usted lo sabe, y aun puedo decir, que existen ciertos puntos de simpatía entre nuestro modo de sentir, pero él me

amaba a mí como yo amaría, si encontrase un hombre según mis deseos. Pero él no era este hombre: en vano me esforzaba, y a fuerza de decirle que le amaba quería persuadírme a mí misma: en vano me reprochaba de caprichosa e ingrata interiormente: ¡en vano! Confesaré a usted lo que entonces no quería confesarme a mí misma: al lado de aquel joven sentía momentos de insoportable tedio, y sus expresiones más apasionadas hallaban frío mi corazón y me producían a veces un no sé qué de hastío.

¡Era esto un capricho inexplicable del corazón, porque yo le quería! ¡Sábelo Dios! Yo le quería, repito, pero no podré, sin desmentir mi íntimo convencimiento, decir que le amaba. No puedo explicar esta diferencia, pero la concibo perfectamente.

Estaba él demasiado enamorado para limitar [79] sus deseos a unas sencillas relaciones, pasajeras sin duda. Quiso arrancarme la promesa de que sería su esposa y absolutamente la rehusé. Manifestele mi repugnancia al matrimonio, y tampoco le oculté que mi amor no era de naturaleza tal, que me inspirase el deseo de ser suya. Llamome mujer original, fría, sin corazón: ¡Cuántas lágrimas! ¡Cuántas reconvenciones!

Yo hubiera roto con él, si la compasión no me hubiese inspirado esperar para hacerlo a que se pasase, como no dudaba sucedería, esa exaltación de amor, que entonces le poseía. Le vi padecer tanto, que me conmoví, y como se ofrece la luna a un chiquillo, que llora por ella, le ofrecí yo a él que sería suya algún día.

Una bagatela le indispuso luego con mamá, y le trataba ésta con tal esquivéz y aun desatención, que, ofendida yo, le prohibí por su propio decoro venir a casa en algunos días, para que se calmase mamá y hacerla yo entender lo desatenta que estaba con él por un motivo tan pueril. El pobre muchacho creyó ya que no volvería a verme, qué sé yo lo que pasó en aquella cabeza. Lo cierto es que hizo mil locuras irreparables. Después de algunos días de afán y mortal inquietud, que mis cartas, las más tiernas, no podían calmar, cometió la imprudencia de hablar a su padre y escribir a mi hermano diciendo el deseo y resolución que tenía de casarse conmigo; sin haber [80] consultado antes mi voluntad, acaso porque dudaba de ella.

Interrogada por mi familia, desde luego declaré seriamente que no pensaba en semejante matrimonio, y mi hermano se lo escribió así a Méndez Vigo.

¡Entonces fue Troya! No molestaré a usted con pormenores enfadosos. El pobre chico creo que se trastornó, pues, entre mil disparates que dijo e hizo, me escribió una carta (que conservo como casi todas las suyas) en la que me juraba se daría un pistoletazo si no me casaba con él antes de tres meses.

Temí cualquier cosa de él, mucho más cuando supe (Bravo lo sabe también) que andaba llorando en los paseos y cafés como un loco: tuve, pues, a su situación todas las consideraciones que exigía; le escribí cartas llenas de ternura y le ofrecí que sería suya más tarde.

Pero nada bastó: no sé qué espíritu maligno se había apoderado del pobre joven. Saben sus amigos hasta qué punto se extraviaba por momentos su razón.

La piedad tal vez me hubiera determinado a casarme con él (a pesar que menos que nunca me inspiraba aprecio ni confianza aquel carácter tan débil y aquella cabeza tan frágil), si el orgullo de mi nombre no me lo hubiera absolutamente prohibido.

El padre de ese joven, que según tengo entendido [81] es responsable a su hijo del dote considerable que le llevó su primera esposa (y que sin duda no deseaba desposesionarse de él, como tendría que hacerlo casándose su hijo), dijo que no aprobaba su matrimonio sino hasta dentro de tres años, pues aún era muy joven para contraer tan serio empeño. En consecuencia a esta manifestación rehusó venir a pedir mi mano, como parece quería su hijo, y éste le amenazó con que pediría al jefe político la licencia, que él le rehusaba. Todo esto pasaba sin que yo supiese nada, ni remotamente lo sospechase. ¡Puede usted figurarse mi indignación a la primera noticia, que llegó a mis oídos! Se apuró mi sufrimiento y rompí enteramente con el imprudente joven, escribiendo al padre una carta en la cual le manifestaba, que jamás había tenido la intención de casarme con su hijo, ni con su aprobación, ni sin ella. Por tanto, debía mirar como locuras del joven todos los pasos que hubiese dado con este objeto, y le aconsejaba y rogaba le mandase a viajar para distraerle.

Pocas personas sabrán en Sevilla estos pormenores; pero muchas han sido sabedoras de la desesperación de Antonio y de los reproches que me dirigía en su exaltación. Así es, que por una fatalidad de mi estrella siempre me condenan las apariencias, se me juzga sin comprender mis motivos. ¡Yo sé que se me censura haber jugado con la sensibilidad de ese joven y se me tacha de [82] inconstancia y coquetería! Ya usted conoce mi culpa. No he tenido otra; sino entablar (como hacen todas en Sevilla) unas relaciones, que suponía ligeras y sin consecuencias de ninguna especie: ¡ésta es toda mi culpa y sabe Dios cuánto me he arrepentido de ella! Si después no pude resolverme a sacrificar mi libertad y mi delicadeza casándome con él sin la pública aprobación de su padre, ciertamente no merezco por ello censura, y sería muy despreciable a mis ojos si hubiera procedido de otro modo. La pasión no me haría faltar a mi decoro entrando a la fuerza en una familia: ¡cuánto menos la compasión!

Marchose por fin Antonio, y yo respiré: pareciome ver la luz después de una larga prisión o lanzar un peso enorme largo tiempo sostenido.

Lo confieso: quedé cansada de amor; aquel amor delirante y frenético, que yo no había participado, me causaba fatiga.

Por eso me fijé más que nunca en mi sistema de no amar nunca. He jurado no casarme nunca, no amar nunca; y aun me propongo ya abjurar también todo empeño, aún los más sencillos y pasajeros. Un mes después de la marcha de Méndez Vigo volvió usted de Almonte.

¡Está concluida mi historia!, pensé antes no haberla escrito sino en su ausencia de usted, porque quería tener con usted una correspondencia epistolar, pero luego varié de idea, porque no pienso [83] ya que debemos entablar dicha correspondencia.

Nada más me resta que decir, caro Cepeda; ahora recuerde usted mis condiciones. Éste será reducido a cenizas tan luego sea leído, y nadie más que usted en el mundo sabrá que ha existido.

Adiós: no sé cuándo nos veremos y podré dar a usted este cuadernillo.

Acaso con él voy a disminuir la estimación con que usted me favorece y a debilitar su amistad: ¡no importa! ¿Debo sentir el dar a usted armas para combatir una amistad, que acaso conviene a ambos deje de existir? Yo seré siempre amiga de usted aun cuando no exista amistad entre nosotros. Es decir, le estimaré a usted aun cuando cese de manifestárselo.

Adiós, querido mío: sacuda usted esa melancolía, que me aflige. Créame usted: para ser dichoso modere la elevación de su alma y procure nivelar su existencia a la sociedad en que debe vivir.

Cuando la injusticia y la ignorancia le desconozca y le aflija, entonces dígame usted a sí mismo: Existe un ser sobre la tierra que me comprende y me estima.

Sí, creo comprender a usted y estimarlo: ¡si me engañase! ¡si fuese usted otro de lo que yo creo!... sería un desengaño más: ¡y qué importa uno a la que ha sufrido tantos!

(Hay la rúbrica de la Avellaneda.) [84]

P. D.: He leído ésta y casi siento tentaciones de quemarla. Prescindiendo de lo mal coordinada, mal escrita, etc., ¿debo dársela a usted? No lo sé: acaso no. Ciertamente no tengo de qué avergonzarme delante de Dios ni delante de los hombres. Mi alma y mi conducta han sido igualmente puras: pero tantas vacilaciones, tantas ligerezas, tanta inconstancia ¿no deben hacer concebir a aquel a quien se las confieso, un concepto muy desventajoso de mi corazón y mi carácter?

¿Debo tampoco descubrir los defectos de personas que me tocan de cerca como lo hago?... No ciertamente, Cepeda: no debo. Para resolverme a dar a usted este cuaderno es preciso que le estime a usted tanto, tanto, que no le crea un hombre, sino un ser superior.

No sé, pues, qué hacer; lo guardaré y seguiré, para darlo o quemarlo, el impulso de mi corazón cuando vea a usted por primera vez.

(Hay la rúbrica de la Avellaneda.) [85] [86]

[87]

Cartas
de la señora doña Gertrudis Gómez de Avellaneda

Carta 1

Una hora de desvelo y melancolía en la noche del 13 de julio.- Dedicada a mi «compañero de Desilusión».- Para él solo.

¡A vejez prematura te condena
el desaliento de tu joven alma!
¡Sientes del tedio la insufrible pena!
¡Ningún consuelo tus dolores calma!
En tus amores viste decepciones,
crimen y error en el imbécil mundo,
y sucedió a tus dulces ilusiones
desengaño mortal, tedio profundo.
Así la aurora de tu hermosa vida
se despojó de mágicos colores,
así la senda de tu edad florida
yace marchita sin verdor ni flores.
¡Ay! ¡Yo comprendo tu penar insano!, [88]
porque mi suerte cual tu suerte fiera
aquí en mi seno con airada mano
fecundo germen de dolor vertiera.
También, cual tú, costosos desengaños
atesoré con ávida amargura,
y el horizonte de mis tiernos años
surcó una nube de feral pavura.
Cielo sin claridad, campo sin flores,
estéril árbol en fecunda tierra,
mi juventud sin goces, sin amores,
a la esperanza del placer se cierra.
Éste es, ¡Ignacio!, mi fatal destino,
y éste también el que te acecha airado,
si de la vida al áspero camino
te lanzas sólo en tu vigor fiado.
No del sentir el mágico tesoro
exhausto yace en mi oprimido seno:
ven pues, ¡querido!, y el ardiente lloro
podamos juntos confundir al meno.

También tiene el llanto
goces silenciosos,
perfumes preciosos
de pálida flor.
Como hay en noche

benigno rocío,
que del seco estío
mitiga el calor. [89]

Mas no los lazos de amistad me nombres,
que en la amistad del mundo yo no creo,
y en el lenguaje impuro de los hombres
traiciones temo, si cariños veo.
Ni del amor la copa emponzoñada
libaremos sedientos de ventura:
la del dolor tomemos, y, apurada
entre los dos, partamos su amargura.

Del pesar la terrible simpatía
esa nos una y nuestro lazo sea,
y de la muerte a la región sombría
juntos el mundo descender nos vea.

Acaso en esa tumba
do juntos bajaremos,
un destello gocemos
de lumbre celestial.

Acaso un genio aguarda
nuestras almas dolientes
para abrirles las fuentes
del placer eternal.

G. G. de A.

Me hace mal, mucho mal, oír a usted expresar sus ideas, dolores y esperanzas. Ya ve usted por esta composición qué pensamientos me inspira. Atienda usted a los versos y no a las ideas.

Efectivamente, a veces me abruma esta plenitud de vida y quisiera descargarme de su peso. He trabajado mucho tiempo en minorar mi existencia moral para ponerla al nivel de mi existencia física. [90] Juzgada por la sociedad, que no me comprende, y cansada de un género de vida que acaso me ridiculiza; superior e inferior a mi sexo, me encuentro extranjera en el mundo y aislada en la naturaleza. Siento la necesidad de morir. Y, sin embargo, vivo y pareceré dichosa a los ojos de la multitud.

¿Mas lo creerá usted así?... No, yo lo sé, por eso temo nuestras conversaciones. Esto mismo que escribo no podría hablarlo sin conmovirme demasiado: porque cuando ambos nos sentimos uno junto al otro abrumados de la vida, cansados del mundo, entonces no sé qué delirio irrimible me hace desear la muerte para ambos.

Usted me habla de amistad, y no ha mucho que sintió usted el amor. Yo no creo ni en una ni en otro. Busco en emociones pasajeras, en afectos ligeros, un objeto en que distraer mis devoradores pensamientos y me siento así menos atormentada, porque inconstante en mis gustos, cánsome fácilmente de todo, y los afectos ligeros, que apenas me ligan, no me privan del derecho de seguir el instinto de mi alma que codicia libertad. Alguna vez deseo hallar sobre esta tierra un corazón melancólico, ardiente, altivo y ambicioso como el mío:

compartir con él mis goces y dolores y darle este exceso de vida, que yo sola no puedo soportar. Pero más a menudo temo en mí esta inmensa facultad de padecer, y presiento que un amor vehemente suscitaría en mi pecho tempestades, [91] que trastornarían acaso mi razón y mi vida. Además, ¿llenaría aún el amor el abismo de mi alma? ¡Todo lo he probado y todo lo desecho: amor y amistad! ¿Qué puedo, pues, ofrecer a usted, querido mío? ¡La compasión de un corazón atormentado!... y mis versos para distraerle un momento de ocupaciones graves.

(Hay una rúbrica.)

Carta 2

Estoy avergonzada, ¡Dios mío! ¿Qué habrá usted pensado de mí, Cepeda, después de la extraña y ridícula conducta que tuve anoche? Si fuese usted un fatuo presumido, uno de estos hombres vanidosos de que abunda la sociedad, ya sé yo lo que pensaría.

Aun no siéndolo usted, aun creyéndole a usted modesto y no ligero en sus juicios, tiemblo al reflexionar en mis locuras el concepto que usted formará y lo que supondrá. ¿Qué hombre habrá bastante modesto que viendo en una mujer el arrebatado indomable que usted vio anoche en mí, no creyera que sólo los celos...? ¡Dios mío!; mi mano tiembla y mi frente se cubre de vergüenza al pensarlo. He dado motivo para que usted no crea nada de cuanto le he dicho hasta el presente acerca de la naturaleza de mis sentimientos para con usted; he dado motivo para que usted me crea [92] enamorada y celosa; he dado motivo para que usted me coloque en la lista de esas cuatro o cinco a quienes inspiró, sin pretenderlo, una pasión desgraciada. ¡Maldición! Yo sufro una humillación que no creía estuviese en la lista de mis padecimientos. ¿Qué papel he querido representar, o mejor dicho, he representado involuntariamente! ¡El de enamorada celosa! ¡Yo, yo, Dios mío!; no sé como no muero sofocada de rabia. Es cierto que no hay en mí ni amor ni celos; es bien cierto que ni le he mirado a usted como amante, ni le deseo como tal, ni lo admitiría... ¡lo juro a Dios y por mi dignidad de mujer! Juro que no lo admitiría a usted por mi amante, así como hasta ahora no le he considerado a usted como a tal.

Es bien cierto todo esto y que el afecto mutuo, que nos ha ligado hasta el alma, ha sido tan puro como desinteresado; y, sin embargo de esto, ¡qué papel hago desde anoche! ¡Cómo me he degradado por un capricho inconcebible, por una violencia pueril y extravagante! ¡A qué suposiciones humillantes he dado lugar! Ya lo ve usted probado; ya ve usted probado lo que yo le he dicho muchas veces: que hay en mi carácter algo de tan ligero, tan caprichoso y tan inconsecuente, que me ha de causar en mi vida muchas pesadumbres.

Las gentes me creen mujer de algún talento y mundo, y yo mismo lo he pensado así, pero nos engañábamos; ya lo sé por experiencia. A los veinticuatro años soy más niña que una de [93] cinco. Yo no tengo talento ninguno, ni tengo mundo, ni tengo prudencia; no tengo más que una desgraciada cualidad, que yo maldigo: una ingenuidad que raya en necedad y en locura. Usted debe haberse reído de mí, ya lo creo: no puedo quejarme. Pero tenga usted la bondad de escucharme un momento, que aunque no pueda ni pretenda

justificar la ligereza y extravagancia de mi conducta anoche, acaso haré comprender a usted sus verdaderos motivos y evitaré, ya que no sea el concepto de arrebatada y de indiscreta en que usted debe justamente tenerme, al menos el de celosa, que me humilla lo que no es decible y que ciertamente no merezco.

.....

...Mi dolor, mi sorpresa, mi exaltación eran efectos de una misma causa. No vi en usted en aquel momento el amigo de mi corazón, que asegurándome una amistad grande, tierna y santa, me había dicho: puedes aceptarla sin temor ni reserva, porque te la ofrece el más puro y ardiente de los corazones. En vez de este corazón puro y ardiente, yo no vi en aquel momento rápido de sorpresa y de dolor sino un corazón usado al extremo, un corazón dividido entre muchos objetos...

.....

Lo que dije, lo que hice, yo no lo sé exactamente. Sé que me volví loca nada más; loca de dolor, al ver destruida mi última y más querida ilusión: [94] la ilusión divina que me hizo creer había hallado al fin un corazón sensible, puro, ardiente, capaz de grandes pasiones y acaso de grandes faltas, pero no capaz de tibios y multiplicados afectos...

Todo esto, agolpándose súbitamente en mi cabeza, la trastornó en términos que ya no supe más lo que hice. Parecíame que me habían transportado a otro mundo, a un infierno, y aquella carta de usted, que tenía en mi seno, me quemaba como una ascua de fuego. Hice mil locuras, locuras que pudieron ser bien siniestramente interpretadas; y lo que más siento, lo que más me humilla, es el pensar que usted mismo, Cepeda, usted mismo, habrá creído ver un arrebatado de celos en lo que no era más que un exabrupto de dolor. ¡Cuán avergonzada estoy, Dios mío! ¡Hubiera querido morir antes de salir anoche de mi casa!

No me mande usted mis cartas que le pedí, y en nombre del cielo y de la compasión, olvide usted mis locuras de anoche. Respecto al cuadernillo que di a usted, sabe usted mis condiciones. Están en él designadas las personas por sus nombres, y encierra confianzas que sólo a usted pudiera yo haber hecho, pues soy sumamente reservada en asuntos domésticos. Por todo esto, no estaré tranquila hasta saber qué ha sido quemado por usted mismo: lo ruego y lo exijo.

Por lo demás, nada me resta que decir. Retíreme usted su confianza, no la merezco; soy demasiado violenta y ligera; soy también muy joven todavía [95] para ser confidente de un hombre de su edad de usted y de sus méritos, y diré aún más, de un hombre que se halla en posición tan delicada. No tengo ni la madurez, ni el talento necesario para aconsejar con acierto, y sólo podré afligirme o hacer locuras como anoche. Seré siempre su amiga de usted...

Sea yo para usted lo que es Concha, lo que es Ana Estrada y otras muchas amigas jóvenes que usted tiene, y usted para mí sea como Bravo, como otros pocos, un amigo estimado, que siempre se ve con placer, pero que se puede dejar sin gran dolor. Bajo este arreglo yo garantizo que no habrá ya nuevos disgustos entre nosotros, no ciertamente. Pero

no me pida usted ya confianza, amistad exclusiva. No está ya en mi mano concederla, ni posible es que yo pueda fingir.

Adiós, mi amable amigo, feliz viaje; déjeme usted cuatro letras en el correo, acusándome el recibo de ésta, pues no estaría tranquila si no supiese con certeza que usted la había recibido. Diviértase usted en Elmonte o Almonte, y consérvese bueno y estudioso para que le veamos pronto. Repito y ruego encarecidamente, de rodillas si es preciso, que olvide usted mis miserias de anoche. Si no puede usted impedirse el creer que sólo el amor, y un amor exaltado y celoso pudo arrastrar a tales imprudencias a una mujer que no es, naturalmente, ni loca ni tonta, créalo usted; pero crea usted también en que, si existió, ya no existe, [96] y que si existió, era sin conocerlo yo misma.

En fin, lo que deseo, sobre todo, es que se olvide todo lo pasado.

Tula.

Carta 3

Domingo 4 de agosto.

He recibido la de usted a su debido tiempo y sin que haya ocurrido la menor novedad. No sé por qué le parecía a usted poco seguro este conducto, cuando es el menos sujeto a riesgos. Sin embargo, puesto que usted dudaba y me dice aguarda le acuse el recibo de la suya, lo hago, y me permitiré, aunque falte a su encargo de usted, añadir algunas líneas más. Si le es a usted enojoso leerlas, guarde usted esta carta sin pasar de esta línea, pero léala algún día.

Algún día remoto, cuando yo haya dejado para siempre estos países, y que mi memoria, sin tener bastante influjo para agitarle o enojarle, tenga el necesario para hacerle grato un último recuerdo de mi cariño. Acaso no nos volveremos a ver más: ¿quién sabe? usted se marcha a Almonte hoy o mañana, yo partiré a Cádiz con mi hermano dentro de diez o quince días y estoy resuelta a permanecer un mes por lo menos. Si en este tiempo mamá tiene orden de marchar a Galicia (como todo lo anuncia), en ese caso me quedaré en Cádiz, [97] y acaso cuando le deje sea para atravesar nuevamente los mares y separarme de usted 1800 leguas. ¿Por qué, pues, rehusará usted oírme, acaso por última vez? ¡Es tan solemne una despedida aun cuando sólo sea por tres días de ausencia!... ¿quién nos asegura al dejar un objeto querido que volvamos a encontrarle? ¡Oh!, y en esta horrible duda, en esta posibilidad terrible de una eterna separación, ¿deberán despedirse enojados dos amigos que se han querido? ¿deberán separarse sin dirigirse una mirada de consuelo, una palabra de reconciliación? Cuando se buscasen sin poder hallarse, cuando no esperasen volver a verse más, ¿no sentirían entonces un tardío arrepentimiento de no haber perdonado?

Usted se ha resentido conmigo: ¡cosa rara! ¡es usted un hombre singular!: otro en lugar suyo se hubiera lisonjeado, porque mis tonterías de la otra noche a mí sola me perjudicaban, a mí degradaban, a mí ridiculizaban; y yo sola tengo derecho por lo tanto

para estar irritada conmigo misma. Pero usted no sé por qué pudo ofenderse tanto. Sin embargo, básteme saber que lo está para no querer se marche usted en esa disposición. Yo no estoy, ni tengo a la verdad motivo ninguno de estar con usted enojada, porque del mismo modo que yo me perjudiqué a mí misma, y solamente a mí entregándome a aquel raptó extravagante y caprichoso de cólera, pues probé con mi conducta que era una necia, y una imprudente, sin sentido común; [98] así usted... se perjudicó, porque mostró que no tenía un corazón tan puro como me lo había dicho, y yo creía, ni una conducta digna del hombre, que se atrevía a ofrecer una grande, tierna y santa amistad. ¡Ay! Las grandes pasiones se tocan casi siempre: yo no sé si puede dar una grande amistad el que ha dado multiplicados amores!

.....

Nell'anima innocenti

varie non son fra loro,
le limpide sorgenti
d'amore e d'amistá.

Metastasio.

En las almas inocentes
una misma es la fuente
de que manan el amor
y la pura amistad.

Ha dicho Metastasio y acaso lo he creído yo misma así, y por eso no esperaba saliese del puro manantial de una alma cual la de usted dos sentimientos tan diversos, y que diese amores vulgares un corazón capaz de sublime amistad.

Pero en todo esto no hay que deba irritarnos al uno contra el otro. Usted es bastante generoso para perdonar la dureza de mi franqueza en atención a que me inspira un interés vivísimo, y que con permitírmela con usted le doy una prueba de [99] cuán superior le creo a esos fatuos vanidosos, que no tienen bastante razón para conocer, que no la han tenido siempre, y no pueden perdonar el que se les hable el lenguaje algo áspero de la verdad. Yo tampoco debo ofenderme, antes bien agradecer la confianza que usted me ha dispensado, sólo me irritó en un primer momento el que no fuese usted tan grande, tan sin igual, tan sublime como lo deseaba mi corazón. ¿Pero por qué sería tan injusta que se lo reprochase a usted como un crimen?

¡Cepeda!, tú eres lo que has sido, lo que serás siempre para mí, el más amable de los hombres y el más querido de los amigos: esto eres todavía y esto tienes que ser mientras yo viva: ¿por qué, pues, nos separaremos de este modo? ¿te lo aconseja así tu corazón? ¿podrás no conocer el mío? En cuanto a mí, no puedo, ni quiero: es preciso que te diga que te quiero aun más que a ningún hombre he querido, y que si el destino ha ordenado no te vuelva a ver más, conservaré de ti una tierna e imborrable memoria. Adiós, pues, tú que me inspiras una ternura fraternal; tú, por cuya dicha daría una parte de mi sangre, recibe mi

adiós, y ya que no me lo retornes vierte sobre él una lágrima de reconciliación; tendría un placer en verte esta noche, pero no lo exijo, adiós.

(Está rubricada.) [100]

Carta 4

Amigo mío: he estado a punto de hacer un desatino sólo por haber soñado que te habías marchado. Es preciso para sosegar mi corazón que te vea esta noche. Creo que iremos esta tarde en casa de las Jurado, pero de todos modos, a las ocho u ocho y cuarto, estaré en casa sin falta. No dejes de venir a verme.

Mándame la composicioncilla mía A la luna, que te di impresa, pues el ejemplar que tenía se me ha perdido, y quiero hacer una colección de todas.

Adiós, hasta las ocho u ocho y media, lo más tarde. Además, si me es posible hacer desistir a mamá de la visita, lo haré; pero repito que de todos modos estaré en casa a las ocho.

(Hay una rúbrica.)

Anoche, apenas una hora he dormido: estoy en pie desde las cinco.

Carta 5

Mi amable amigo: cumpliendo mi promesa y siguiendo los impulsos de mi corazón, tomo la pluma para saludar a usted y preguntarle si ha llegado sin novedad a ésa, si ha desaparecido [101] el esplín y el dolor del pecho, y si no ha olvidado sus amigos.

Yo me encuentro bastante embromada con males de estómago y un histérico que me devora. Paso muchos días en cama poseída de tristeza y fastidio insoportable, pero espero que pasará, pues hoy me encuentro mejor.

Nada nuevo ocurre en Sevilla. Dícese que pronto comenzarán las óperas, pues ya vinieron los papeles que faltaban a la Compañía. También se corre que viene el famoso Carlos la Torre, pero no hallo a esta noticia la menor verosimilitud, pues Sevilla no puede sostener al mismo tiempo Compañía de verso y Compañía italiana.

El Duque sigue lo mismo que usted le dejó; voy no todas las noches y me fastidio grandemente. Temo que usted me haya pegado su misantropía, pues hago un verdadero sacrificio en salir de casa.

He concluido mi traducción de La Fuente, y espero me diga usted si quiere que se la mande y cómo. Ahora comienzo a traducir el Anniversario de Millevoje, poeta casi tan dulce como Lamartine, aunque menos profundo.

¿Y usted, mi tierno amigo, qué hace?... Cuando se pasee usted por los campos a la claridad de la luna, cuando escuche el murmullo de un arroyo, el soplo ligero de la brisa, el canto de un ruiseñor, cuando perciba el aroma de las flores... entonces piense usted en su amiga; porque todos esos objetos [102] son tiernos y melancólicos como mi corazón. ¡Perdón!, no he olvidado nuestro convenio, y contendré la pluma.

Escríbame usted: si absolutamente no quiere dirigir las cartas a mi nombre, puede rotularlas a Doña Amadora de Almonte, nombre algo bizarro, que creo no corre peligro de hallar tocayo.

Adiós, Cepeda, cuídese usted mucho, diviértase y cuente siempre con el afecto fraternal de su amiga, Tula.

P. D.: Mi viaje a Cádiz se dilata.

Carta 6

Señor don Ignacio Cepeda:

He recibido la amable de usted, mi caro amigo, con tanta mayor satisfacción cuanto que informada por Concha de que no estaba usted en Almonte, sino en otra parte, que designó su hermano, y de cuyo nombre no me acuerdo, temía hubiese padecido extravío mi carta. Varias veces mandé una criada al correo y siempre me dijo que no había carta, hasta que ayer, siéndome imposible salir yo, me valí de Concha, la cual fue ella misma al correo y me trajo al momento la suspirada de usted.

Celebro que esté usted bueno, como en ella me dice, y menos melancólico que en ésta. Yo, por mi parte, quisiera poder decir otro tanto, pero por desgracia no es así. Mis dolores de estómago me [103] han dado mucho que hacer, y mi melancolía se aumenta cada día. ¡Usted me pide que la venza...! Ciertamente, es grande el influjo que una súplica de usted ejerce en mi corazón; pero en este punto acaso no esté en mi poder el complacer la solicitud de su tierna amistad. Aparte de la ausencia de mi mejor, de mi único amigo, que es suficiente causa para melancolizarme, ¡tengo tantos otros motivos de tristeza! ¡La expectativa de una separación acaso próxima y larga de una madre que amo con ternura! ¡La indecisión en que batallo sin saber aún qué partido tomar ni qué suerte me espera! ¡La necesidad de independencia y el temor de la opinión, que me impide proporcionármela...! En fin, tantas y tantas cosas me agitan al presente (en que según las apariencias se aproxima

el día de la crisis), que la amistad misma, la dulce y lisonjera amistad de mi Cepeda no será poderosa a darme tranquilidad. Pero, ¡basta! Hablemos de otra cosa. ¡Yo quisiera que mis cartas fuesen tan risueñas! ¡ah! ya lo veo, ¡imposible! La amargura de mi corazón se mezcla en todas ellas. ¡Perdón!

Mandaré mi traducción por el conducto que me indica, pero será luego que tenga tiempo para escribirla, pues el borrador está ininteligible y la única copia leíble que tenía, la he mandado a Cádiz por compromiso. Los señores redactores del nuevo periódico de literatura, que sale en dicha ciudad con el nombre de La Aureola, me han [104] escrito una lisonjera carta rogándome cediese a su periódico algunas de mis composiciones, y, aunque quise negarme, me he visto forzada a complacerles por haber intervenido en el asunto un paisano mío a quien estimo, y que se ha empeñado de un modo, que no podía yo, sin desairarle, mantener mi negativa. Así, pues, he cedido a La Aureola mi traducción, poniendo la condición de que no se imprimiera firmada con mi nombre sino enteramente anónima.

Ya enviaré a usted, tan pronto pueda, una copia, y de antemano reclamo su indulgencia. Preciso fuera que usted conociese el original para que formase un juicio exacto de la grandísima dificultad de la traducción. Lamartine, uno de los más grandes poetas de la moderna escuela y acaso el más dulce y fácil, tiene, sin embargo, algo de vago y metafísico en su poesía, y una manera de decir que es ciertamente intraducible. Sus ideas en muchas composiciones son tan delicadas, que se marchitan, por decirlo así, bajo la pluma del traductor y sus giros son a veces tan atrevidos que intimidan. He procurado en La Fuente traducir con la exactitud posible, penetrándome de los pensamientos e ideas del autor, pero estoy muy lejos de la satisfacción de creer que he logrado imitar con mediano acierto su versificación fluida y armoniosa, y aquel colorido místico y melancólico que distingue sus composiciones.

Respecto a mi novela, he sometido sus diez [105] primeros capítulos a la censura de mi compatriota, ya mencionado, hombre instruido y de gusto, que felizmente se halla ahora en esta ciudad, y he tenido el gusto de que mereciese su aprobación. Él ha animado mi tímida pluma, asegurándome que la parte descriptiva está trazada con exactitud y variedad y que los caracteres están bien delineados y desenvueltos con vigor. Su bondad le ha hecho propasarse hasta dar al estilo elogios inmerecidos y juzgar de altamente interesante el plan de la novela. A pesar de mi amor propio he conocido el favor de este juicio, pero me ha animado, sin embargo, a continuar haciendo esfuerzos para merecerlo mejor.

Ya ve usted, mi buen amigo, que le hablo de cosas que no son más que cosas: ya ve usted que evito un lenguaje, que usted llama de la imaginación y que yo diría del corazón: usted le juzga peligroso y le destierra de nuestras cartas. Yo suscribo a su formidable sentencia, pero ¿qué temes tú, amigo mío? ¿qué peligro quieres evitar? Acaso oyendo y empleando el idioma del corazón ¿temerás no poder impedirle adelantarse demasiado? ¿temerás sentir o inspirar un sentimiento más vivo que el de la amistad...? Si es cierto, tranquilízate, yo te aseguro que no me amarás nunca sino como a tu hermana, y que en mi alma no hallarás jamás otros afectos que los que hoy día me envanezco de expresarte. Yo he meditado mucho en estos días sobre la naturaleza de nuestros sentimientos, [106] y te lo juro, este examen me ha tranquilizado. Yo perdería mucho si tú dejases de ser mi amigo

para ser mi amante. ¡Amantes!... ¡Cercan tantos a una mujer joven y de tal cual mérito! Pero, ¿dónde hallar un amigo como tú? ¡Amantes!... Mira, me empalagan ya; esa cáfila de aduladores que asedian nuestro sexo, me parecen poca cosa aún para divertirse una un rato con sus necios galanteos. ¡Ni puedo yo creer que me amen! Uno me obsequia porque soy una forastera que no conoce, cuya clase acaso juzga dudosa, cuyas costumbres ignora y acaso puedan ser fáciles, cuya conquista no le parecerá dudosa, y me obsequia creyendo que puedo ser su capricho, su juguete, su pasatiempo, su placer de algunos días. Otro me obsequia, porque hace profesión de obsequiante de cuantas mujeres bien parecidas se le presentan: sin ideas, sin cálculos, sin esperanzas, sólo por el prurito de galantear y hacer de elegante. Otro me obsequia, porque anda a la cuarta pregunta, como suele decirse, y oliendo donde guisan. Soy americana, y por ser americana supone que soy rica, lo cual basta para que forme sus cálculos de matrimonio. En fin, otro me hace el amor sólo por vanidad: porque se lisonjearía de ser mi novio, no porque yo le guste, sino porque cree darse importancia en la sociedad con la preferencia de una mujer que es celebrada, que dicen tiene algún talento. He aquí, querido Cepeda, los motivos que impulsan a la mayor parte de aquellos [107] que me hacen la corte. Y estando yo en esta persuasión, ¿podré oírlos con otro objeto que el de burlarme de ellos?

¿Y usted qué hallará en las mujeres que digan amarle? Una dice que le ama, y no ama más que su colocación. Desea un marido, un estado, que es la ambición de las mujeres vulgares, y lo busca en usted. Otra dice amarle, y sólo ama en usted a su pasatiempo, al que le regala el oído y la lisonjea en la sociedad; al que satisface su vanidad, y al que dejaría sin pesar por otro más galán, de más representación social, de más nombradía, etcétera, etc. Otra dice amarle, y sólo ama en usted sus propios placeres, y... ¡oh!, rubor causa decirlo, pero lo vemos cada día para vergüenza nuestra; vemos esta clase de mujeres que degradan la dignidad de su sexo, y son a mis ojos más despreciables que la escoria más vil de la tierra.

¡Y tal es el amor en nuestra triste y corrompida sociedad! ¿Cómo podía él existir entre nosotros? ¡Oh! ¡No, jamás! Esos profanados nombres de amante y querida déjalos a otros y a otras. Tú serás mi amigo, yo tu amiga de toda la vida, y no debes temer que sea degradado nunca el santo carácter de nuestros vínculos. ¿Temerás tú cuando yo no temo? Todo lo dicho te prueba que nada arriesgas en dejar hablar tu corazón. No interpretará la vanidad tus palabras, ni puede tu amiga confundir la expresión de tus sentimientos con la jerga insípida del galanteo, que llaman amor. En [108] cuanto a mí, haré lo que quieras; no te expresaré mi cariño si esto te hace mal, pero ¡me cuesta tanto este esfuerzo!

Cepeda, ya lo ve usted; mi pluma corre a pesar mío y dice más de lo que quiero decir. Yo debiera ofenderme en vez de halagar a usted, pero mi orgullo tan susceptible en otras no lo es en esta ocasión. No tema usted, vanidoso, no tema usted, que yo le crea enamorado si usa conmigo un lenguaje tierno. ¿Me cree usted una niña o una vieja? No tema usted, repito, y para tranquilizarse enteramente, sepa usted que el día en que le creyese a usted enamorado de mí, ese día cesaría de amarle, y no le vería a usted más. Con que con esta seguridad su libertad no corre ningún riesgo conmigo, ni tiene usted necesidad de alarmarse de mi ternura, como si viese en ella un lazo de hierro pronto a aprisionarlo. ¡Amable melancólico! ¡Qué poco mundo tiene usted! Perdóname amigo esta frase, pero me hace gracia, tanta gracia ver tu temor y adivinar tu corazón al través de ese velo con que piensas

cubrirlo! Me temes, Cepeda, no lo niegues, temes que me poseione yo de tu corazón, temes los lazos de hierro, que pudieran ser consecuencia de tu amor por mí, y crees evitar algo acogiéndote a la sagrada sombra de la amistad. ¡Oh!, eres un niño si tal crees. ¡Cuánto te engañas, querido, cuánto, si crees que la amistad señalaría límites que el corazón respetara! ¿Qué importa el nombre a los sentimientos? ¿Dejan de [109] ser los mismos? Lo que debe tranquilizarte no es eso, sino el saber que no hallas en mí un enemigo de tu libertad, y que por mi propio interés cuidaré de no dar a tu corazón más vehementes afectos que los que hoy abrigue.

Raro, original es el papel que hago contigo. Yo, mujer, tranquilizándote a ti del miedo de amarme. ¡Es cosa peregrina! Pero contigo no soy mujer, no; soy toda espíritu, y ninguna regla es aplicable a este cariño excepcional que me inspiras.

Muy larga es esta carta; pero no imitaré yo a los que acaban las suyas jurando (nada menos que jurando) ser más corto en lo sucesivo. Ésta es larga; pero aún lo será más la que escriba cuando no se me ordene no usar expresiones que conmuevan demasiado y hagan mucho daño.

Nada nuevo ocurre en Sevilla, el primero del entrante comienzan las óperas: se hará dicho día El Juramento, de Mercadante. La señora Rossi, nuestra actual prima donna, dicen que es muy buena.

El Duque sigue bien, aunque las noches son ya algo frescas. La Alameda Vieja es la que debe estar muy sola, después que se ausentó mi amable misántropo.

Yo sigo yendo al Duque, siempre que puedo; y luego iré a las óperas, y a todo lo que se presente. Lamartine comienza una composición suya con este verso:

Et j'ai dit dans mon coeur: qué faire de la vie?

Y yo he dicho a mi corazón: ¿qué haré de la vida? [110]

¡No hay más remedio! Hacer lo que hacen los demás, y dejar correr el tiempo.

Adiós, mi amado amigo; cuídese usted, diviértase, y vuelva pronto donde le llaman los votos más sinceros de una amistad tiernísima.

Expresiones de Concha, y mil afectos de su invariable

Tula.

Sevilla y agosto 28, 1839.

P. D.: Ruego a usted disimule la incoherencia de ésta, y su poca unidad y defecto de estilo. Veo que está rara; pero va según mi cabeza. ¡Tengo tanta confusión en ella! Y luego, mi humor hoy es malísimo.

Carta 7

Señor don Ignacio Cepeda.

Con una imaginación muy viva, y a la par un corazón sensible, el silencio de dos correos, que ha guardado mi amigo, me tiene sobrado inquieta y afligida para poder imitarlo. No habiéndome sido posible salir sola con una criada, pues siempre que lo he intentado se me han agregado personas de mi familia, no he podido ir personalmente al Correo; pero he enviado, en los dos a que me refiero, a una criada de mi confianza, y siempre me ha dicho que no tengo carta. Dudando [111] aún, y figurándome fuese efecto de su mal leer, como sucedió la vez pasada, mandé a Solano, aquel muchacho de las Mendizábal, que viene mucho a casa, donde usted le habrá visto algunas veces, y tampoco me dio noticias satisfactorias. Aunque ya no tenga esperanza, con todo, pienso ir yo misma mañana, si logro salir solamente con una criada, para cerciorarme por mis propios ojos.

Mil temores me agitan al trazar estas líneas: ¿estará usted enfermo? ¿Contendría mi última carta alguna expresión, alguna frase, que le haya enfadado con su amiga? ¿O acaso un olvido, una falta de interés en esta correspondencia, le ha decidido a interrumpirla tan bruscamente? Todo puede ser, y acaso haría yo mucho mejor en imitar su silencio, que en inquirir la causa. Pero ya usted lo ve, no puedo hacerlo; porque esa virtud que llaman prudencia, no es la que más predomina en mi carácter, y siento demasiado para poder pensar mucho. Así mis acciones no son siempre las que se aguardan, y se resienten algunas veces de poca reflexión y mucha franqueza. Pero si hago mal en escribirá un amigo que estimo, porque él manifiesta poco deseo de este recuerdo, el orgullo podrá condenarme, mas no ciertamente mi corazón, ni acaso el de usted. Luego que usted mismo me diga que fue voluntario este silencio que me inquieta, entonces quedaré satisfecha y no seré importuna. Jamás seré la primera en romper las relaciones amistosas que nos unen; pero no rehusaré [112] nunca el borrar hasta sus recuerdos de mi corazón cuando crea que ellas no son de igual interés para ambos.

Grandes y felices novedades se han verificado en nuestro horizonte político. Maroto, con varios otros generales y 21 batallones, ha reconocido a la Reina, pasándose, mediante un convenio con Espartero, al ejército de éste. Dícese además que don Carlos se ha acogido al pabellón inglés; y si esto es cierto, no concibo cómo ese pobre hombre ha olvidado un ejemplo no remoto de la tenebrosa política del Gabinete de Saint James.

Las Cortes se han abierto el primero de este mes con la mayor solemnidad; y, bajo tan felices auspicios, debemos esperar una pronta y perfecta paz. ¡Ya era tiempo!

Mamá está de enhorabuena, por decirlo así; la consolidación del Gobierno actual la saca de grandes inquietudes. Su marido había empleado mucho dinero en papel y bienes nacionales, y estaba, como suele decirse, con el credo en la boca. Ahora el papel ha subido prodigiosamente; y si la cosa no varía, su fortuna se triplica y se asegura con grandes ventajas. La suerte favorece de una manera tan visible a mi padrastro, que los mayores

desatinos que hace se convierten en beneficio suyo; y los que le han llamado loco en sus empresas impremeditadas y atrevidas, le admiran al verlas felizmente realizadas.

Con todo, yo estoy muy lejos de alegrarme de [113] la conclusión de la guerra, por lo que respecta a mi interés personal; pues todo esto tiende a separarme más pronto de mamá, o a alejarme de este país, que amo, si me resuelvo a seguirla.

En fin, el tiempo decidirá; por ahora no quiero pensar en ello.

Hemos tenido dos lindas óperas de Mercadante y Donizzetti: El juramento y Marino Faliero; en estos días el teatro ha estado iluminado y la concurrencia ha sido grande. Pero, créanle usted, caro Cepeda, en nada gozo. Su ausencia de usted deja un gran vacío para mí en todas las ceremonias, y deseo con ardor vuelva usted pronto adonde le llaman los votos más sinceros de una amistad la más tierna.

Adiós hasta entonces,

Gertrudis.

Carta 8

Querido amigo mío: por fin está a mi vista la grata de usted de 11 del presente, que ha disipado todas mis inquietudes. Seré corta, muy corta, como usted me aconseja; pero escuche usted, que voy a usar una vez de los derechos que me da la amistad.

Necesito de usted, de sus consejos, de su talento para iluminarme, de su cariño para dirigirme en la próxima crisis, que debe fijar mi destino. Necesito de usted, amigo mío: es preciso [114] que hablemos largamente; pues tengo mucho que decirle, mucho. Ahora respeto sus estudios y le dejo a plena libertad; pero tenga usted presente que es joven y tiene toda una vida que consagrar al estudio, al amor, a la patria, a su familia, y que la amistad sólo le pide algunos días.

Un mes siquiera (después que concluya usted y se gradúe); un mes debe ser mío, y exijo me lo ofrezca usted y se comprometa a no dejar a Sevilla hasta pasado dicho mes.

Mi dulce amigo, ¿me lo negará usted?

Tengo, más que nunca, ahora necesidad de un amigo; y, ¿quién, si no es usted, merece de mí este título? Después que le quiero a usted, he roto poco a poco todas mis otras relaciones de amistad, y en usted he concentrado todos mis afectos. Con nadie puedo aconsejarme sino con usted, y con nadie sino con usted me permito confianza. Ya ve usted a lo que esto le obliga: a no desoírme cuando le diga: «Te necesito.»

Adiós, no volveré ya a distraer a usted, sino esperaré el día en que me diga: por un mes pertenezco exclusivamente a la amistad.

(Está rubricada.)

Tengo enfermo a mi hermano y también lo está mi padrastro en Bilbao: por consiguiente no salimos de casa.

(Hay otra rúbrica.) [115]

Carta 9

Anteanoche te dije que había enviado a tu casa un libro y no pude añadir, por los testigos que había, que dicho libro era, como lo es el que hoy te mando, un pretexto para escribirte sin que el portador se haga cargo. La fatalidad hizo que no te encontrase en tu casa el mensajero, y rasgué la carta en un momento de impaciencia contra la mala suerte, que la hizo volver por dos veces a mis manos, cuando la suponía en las tuyas.

Nada empero contenía dicha carta de importante; era solamente la expresión de mi tristeza en varios días, que no te veía, y una proposición, que ahora voy a repetir en pocas palabras. Veremos si te agrada.

Pronto vas a graduarte, y creo que saliendo de eso podrás verme con más frecuencia: aún antes de graduarte nos hemos de ver algunas veces, porque ¿cómo vivir así, querido amigo? ¿quién tiene resistencia?; la mía comienza a faltarme no obstante todos mis propósitos. He pensado, pues, que debemos convenir en una cosa, y es que siempre que tú vengas y esté yo sola aprovechemos tales momentos para realizar un deseo, que tengo hace mucho tiempo, y que es el de leer contigo alguna obra interesante. Aun estando mamá podemos, si nos agrada, entretener un rato en la lectura, pues ningún inconveniente veo en ello, si a ti no te desagrada [116] mi proyecto. Con este objeto he hecho una lista de algunas obras de mi gusto, que voy a nombrarte para que tú escojas la que te parezca y me lo digas. Yo la tendré en casa inmediatamente y la comenzaremos en la primera oportunidad. ¡Qué placer presiento, mi dulce amigo, en leer contigo una obra interesante!

En primer lugar, porque quiero que conozcas al primer prosista de Europa, el novelista más distinguido de la época, tengo en lista *El pirata*, *Los privados rivales*, *El Wawerley* y *El anticuario*, obras del célebre Walter Scott.

Seguidamente *Corina o Italia* por Madame Staël. Novela descriptiva del más hermoso y poético país del mundo, y hecha esta descripción por la pluma de una escritora cuyo mérito conoces. Además, han dado algunos amigos en decirme que hay semejanzas entre mí y la protagonista de esta novela, y deseo por eso volver a leerla contigo y buscar la semejanza, que se me atribuye con este bello ideal de un genio como el de la Staël.

Sigue la Atala del inmortal y divino Chateaubriand, porque te agradan todas las escenas de la naturaleza, todos los corazones primitivos, en fin, el hombre en su estado normal; y esta linda obra te satisfará. Luego las poesías de Lista, Quintana y Heredia, porque como dice uno de estos poetas:

.....Verás la poesía
del corazón y mente descendiendo
al corazón y mente arrebatarse. [117]

Ésta es mi lista, escoge tú la obra que mejor te parezca, y avísamelo. Verás qué placer gozamos en los momentos que pasemos juntos. A tu elección dejo también tus visitas a casa, pero no quiero que dejemos de vernos por un motivo... leeremos juntos ¿no es éste un placer? Adiós, mi bien.

(Está rubricada.)

Carta 10

Señor don Ignacio Cepeda.

Hasta hoy sábado, que vino el correo general, no se me ha traído la carta de usted, querido Cepeda, y para que ésta no duerma hasta el miércoles en la estafeta, determino enviarla directamente a su casa de usted.

Cuando anteanoche me dijo usted que mandase al correo, porque me había usted escrito, se olvidó advertirme que la carta venía a mi nombre y no al adoptado en nuestra correspondencia. Así, aunque ayer mandé, no me la trajeron, porque la persona encargada buscó a doña Amadora de Almonte y no a mi nombre. En fin, ya está en mis manos esta querida carta.

¡Una vez por semana...! ¡Solamente te veré una vez por semana...! Bien: yo suscribo, pues así lo deseas y lo exigen tus actuales ocupaciones. Una vez por semana te veré únicamente: pues señálame, por Dios, ese día feliz entre siete para separarle [118] de los otros días de la larga y enojosa semana. Si no determinases ese día, ¿no comprendes tú la agitación que darías a todos los otros? En cada uno de ellos creería ver al amanecer un día feliz, y después de muchas horas de agitación y expectativa pasaría el día, pasaría la noche, llevándose una esperanza a cada momento renovada y desvanecida, y sólo me dejaría el disgusto del desengaño. Dime, pues, para evitarme tan repetidos tormentos, qué día es ése que debo desear: ¿será el viernes? en ese caso comenzaremos por hoy; si no, será el sábado. ¿Qué te parece? Elige tú: si hoy, lo conoceré viéndote venir; si mañana, avísamelo para que yo no padezca esta noche esperándote. En las restantes semanas ya sabré el día de ella, que tendrá para mí luz y alegría.

¡Ya lo ve usted, me arrastra mi corazón, no sé usar con usted el lenguaje moderado, que usted desea y emplea; ¡pero en todo lo demás soy dócil a su voz de usted, como lo es un niño a la de su madre! Ya ve usted que suscribo a no verle sino semanalmente. Pero, ¿no irá usted al Liceo?, ¿ni al baile? Para decidirle a usted ¿no será bastante que yo le asegure no habrá placer para mí en estas diversiones si usted no asiste?

No debe usted tener en casa menos confianza que en la de Concha, y puede usted venir con capa, o como mejor le parezca. Pero si absolutamente no puede usted tener esta confianza en casa, dígame usted dónde quiere que le vea; en casa de [119] Concha o donde usted designe, y no me sea imposible ir, allí me hallará usted.

¡Cepeda! ¡Cepeda! Debes gozarte y estar orgulloso, porque este poder absoluto que ejerces en mi voluntad debe envanecerte. ¿Quién eres? ¿qué poder es éste? ¿quién te lo ha dado?... Tú no eres un hombre, no, a mis ojos. Eres el Ángel de mi destino, y pienso muchas veces al verte que te ha dado el mismo Dios el poder supremo de dispensarme los bienes y los males, que debo gozar y sufrir en este suelo. Te lo juro por ese Dios que adoro, y por tu honor y el mío; te juro que mortal ninguno ha tenido la influencia que tú sobre mi corazón. Tú eres mi amigo, mi hermano, mi confidente, y, como si tan dulces nombres aún no bastasen a mi corazón, él te da el de su Dios sobre la tierra. ¿No está ya en tu mano dispensarme un día de ventura entre siete? ¡Así pudieras también señalarme uno de tormento y desesperación y yo lo recibiría, sin que estuviese en mi mano evitarlo! Ese día, querido hermano mío, ese día sería aquel en que dejases de quererme; pero yo lo aceptaría de ti sin quejarme, como aceptamos de Dios infortunios inevitables con que nos agobia.

No me haga usted caso; tuve jaqueca a media noche y creo que me ha dejado algo de calentura; ¿no es verdad? Mi cabeza no está en su ser natural.

Adiós. Lo que es esta noche, si usted me ve, [120] será en casa, porque C. ha quedado en venir, y no puedo yo ir a su casa sabiendo viene ella a la mía.

Deseo leer a usted un himno patriótico, que acabo de componer, y otros versos a un jilguero.

Adiós otra vez, mi dulce amigo: no conserves ésta, rásgala, te lo ruego. Es una carta de dislates, que sólo la desconfianza de que todas las que escriba hoy salgan lo mismo me hace mandar ésta. Hay días en que está uno no sé cómo: días en que el corazón se rompería, si no se desahogase. Yo tenía necesidad de decirte todo lo que te he dicho; ahora ya estoy más tranquila. No me censure, por Dios.

(Está rubricada.)

Acabo de llegar a casa y de saber estuvo usted. Puede figurarse cuánto habré sentido no estar para recibir su visita, que tanto me hubiera sido más grata cuanto era menos esperada; pero me tentó el mal espíritu seguramente a ir esta noche al teatro. Uno de mis hermanitos me ha dicho que le vio a usted allá, pero no lo creo, porque si fuese cierto que estuvo en la Ópera, ¿por qué no darme el gusto de subir al palco a saludarme, y además, cómo no le hubiera visto yo a usted? [121]

Pues a pesar de mi poca vista y de estar en palco segundo, desde cuya altura veo mucho menos, con todo, creo que no hubiera dejado de ver a usted, si hubiera estado.

A otra cosa, ¿irá usted al baile esta noche? Si algún influjo tengo para con usted, lo empleo todo para rogarle no deje de ir. Deseo que usted se divierta, y además mi propio interés me mueve no menos a desear su presencia en dicha reunión, pues no estaría complacida faltando en ella mi mejor y más caro amigo.

Dejo ésta escrita esta noche para que se la lleven a usted mañana temprano. Ahora voy a acostarme, porque el día de hoy ha sido tan agitado con las fiestas que me encuentro cansada.

Adiós, creo que nos veremos esta noche y así me despido hasta entonces. Siempre su más apasionada e invariable amiga

Tula.

Ya ve usted que ésta está escrita muy juiciosamente, y no se quejará de que le perturbo sus estudios.

Carta 12

Caro amigo: aprovecho la visita, que ha venido a hacerme una de mis antiguas criadas, menos torpe de las que tengo actualmente, para ponerte estas líneas, encargándola llevártelas. [122]

No irás al baile, ya lo sé, y no quiero infringir mis propósitos importunándote con objeto de verte en él. Pero como deseo contarte qué tal estuvo y lo que hice, y lo que vi, y lo que hablé... ¡todo!; como deseo referirte las personas que estaban, los trajes de las señoras, en fin, todo, todo como ya dije, espero que tú tengas también alguna curiosidad de saberlo, y te invito (sin comprometerte) a que vengas mañana por la noche.

El baile, según parece, no estará demasiado concurrido, pues anoche mismo vimos despachando en el teatro billetes sueltos, y se nos dijo que había sido preciso hacerlo, porque no había más que 44 suscriptores. Pero si usted estuviera, ¿no estaría hartamente concurrido para mí...? ¡No será! ¡paciencia! Voy adquiriendo con usted una resignación

admirable, de la que no me creía capaz: porque a la verdad, vida mía, puedo muy bien decirle a usted aquel verso de una comedia de Moreto:

¡Qué tibio galán hacéis!

Y, sin embargo, yo lo sufro con un estoicismo heroico. ¿Sabes que a veces me pregunto a mí misma, por qué he de querer a un hombre tan poco complaciente, tan poco asiduo, tan poco apasionado como tú? Me lo pregunto y no alcanzo respuesta de mi pícaro corazón, tan caprichoso. Pero, no, Ignacio mío, ¡no es verdad! Él me responde siempre satisfactoriamente y me dice [123] que te ama porque eres bueno, noble, sincero, porque eres el mejor hombre del mundo, y es justicia amarte cuando se ha tenido la dicha de conocerte.

Ya lo ves: aunque mis cartas comiencen algunas veces amargas o festivas, siempre las concluyo más tiernas que debieran ser, y tú abusas, ingrato, de esta ternura mía para hacer cuanto se te antoja y nunca lo que yo deseo. Ya me las pagará usted, señor mío, el día en que esté yo de humor de hacer desesperar a usted; digo, si acaso usted se desespera por alguna cosa... Vaya esta heridita entre tantas flores como le prodigo, porque, a fe mía, no merece usted tanta bondad.

Adiós, mañana, ¿eh...? esto es, si puede usted, si se lo permiten sus estudios, visitas, etc.; y ahora acuérdate un momento de que te ama a pesar de tus indocilidades tu demasiada buena,

Gertrudis.

Carta 13

Voy a probarte que no soy tan dócil, como anoche me reprochaste, a tu antigua orden. Voy a saludarte con la pluma, ya que verbalmente no puedo hacerlo hoy. ¡Vida mía!, ¡qué mala noche he pasado, qué mala estoy, qué triste...! No tengo vida sino para amarte; para todo lo que no es tu amor estoy insensible. Ni me agrada escribir, ni leer, ni bordar, ni la calle, ni mi casa. Si algún talento [124] he tenido, creo positivamente que lo he perdido ya, porque me encuentro lo más necia y fastidiada. He leído no sé dónde:

Un momento ha vencido
mi audacia imprudente,
este alma tan soberbia...,
¡vedla ya dependiente!

Yo he mandado siempre en mi corazón y en mis acciones con mi entendimiento, y ahora mi entendimiento está subyugado por mi corazón, y mi corazón por un sentimiento todo nuevo, todo extraordinario. ¡Posible es, Dios mío, que cuando yo me creía libre ya del dominio del amor, cuando me persuadía haberle conocido, cuando me lisonjeaba de experta y desilusionada, haya caído como una víctima débil e indefensa en las garras de hierro de

una pasión desconocida, inmensa y cruel!... ¡Posible es, Cepeda, que yo ame ahora con el corazón de una niña de trece años!... ¿Qué es esto que por mí pasa? ¿Qué es esto que yo siento?... Dímelo, dímelo, porque yo no lo sé. Es harto nuevo para mí, te lo juro. Y yo he amado antes que a ti, he amado, o lo he creído así, y, sin embargo, nunca, nunca he sentido lo que ahora siento. ¿Es amor esto? No, hay algo de más, no es amor solamente. Es el infierno, que se ha venido a mi corazón. ¡Qué feliz era! ¡Cuán tiernamente te amaba! ¡Los ángeles me envidiarían! Y ahora, ahora, ¡cuán desgraciada! ¡Cuánto sufro! ¡Cuánto, [125] querido mío! ¿Y por qué? ¿Qué ha sucedido? ¿Qué cosa me atormenta? Nada, yo no lo sé. ¿Es acaso que Dios castiga el exceso de amor, haciéndole un martirio? ¿Es que el corazón humano es estrecho y se rompe cuando está demasiado lleno?... ¿Es un presentimiento de desgracia? ¿Es una plenitud de felicidad? ¿Es un defecto de mi organización, o una inconsecuencia de mi espíritu?... Yo no lo sé, pero estoy abatida, padezco, soy desgraciada.

No te pido que vengas a menudo, no, ni aun el lunes, como has ofrecido. Mejor será más tarde: el martes, el miércoles, el jueves..., en fin, cuando yo esté menos triste que ahora, porque tu presencia, tan cara, tan deseada antes, ahora aumentaría mi tristeza. ¡Cuidado, Cepeda, cuidado!... Ten cuidado de mi corazón, tenlo..., mira que puedo morir. Tú no sabes, no puedes saber, que puedes matarme, no lo sabes. Pues bien, acaso te es muy fácil. Si quieres mi vida, si quieres conservar tu amiga, cuídala; dale tranquilidad, dale sosiego. Yo conozco que eres más prudente que yo, y me acuerdo que alguna vez me has pedido paz y olvido. Olvido, no, pero paz, yo quiero dártela y quiero tenerla. Tú tenías razón, la tenías. ¡Paz, sí, paz! Yo la necesito como tú y como tú la demando. De hoy en adelante, de común acuerdo, nos daremos paz, bien mío. ¡Desgraciados los que quieren apretar el corazón hasta romperlo, los que dan impulso a una máquina sin saber si tienen [126] fuerzas para detenerla cuando quieren! Es santa, es sagrada la vida del corazón, y nos empeñamos en gastarla. ¡Porque todo se gasta, todo! ¡Hoy no puedo resistir, mi corazón me ahoga! Mañana acaso estará parado y frío. ¡Nada es inexhausto! Se deben respetar los sentimientos y se debe temerlos. Ellos pueden dar la dicha o la desgracia. Tú no querrás darme sino felicidad. Si para dárme la antes bastábase amarme, para dárme la al presente es preciso más. Es preciso que me compadezcas, y acaso... acaso que dejes de verme. ¡Cuánto me cuesta decírtelo! Rompe ésta, y adiós.

(Hay una rúbrica.)

Carta 14

Perdone usted que le robe un momento a sus estudios con algunas líneas, acaso inoportunas. Ya se lo he dicho a usted otras veces, que no soy una de esas mujeres razonables que inspiran admiración al hombre que aman, por lo muy sensato de sus proceder. Yo soy incapaz de cierta prudencia; verbigracia: dejar de escribir a usted hoy. Mi corazón es como un niño, que no sufre contradicción, y aunque yo misma me llame, al tomar la pluma, inoportuna, antojadiza e indiscreta, ¡lo puedo resistir al deseo de contar a usted..., ¡qué cosas!... ¿Acaso un acontecimiento importante? ¿Una aventura singular? Nada de eso; lo que [127] tengo que contar a usted es... ¡un sueño! No se burle usted ni me crea pueril. Por desgracia, ha formado usted un tan alto concepto de mí, que, para no

desmentirlo, casi me veo precisada a ocultar lo que realmente siento. Un ejemplo: me dice usted que no debo ser celosa, porque tengo demasiado talento, y que con celos me pongo al nivel de las mujeres vulgares. De este modo, por no rebajar mi sublimidad a los ojos de usted, me siento impulsada a devorar en secreto mis tormentos. Ahora, del mismo modo, al ceder al deseo de contar a usted mi sueño, casi me avergüenzo, pensando que voy a parecerle a usted muy inferior a la sublime idea que de mí se ha formado.

¡Vea usted, pues, si es desgracia para una mujer que se tenga de ella un alto concepto! ¿Pero por qué lo ha de tener usted? ¿No le he dicho yo misma que no hallará en mí una de esas mujeres que yo admiro sin comprenderlas, de esas que son tan razonables, tan sensatas, tan superiores a las debilidades y caprichos del corazón, que ni sienten celos, ni sueñan cosas que les cause una viva impresión y que no pueden callar? Yo se lo he dicho a usted, que soy como Dios me ha hecho y no como yo quisiera ser, y no es culpa mía, si no me halla usted tan sublime como se ha figurado, porque se le antojó figurárselo. ¡Mi talento! ¡Ah, Cepeda!... ¿Crees tú que el talento sea un antídoto contra la sensibilidad? ¿Te parezco una mujer vulgar cuando me siento morir a la espantosa [128] idea de que otra mujer, acaso indigna de una mirada tuya, reciba tus caricias, tus expresiones de amor? ¿Me rebajo a tus ojos cuando recelo y tiemblo de ver profanado el objeto de mi culto y de mi idolatría?

Los tibios no temen:
¡infelices de ellos!...

Ha dicho un gran poeta; y los poetas, en punto a sentimiento, nunca se engañan.

Yo nunca he sido celosa, nunca; pero era porque no amaba. Porque a ti, a ti estaba reservado hacerme conocer esta pasión única, que yo me engañé alguna vez creyendo sentir por otro, y a ti, que amo tanto, estaba reservado también hacerme celosa. Pero, ¿no comprendes tú mis celos?... ¿No sabes tú lo que eres a mis ojos? Rodeado estás para mí de una atmósfera de... ¿de qué diré? ¡de santidad! Sí, perdóneme Dios si esta palabra le ofende. Creo que eres sagrado; que nadie, sino yo, tiene el derecho de mirarte, de amarte, de decírtelo. Cuando una mujer ama como yo te amo, no ve un hombre en su amante; ¡no! Es un ángel, es un ser divino, en cuya frente cree descubrir un sello de santidad. ¡Oh! Desgracia al hombre que echa lodo sobre este sello sagrado, y que dice a su amada: «¡Yo no soy más que un hombre!» Yo tengo celos, sí; pero, antes que tú me lo dijeras, no se me ocurrió la idea de que por ellos me rebajase a tus ojos. ¡Cepeda! Una mujer vulgar no [129] ama como yo, ni tiene celos como yo. Una mujer vulgar celaría en ti su novio, yo celo mi ídolo, mi Dios, que tiemblo ver profanado.

Pero, aun cuando sea una debilidad de mi corazón este sentimiento, hágame él menos sublime, hágame más vulgar, yo no puedo vencerle. Yo seré sublime en amarte, y esto me basta. Porque yo te amo con un amor que tú mismo no comprendes; ¡yo lo he conocido! No lo comprendes, no. Este culto de mi corazón, esta pasión pura, inmensa, tu corazón no la ha entendido. Yo misma, yo temblaba el llegar a amar con todas las fuerzas de mi alma; como que conocía sus inmensas facultades, conocía mi natural tendencia al entusiasmo, y me figuraba en una gran pasión combates continuos, ambición insaciable del corazón, agitación, delirio, y un penoso esfuerzo de la razón contra el sentimiento. ¡Cuán feliz soy al

ver que me engañaba! Yo te amo, te adoro; y, sin embargo -¡el cielo me es testigo!-, nunca he sentido mi alma tan llena y satisfecha. Si se exceptúa el disgusto de verte tan de tarde en tarde, y de cavilar en esos amores que tuviste, y acaso tienes aún; si se exceptúa eso, nada me agita, y soy feliz. Desde el momento en que me dijiste que me amabas, y yo te abrí mi corazón; desde aquel momento, que tanto había temido, cesaron todos mis sobresaltos, todas mis vacilaciones. Me sentí feliz, y lo soy cada día más. No, yo no deseo más; yo renuncio a toda otra felicidad. ¿Cuál es superior a la de [130] amarte y ser amada de ti? ¿Me crearás, empero, si te digo que, con todo este amor, yo no deseo inspirarte eso que los hombres llaman pasión? No, yo quiero que me ames con extremo, con vehemencia, como yo te amo; pero no quiero que tu amor difiera del mío. Creo que me entenderás: una queja me has dado anoche, que me fue dolorosa. ¡Por Dios, no des motivo de que vuelvas a tenerla! ¡Cepeda! Tú no me has conocido; tú no has comprendido mi amor. Yo quiero tu corazón, tu corazón sin compromisos de ninguna especie. Soy libre, y lo eres tú; libres debemos ser ambos siempre; y el hombre que adquiere un derecho para humillar a una mujer, el hombre que abusa de su poder, arranca a la mujer esa preciosa libertad; porque no es ya libre quien reconoce un dueño. Si el mundo fuese más puro, más santo; si volviésemos a la edad de inocencia en que este mundo viejo y corrompido era aún joven y puro, entonces yo no sé cuáles serían mis opiniones; pero hoy día sé que el hombre que es amado con idolatría, con veneración, puede hacerse culpable de egoísmo y crueldad cuando se reviste con el derecho de superioridad. ¿Y qué mayor superioridad que la de ser árbitro del destino de otro? ¡Creo que me comprenderá usted, Cepeda! Yo no estaría tranquila si no le dijese a usted que no me ha comprendido, y que yo sería despreciable a mis propios ojos si la pureza de mi corazón no justificase la demasiada franqueza que con usted me permito. [131] ¡Dios mío! y usted ha creído... basta. ¡Mi sueño ahora! Atención.

He soñado anoche que hoy, mientras yo estaba en el teatro, usted recibía una visita muy interesante. En el sueño, le veía yo a usted, lleno de remordimientos, decir, mientras pasaba muy agradablemente la noche: «¡Pobre T...! ¡Y ella creerá que no voy al teatro por estudiar!...» Este sueño, como soy supersticiosa, me tiene embromada. Sin embargo, nada exijo para tranquilizarme. Sabe usted que no quiero las cosas sino libre y espontáneamente. Lo que se pide ya no es voluntario. Adiós.

(Está rubricada.)

Carta 15

Hasta hoy no ha llegado a mis manos su carta de usted. Voy a contestarla brevemente.

Es injusto usted en decir que pido más de lo que usted puede dar. No pido nada, Cepeda. Un momento de ilusión y delirio hubo, es verdad, en que creí ser amada, creí amar yo misma con ese amor que había yo concebido y nunca gozado, con ese amor de mis sueños, que ocuparon con frecuencia mi imaginación, y que ningún hombre me había todavía inspirado. Hubo un momento que ya pasó, como todo pasa. Si en dicho momento osé pedir

su corazón todo entero y [132] me indigné de verle partido, en el momento actual no lo deseo ni lo admito.

Usted me ha ofrecido hace tiempo su amistad, y yo la he correspondido con toda la sinceridad de mi alma. Ésta sólo acepto y ésta sólo doy. ¡Amor! No; yo lo abjuro para siempre; este corazón mío no sabe sentir tibias pasiones, y el amor le devoraría. Deseo y quiero evitarlo. Hasta ahora no había amado, tengo de ello un íntimo conocimiento; ningún hombre llenó mis votos, ninguno me inspiró el sentimiento de hierro y de fuego, que junto a usted ha oprimido y quemado mi corazón. Al principio de mi vida yo ambicionaba amar de este modo y buscaba el objeto capaz de inspirar un férvido entusiasmo. Entonces no lo hallé, y hoy día ni lo busco ni lo deseo, y, sin embargo, lo hallo. Yo le amo a usted con vehemencia, con ternura, con idolatría; pero usted que ha podido hacerme sentir de este modo, usted no puede hacerme feliz. Poseyendo todas las cualidades que inspiran amor, usted carece de aquellas que prometen ventura. Por tanto, yo no quiero amar a usted: he aquí la verdad. Yo triunfaré del sentimiento que me domina, antes que él se haga omnipotente: ésta es mi resolución, respétela usted. Mi amistad es suya y puede usted disponer de ella; mi amor usted lo conoce, yo lo confieso, pero no lo doy, ni reconozco su yugo. Usted no tiene que pedirle nada, ni yo ofrezco nada por él. Usted es libre de continuar sus compromisos en otra [133] parte, yo no me ligaré en ninguna clase de empeños; pero para distraerme de usted aceptaré los obsequios de otros, a quienes por usted desdeñaba. Ésta es mi contestación a su carta de usted; nada más tengo que decir.

Ayer envié a usted un billete de entrada para la función del Liceo; no estaba usted en su casa y se lo dejó la criada a un caballero, que creo sería su patrón. También (envié) otro billete para ver las pinturas, cuya Exposición se hace hoy.

Tendrá usted la bondad de transferir a otro día su visita, pues verosíblemente esta noche no estaré en casa, porque mamá quiere ir a visitar a unas paisanas, que viven muy lejos, y siempre que hacemos dicha visita, es larga. Mañana, si no hay teatro, estaré en casa.

Adiós, concluiré por unos versos de no sé qué poeta:

«De todos es el errar,
pero de cuerdos ha sido
de un error ya cometido
las consecuencias cortar.»

(Hay una rúbrica.)

Carta 16

He leído tu carta, y no puedo acostarme sin contestarla al momento. Cepeda, ¡tu carta es dura, bien dura! Ella me enfría el alma, me desilusiona, me vuelve al estado de disgusto y

de hastío de la [134] vida y del amor en que estaba cuando te conocí, y del cual tu afecto pudo sacarme..., ¿no te acuerdas, Cepeda? Yo te lo dije muchas veces, y constantemente lo sentía, que el amor no tenía ya atractivo a mis ojos, mejor diré, que el amor se me presentaba un enemigo traidor, que halaga para vender, que acaricia para matar. Yo te había dicho que era infeliz, porque, muy joven aún, la vida había perdido para mí sus brillantes quimeras, y los afectos su dulce ceguedad; porque, voluntariamente, yo me consagraba a una existencia sin goces, sin amores, sin ilusiones; porque veía todas las cosas por el lado odioso que presentan; porque, temiendo entregarme a afectos que sólo me dieron pesares y decepciones, cerraba mi corazón, todavía nuevo, todavía lleno de calor y de sentimiento, lo cerraba a toda esperanza; porque yo buscaba una sociedad, que despreciaba, a fin de hallar en ella nuevos motivos de cerrar mi corazón a todos los engañosos halagos que pudiera ofrecerme; buscaba los obsequios de todos, a fin de gozar en mi vanidad lo que perdía de goces del corazón; buscaba diversiones para aturdirme y no sentir la devorante necesidad de una felicidad que no esperaba; buscaba galanteos pasajeros para divertirme y evitarme la ociosidad del pensamiento; porque, mientras me entretenía con las vaciedades de un amante, que no me interesaba, acaso me distraía del pensamiento peligroso de que podía haber uno que me interesara, que [135] se hiciera dueño de mi alma, que me diese una felicidad suprema o una desventura irremediable. ¡Éste era mi pensamiento, que yo desechaba porque no sé qué instinto del corazón me anunciaba que no hallaría fácilmente un hombre al cual pudiera amar con toda mi alma, y que sería para mí desgracia si llegaba a encontrarle. ¡Ésta era mi situación cuando te conocí! ¡Te amé, y todo varió! Ilusiones, esperanzas, dulces sueños del corazón, confianza pura del alma..., todo me fue devuelto, y tu amor me dio nueva vida, nueva alma. Te amé y me creí feliz, y creía que tenía el poder de darte lo que de ti recibía: alegría, esperanza, ilusiones, felicidad... ¡Oh, qué crueldad es la tuya en arrancarme de este dulce error y en arrojar sobre mi naciente ventura el velo negro y fúnebre de la desconfianza y la desilusión!

He aquí dos líneas de tu carta «Cuando miro a otros jurar por su amor y creer en la amistad, una pena amarga hiela mi corazón, y le maldigo porque se ha dejado escapar tamaño bien...», etc. ¿Con que es así, Cepeda? ¿Tú no das culto ni fe a tu amor ni a la amistad? ¿Tú no jurarías por el uno, ni crees en la otra? ¿Y me lo dices a mí, que soy tu amiga y que te amo?... ¡A mí, que cuando te he conocido he creído en la amistad, y cuando te he amado he creído deberte culto como a Dios!

Y luego añades a la crueldad la injusticia, y me dices que sea yo feliz, porque yo busco el mundo [136] y lo hallo, porque yo no te entiendo. ¿Cómo te he de entender, Cepeda? ¿Por qué sufres? ¿Qué te aflige? Eres joven, tienes una familia que te ama, una posición social que te lisonjea, una amiga, una amante que te idolatra... ¿Cómo comprender tu desaliento y tu dolor? ¿Es que no basto yo a llenar los votos de tu corazón? ¿Es que no te da mi amor la felicidad que me da a mí el tuyo y sientes la necesidad de otro más poderoso? Si así es, ¿por qué no me lo dices, por qué? ¿Crees que te haría un crimen de no amarme? ¿Me supones tan egoísta, tan poco generosa, que no compadeciese tu dolor y desease sinceramente hallar esa mujer feliz que alcanzase el secreto de tu corazón y le diese toda la ventura que merece? ¿Temes que deje de ser tu amiga? ¿Me conoces tan poco que dudas de la delicadeza y desinterés del afecto que te tengo?

Si no es ésta la pena que te aflige, fuerza es que tengas algún secreto; ¡secreto para mí, que te digo todo lo que pienso y hago, todo lo que siento y espero, todo lo que gozo y padezco! Fuerza es que algo sepas, que algo preveas doloroso, y que yo ignore.

Mil cosas me pasan por la imaginación. No sé callarte nada, y así te apuntaré algunas. ¿Tendrás inquietudes por el porvenir? ¿Te afligirá el pensar que podamos separarnos algún día? Si fuera así, ¿por qué callarme esta pena que me lisonjearía, esta previsión que me probaría tu [137] amor? No adivinarías tú con qué placer calmaría tus temores jurándote por mi amor (porque yo tengo fe en mi amor y puedo jurar por él) que, nunca te dejaré, porque yo soy libre de fijarme en el país que me agrada, y madre, hermanos, patria, todo lo dejaría para habitar bajo el cielo que tú habitaras, si tú me dijese que necesitabas mi presencia para ser feliz. ¿Sería acaso tu pena nacida, no del temor del porvenir, sino de inquietud de lo pasado? ¿Te aflige que yo haya creído amar antes de conocerte? ¿Tendrás celos de ese pasado, que no conoces sino por lo que yo mismo te he dicho? En ese caso, tu pena me afligirá sin ofenderme, porque no es culpa tuya ser celoso, si lo eres; pero haría por tranquilizarte lo que puedo, que es jurarte que no he amado a ningún hombre cual te amo a ti, y que soy digna, Cepeda, de tu aprecio: porque ninguna falta tengo que reprocharme de esas que el mundo llama irreparables y que manchan con un borrón eterno la vida de una mujer. Ninguna, ¡gracias al cielo!, y espero morir diciendo lo mismo, porque cualquiera que sea la indulgencia (que yo tenga en mi corazón para todas las faltas que dimanen del sentimiento, debo y quiero respetar las condiciones buenas y puras y las creencias que el mundo cristiano ha adoptado como justas y santas; debo y quiero conservar puro el nombre que mi padre me ha legado, y me moriría mil veces antes de grabar una mancha de vergüenza en mi familia. Porque [138] yo podré amar a un amante más que a mi familia, pero respetaré el decoro de ésta más que mi propia ventura.

¿Provedrá, pues, tu pena de lo presente? ¿Hay algo en mí que te desagrade? Mi conducta, mis sentimientos, ¿qué cosa? ¿Tendrás celos de alguno? ¡Oh!, no, esto es imposible, porque nunca te he visto propensión a los celos y sabes harto que sólo a ti amo, que sólo a ti doy mi corazón. ¿Será que no te agrada el que vaya a las diversiones y tenga tantas amistades de jóvenes de tu sexo? Si fuera así, ¿no sabes tú que yo renunciaría toda sociedad, toda diversión, a una sola insinuación tuya?

Y si nada es de todo esto, ¿qué puede ser? ¿Acaso, ¡oh, Dios mío, qué espantoso pensamiento!, ¿acaso prevés que tendrás que casarte con...? Si así es, Cepeda, dejemos esta horrible vida, este mundo en el cual ya estaríamos separados por una barrera insuperable. Muramos ambos, vida mía, y vamos a buscar juntos, delante de Dios, esa felicidad que no pudimos conseguir en la tierra. Esta mujer que busca el mundo, Cepeda, esta mujer, que tú crees acaso alegre y ansiosa de diversiones, estaría pronta, a una palabra tuya, a dejarlo todo y a morir contigo, si tú le decías: ¡Yo soy desgraciado y quiero morir!

Pero yo me confundo en conjeturas y tú sufres y, me callas los motivos de tu pena, y me escribes una carta dura, fría, atroz..., que está aquí delante [139] de mí, helándome con cada una de sus líneas. La leí algunas horas después de leer otra... ¡Qué diferencia! ¡Qué cotejo me haces hacer, Cepeda! Esa carta que te di en prueba de una confianza sin límites, esa carta está llena de amor, culpable, loco, ofensivo, sí; pero ardiente, entusiasta, enérgico. ¡Y la tuya!... Mira, soy tan franca, tan sincera, que no te ocultaré que ha habido un momento

en que me he dicho: ése hombre sabe amar acaso mejor que Cepeda, y si fuese libre, si yo le amase, él sería feliz con una felicidad suprema y no se quejaría y no me pediría olvido y paz: me pediría amor ardiente como suyo, me pediría amor, amor y tanto amor, que todo éste que guardo en mi alma, no me ahogaría ya, porque él lo recibiría...

Mira, ni desprecio a ese hombre ni le aborrezco; si no te amase le temería, y porque te amo le compadezco únicamente y no le temo. Ese hombre no me inspira hoy día indignación, aunque me ofende; ni desprecio, aunque le creo un insensato. Porque él sabe amar, ¡ese hombre sabe amar!, yo le estimo y le comprendo fácilmente, porque él hace lo que yo haría en su caso. A ti no te comprendo, porque no haces lo que yo haría en el tuyo. ¡Cepeda!, ¿será posible que nos hayamos engañado creyendo que había simpatías poderosas entre nuestras almas? ¿Seremos, por el contrario, dos naturalezas opuestas que se contrastan? ¿Será nuestro amor una nueva ilusión [140] que debe acabar como las otras? Ve aquí una triste duda, que me ocurre en este momento por primera vez. ¿Tomaremos por amor lo que no lo es...? ¿Será que no nos amamos...? Porque yo creo que es el cielo, la bienaventuranza de los ángeles, un amor mutuo e inocente, y supuesto que tú dices que eres desgraciado y que yo en este momento no soy dichosa, fuerza es pensar que no nos amamos. ¡Cepeda, Cepeda! ¡Qué frío de muerte cae en mi corazón a esta idea...! ¿Ves lo que ha hecho tu carta, hombre cruel? Me haces dudar hasta de mi amor... ¡Más vale morir! Adiós.

(Hay una rúbrica.)

Carta 17

Curro le dijo a mamá la noche del primer baile que estabas malo, pero yo creí fuese un pretexto tuyo para no asistir siguiendo en tu sistema de retraimiento. Sin embargo, viendo que no estaba Curro en el otro baile y que no has venido por casa, empiezo a inquietarme y a creer estés efectivamente indispuerto. Envíame a decir lo cierto, y si no vas al Liceo esta noche.

Estoy harto fastidiada ya de diversiones, pero por ser cosa del Liceo tengo que ir a pesar mío. Te aseguro que de tal modo me estoy poniendo misántropa como tú, que cuantos esfuerzos hago para ser lo que era son infructuosos y sólo sirven [141] para fatigarme. Hago todo lo posible para aparentar alegría, animación, coquetería... (pues la coquetería es un gran recurso contra la tristeza), pero nada consigo. Mi corazón está herido de muerte, amigo mío.

Tengo mucho que contarte. En un rapto de mal humor he rasgado dos actos de mi drama. En otro rapto de mal humor hice trizas el vestido, que debía ponerme esta noche...; no será extraño que en otro me arroje por un balcón.

Estoy qué sé yo cómo: mi espíritu no es el que era, nada me sale bien, nada me satisface. No sé qué influjo de fatalidad ejerces en mí. Has apagado mi talento y mi alegría, y hasta en mi corazón has abierto una fuente de amargura. Y a pesar de esto, tengo que pedirte perdón de una locura que he hecho, aunque ya está remediada. Seré franca hasta el exceso contigo, aunque mi franqueza me haga culpable a tus ojos. Sí, te diré que en un momento de rabia contigo, conmigo, con la suerte... ¡qué sé yo con quién!, quise sustraerme al dolor, que me oprimía, quise... te lo diré cuando te vea y me perdonarás, ¿no es verdad? ¡Necia de mí! Pude pensar que el amor de otro me distrajera. Pude pensar reanimar el tuyo dándote un rival..., me avergüenzo y juro por Dios no incurrir otra vez en una falta que me remorderá hasta obtener tu perdón.

Adiós, ten compasión de una mujer que pudo ser algo en el mundo y que ya es nada. Ámame o [142] mátame...; no hay para mí otra alternativa. ¡Tantos días sin verte! ¡Tienes de hielo el corazón! ¿Qué significa esto? ¿Te pesa ya mi amor?... Acaso te pese, pero no tanto como a mí la vida.

(Hay una rúbrica.)

Carta 18

A la una de la noche:

No robaré sino un momento de estas horas que consagras al estudio; sólo un momento, y perdóname. Acabo de leer tu carta y me es imposible dormir esta noche sin decirte que eres un ángel, y yo... una loca. Mira, lloro y lloraré muchos días mi conducta de esta noche. ¡Cepeda, perdón! Yo debí conocer que las pueriles arterías, que acaso se usan con razón y utilidad con hombres vulgares, no debían emplearse con un corazón, con un carácter tan superior como el tuyo. Yo debí conocer que una ruin venganza era indigna de ti y de mí. ¿Qué podré decirte? Tú no sabes aún cuán frívola, cuán loca he sido; porque acaso te habrás creído que el deseo de ver la comedia, o de complacer a Ojeda, como te dije, me impulsaba a ir al teatro. Lo habrás creído, y me juzgarás pueril solamente; ¡ah!, soy más; soy injusta, suspicaz, orgullosa, neciamente orgullosa y vengativa. He ido al teatro, y estaba resuelta a ir, aunque lloviesen rayos, porque estaba incomodada, ofendida; porque [143] soy tan loca, que me llené de sospechas al saber que no estabas en tu casa cuando mandé mi carta; porque cuando vi que viniste de tarde a casa, me figuré que lo hacías para poder retirarte temprano y marcharte a otra parte; porque en aquel momento, mi fatal imaginación, me pintó toda tu conducta conmigo como tibia, calculada, cautelosa; porque hubo un momento en que me atreví a decirme a mí sola: «Ese hombre no me ha amado nunca, y sólo ha querido aprovecharse del afecto que conoció me inspiraba.» Y a esta terrible sospecha, mi orgullo me dictó mil necesidades. Aun hay más; cuando bajé y te dije que iba al teatro, me enfadó la frescura con que lo oíste. Yo deseaba que te incomodases, que te quejases, que te dieras por sentido. Tu frialdad me pareció una prueba de indiferencia, y la oposición que hiciste a ir al teatro fue, en mi concepto, una consecuencia de tu resolución de hacer alguna otra visita en esta noche. Yo hubiera sido feliz si me hubieses dicho: yo no quiero que vayas a la comedia. Esto deseaba... ¡Ve cuán loca soy! Y

por mucho que quise disimular mi incomodidad, creo que tú debiste conocerla. El ver que te quedaste en el teatro disipó una parte de mis inquietudes, y tu carta..., ¡bendita sea!..., tu carta me ha hecho conocer cuanto es tu corazón más tierno, más confiado, más hermoso que el mío; me ha hecho conocer que soy más ligera que una niña, más injusta que la mujer más inferior, y que tú eres siempre tierno [144] y sincero. Es verdad que yo amo con más vehemencia, más exclusivamente que tú; pero tú me aventajas en que, amando menos, sabes amar mejor. Tu ternura sufrida, confiada, sublime en su nobleza, vale más que mi amor de fuego, injusto, sospechoso y tirano. Ya estoy arrepentida y te pido perdón, jurándote, por la memoria de mi padre y por la de tu madre, que jamás volveré a incurrir en semejantes necesidades. ¿Me perdonas, no es verdad? Porque tu alma, llena de nobleza, debe estar también llena de indulgencia. En lo sucesivo, manda, dispón, yo quiero obedecerte en todo, y tú obra libremente, porque todo lo que hagas será bueno y justo. ¿Lo oyes?...

Ven cuando puedas, yo no te exigiré ya nada; pero cuando te vea, dime que me perdonas y déjame besar tu mano; ¡tu mano querida que esta noche no quise acercar a mis labios!... Adiós, tengo tu carta aquí sobre mi corazón. Yo no debí esperar otra cosa de ti; esta carta no debe admirarme. Y bien. ¡Tú eres mi amigo, mi hermano, mi ídolo...; nada tengo que temer de ti, y mi sola obligación es adorarte! Adiós.

(Está rubricada.)

[145]

Carta 19

No me será posible decir verbalmente nada de su carta porque ya usted me conoce: soy propensa a conmoverme hablando de los objetos que me interesan. Prefiero tomar la pluma para dar a usted gracias por la pura alegría que me ha hecho sentir con su carta tierna, entusiasta y lisonjera.

¡Yo la acepto!, yo acepto esa amistad que me lisonjeo merecer, y la correspondo con la mía. La mía exclusiva, Cepeda, que no partirá usted con nadie, que poseerá solo, único. Cuando fuese preciso retirarla no sería para colocarla en otro, no. ¡Ningún hombre, después de Cepeda, la obtendrá de mí! ¡Ninguno, querido mío! Cuando se apagase en mi corazón este santo fuego que tú has encendido, incapaz quedaría de otro alguno: sólo muriendo a todo sentimiento podrá cesar de amarte a ti.

Esta confesión no me causa ni rubor ni embarazo, porque te creo digno de oírla y capaz de comprenderla. El sentimiento que me anima no necesita rodeos misteriosos para expresarse, ni debe ser ultrajado con arterías. Cuando te digo que te amo, te lo digo sin turbación ni inquietud, porque este amor no es el amor vulgar de una mujer a un hombre, es el casto y ardiente amor de una alma pura y apasionada a otra alma digna de ella. Sentirlo,

inspirarlo, me llena de orgullo, [146] me engrandece a mis ojos y me hace probar un placer indefinible, celestial, que debe semejarse a la felicidad de los ángeles.

¡Cepeda!, ¡querido de mi corazón!, perdóname haber interpretado siniestramente algunas acciones tuyas, haber dudado momentáneamente de tu afecto y sinceridad. Ya se disiparon todas mis dudas y temores: tu carta ha bastado. Cada letra tuya es a mis ojos un sello de sentimiento y de verdad. Yo he llorado sobre ella, dulce amigo, lágrimas deliciosas, cual no han salido otras de mis ojos; he llorado, y hubiera querido en aquel momento verte y que llorases también. ¡Ese llanto hace tanto bien! ¡Mi corazón desde entonces está tranquilo, gozoso, feliz!...

Cuarenta o cincuenta días pasarán sin vernos; yo quiero que en ese tiempo se consagre usted todo al estudio; lo quiero, pero no lo deseo. Mi razón forma un voto y otro mi corazón. Yo, que no tengo estudios forzosos, me prometo pensar mucho, muchísimo en mi amigo ausente.

Adiós; recibe mi más tierno adiós, pues no podré dártelo, sino muy frío verbalmente, ¡y ojalá que aun así pueda dominarme lo bastante para no manifestar una emoción demasiado visible! Los ojos indiferentes, que nos observan, verían en mi enternecimiento el dolor de una mujer que se separa de su amante, y esta suposición sería una injuria, una profanación. Tú solamente, tú eres el que sientes como yo, y el que apreciarás este [147] adiós que te doy sólo a ti. Recíbelo; yo imprimo en él mis labios y deposito en él la expresión más tierna del más puro y santo afecto.

(Está rubricada.)

Carta 20

Sevilla, 15 de abril de 1840.

Teniendo la convicción de que me habrá usted escrito, aún no he podido ir al correo a sacar la carta, que duerme indudablemente en aquellas cajas. Siempre que he salido me han acompañado tantas personas, que no me he atrevido a llegar al correo, y tampoco me he resuelto a fiarme de las criadas de casa, pues son nuevas las que hay ahora y no sé si merecen confianza. Pienso mañana, si ya no llueve tanto como hoy, proporcionar salir con Carmen y Concha bajo cualquier pretexto y llegar por el correo; pero no quiero perder la oportunidad del que sale hoy para escribir a usted, porque deseo abrir nuestra correspondencia con una explicación, que evite a ambos embarazos en lo sucesivo.

En la separación acaso eterna a que pronto nos veremos condenados, será para mí un consuelo recibir algunas cartas de usted y dirigirle las mías; pero es preciso para que esta correspondencia esté exenta de inconvenientes determinar su naturaleza, [148] amigo mío. Nuestras cartas serán las de dos amigos, no amigos como lo hemos sido en algún tiempo,

porque aquella amistad era una dulce ilusión; la de ahora será más sólida porque no será hija del sentimiento, que antecede al amor; seralo, sí, de aquel que sobrevive a él y que se funda precisamente sobre sus desengaños. No sé si hablaría así otra mujer en mi posición respecto a usted; pero ya he dicho mil veces, que no pienso como el común de las mujeres, y que mi modo de obrar y de sentir me pertenece exclusivamente.

Usted me ha dicho, juzgándome por ajenas opiniones, que soy inconstante, y yo, sin negar que en cierto modo merezco este nombre, me atrevo a asegurar a usted, con la franqueza que me caracteriza, que no lo he sido nunca con usted ni podré serlo en ninguno de los afectos, que justa y profundamente haya sentido mi corazón. Pero soy, como ya le he dicho a usted, incapaz de imponer cadenas al sentimiento más espontáneo y más independiente, ni de admitir como amor todavía lo que ya no es más que el esfuerzo de un corazón noble y agradecido, que quiere engañarse a sí mismo. ¡Cuán poco me conoces, Cepeda, si has pensado un momento que podía yo imitar a aquellas que, cuando cesan de ser amadas, aun quieren oprimir con el peso de su cariño! Porque el amor que ya no se participa, no es un bien, no, es un mal, una tiranía.

Largo tiempo me he hecho ilusión sobre tus [149] sentimientos y he interpretado lisonjeramente la frialdad de tu conducta. ¡En vano se me decían cosas, que debían desengañarme! Pero por fin te he visto anunciarme fríamente una separación acaso eterna, te he visto desechar sin conmoverte las proposiciones que una loca pasión me dictaba, te he oído confesar que tienes secretos, que no me juzgas digna de saber... Últimamente he sabido, positivamente, que otras distracciones más nuevas te ocupaban en las horas en que yo suspiraba por verte, y como no soy tonta, aunque sí sobrado confiada, vi por fin rasgarse el velo, que yo misma había puesto sobre mis ojos. ¡Sábelo Dios!, desde aquel momento miré rotos para siempre todos nuestros vínculos, pero no formé la menor queja de ti. Sólo una cosa pudiera reprocharte, y es la falta de franqueza, es no haberme dicho ya no te amo. Porque la inconstancia no es un vicio, ni un crimen, es solamente una debilidad del corazón o acaso una cualidad inherente a la naturaleza humana; pero la falsedad, el engaño, es un delito, una bajeza indigna de todo corazón noble. Nunca creo que tiene motivo de quejarse el amante, que cese de ser amado, si no es cuando cesa de serlo sin que se le diga. El amor es un fuego divino, que Dios enciende y apaga a su voluntad, y la voluntad del hombre es impotente para mantenerlo, o reanimarlo una vez extinguido. Pero cada uno puede ser sincero siempre que quiera, y yo no puedo perdonar al pérfido, mientras que sólo [150] compadezco al inconstante. Pero adiviné, que si tú no habías sido franco conmigo era electo de una suma delicadeza y quise ahorrarte el embarazo de una declaración penosa, o la perseverancia en una conducta violenta y aun culpable, pues hay culpa donde hay artificio. En efecto, yo me he adelantado a decirte: eres libre; y hoy te lo repito con toda la solemnidad posible.

No es del caso decirte si he padecido mucho o poco al tomar la resolución de romper nuestros vínculos... ¿a qué conduciría eso? Basta que sepas que me hallo con valor para renunciar tu amor sin morir, y que después de penosas luchas conmigo misma he triunfado de una pasión insensata. ¿Acaso no te amo ya? Soy demasiado franca para ocultar que te amo tanto como el día en que más te lo haya manifestado; pero confieso también que tengo en mí fuerzas superiores a las que creía encontrar, y que no creo difícil convertir mi amor en el afecto de una hermana. Como quiera que sea, es cierto que sólo deseo hoy ver a usted

tranquilo y dichoso y merecer una amistad menos viva, pero más durable, que aquella que me hizo algún tiempo tan dichosa. Todos los otros vínculos, que nuestros corazones hayan imprudentemente formado, quedan rotos desde hoy... ¡y ojalá pudiéramos aniquilar su memoria! ¡Adiós!: escíbame usted directamente.

(Está rubricada.) [151]

Carta 21

Sevilla, 21 de abril de 1840.

Por fin logré poder salir sin muchos testigos y fui al momento al correo. He visto su carta de usted, y antes de contestar a ésta quiero advertirle que en lo sucesivo, siempre que me escriba usted, rotule las cartas con mi nombre, para lo cual ya he hablado al cartero diciéndole la hora en que debe traerme mis cartas, a fin de recibirlas yo misma de su mano. Siéndome tan difícil poder salir sin personas de mi familia, tendría que mandar sacar las cartas de doña Amadora de Almonte a alguna criada, o al mozo, lo cual quiero evitar, porque habría de decirles el nombre mencionado, y sabiendo que no es el mío desde luego se creerían instruídos en una correspondencia secreta: lo saldrían diciendo por todas partes, y yo temo mucho dar a esta clase de gentes el derecho de creerse enteradas de mis asuntos. Además, las criadas no saben leer, y el mozo cuando acaricia demasiado la botella habla más de lo que conviene. Aunque no sea nuestra correspondencia epistolar una cosa que requiera tan escrupuloso secreto, yo no gusto de mezclar criados en nada que me interese, y prefiero recibir sus cartas de usted como las demás, aun cuando tenga el trabajo, por mejor decir la molestia, de levantarme temprano [152] los días de correo, a fin de que nadie reciba mis cartas, sino yo misma. Ahora voy a contestar la grata de usted brevemente, pues tengo una jaqueca que me atormenta desde anoche cruelmente.

No sé cómo entender aquellas palabras: «Tú has amargado mi destino». Dios me es testigo que he deseado hermosearle en vez de amargarle, y que mi propia ventura me interesa menos que la de usted. Si hay un destino obscurecido, amargado, si hay entre los dos un porvenir destruido no es el de usted, Cepeda, no. ¿Dice usted que mi imaginación vistió con sus galas el sentimiento vago, sin color, que yo le inspiraba, y que le hizo elevar hasta el cielo para descender luego convertido en verdad...? Lo comprendo, sí, lo comprendo. Yo misma he visto descender esa verdad destruyendo mis más dulces ilusiones; pero ciertamente mi imaginación al engañarme no ha hecho mal a nadie sino a mí. Y bien: por una ley eterna de la naturaleza, todo lo que tiene principio, tiene crecimiento, plenitud, decadencia y fin. Yo no pude esperar nunca sustraer de esta ley al sentimiento que inspiraba, ni al que me animaba. Harto preveía, que una pasión que coloca al alma en una situación violenta no podía ser eterna, y que su misma actividad excesiva debía acelerar su destrucción.

Yo comprendía, que el encanto que me inspirabas, ese perfume del amor, que se evapora como una esencia preciosa, debía forzosamente agotarse [153] con el tiempo; pero tenía la convicción de que al marchitarse esa ilusión, frágil y pasajera como las flores, quedarían

llenando su vacío sentimientos más sólidos y no menos hermosos. El aprecio de tus virtudes, la estimación de tu carácter, el tierno cariño debido a tu corazón noble y sincero, la consideración y el agradecimiento, que toda mujer sensible profesa toda su vida al hombre a quien ha elegido libre y espontáneamente por su protector y su amigo. Estos sentimientos no están sujetos, como las ilusiones de la pasión, a mudanza forzosa, y ellos llenan el alma cuando la pasión ha desaparecido. Yo no podía asegurar cuánto tiempo conservaría el hechizo de mi amor, que te transformaba a mis ojos en un ser ideal y celeste; pero sé que con el cabello blanco y la tez llena de arrugas, aún serías para mi corazón, helado por los años, el primero de los hombres y el objeto de mi estimación y mi ternura. Esto que creía respecto a mí, esto pensaba también de ti. Sin esperar hacer eterna en tu alma la ilusión del amor, me lisonjeaba con creer que nunca desaparecerían de ella la amistad, el afecto profundo, que sobrevive a la juventud y aun a la muerte. Sí, a la muerte; porque el principio eterno de la vida que sentimos en nosotros y que vemos, por decirlo así, flotar en la naturaleza; este soplo de la Divinidad, que circula en sus criaturas, no puede ser sino amor. Amor espiritual, que no se destruye con el cuerpo y que debe existir mientras [154] exista el gran principio, del cual es una emanación.

He visto huir de tu corazón el amor, y, si he llorado, no he osado al menos quejarme. Es una desgracia para la cual estaba preparada. Siento yo misma entibiarse mi corazón progresivamente con la frialdad del tuyo, y preveo la destrucción de mis últimas ilusiones; pero me resigno. Lo que no puedo soportar es la idea de que una separación eterna va a ponerse entre los dos, y que tú has tenido el valor cruel de anunciármela; que tienes secretos y me los ocultas; que tienes pesares y me los callas; que nuevos amores te ilusionan y no has querido tener la franqueza de confesármelos; en fin, lo que me aflige, lo que roba todas mis esperanzas no es perder al amante, no, es buscar al amigo y no encontrarlo. ¡Esto no lo preveía!; para este desengaño no estaba mi corazón preparado. Precisada a estimarte menos, a mí misma no puedo estimarme, y rebajándote a ti me humillo yo propia.

Pero, ¿a qué conduce todo esto...? ¡Cepeda!, olvidemos todo lo pasado; aún podemos ser amigos, porque aún nos estimamos lo bastante para creernos recíprocamente dignos de este título. Coloquémonos en lo positivo y no queramos con un idealismo, que no puede realizarse, prepararnos cada día nuevos y dolorosos desengaños. Ni el amor ni la amistad son tales como los sueña una imaginación poética y cual los apetece un ardiente [155] corazón. Mucho tiempo había que yo lo sospechaba y entreveía esta triste verdad. Usted pudo obscurecémela o, mejor diré, usted logró encubrirmela con un velo de oro, y le soy a usted deudora de unas ilusiones que ya no esperaba gozar. ¿Serán ellas las últimas de mi vida? Lo ignoro. Paréceme que aún tiene mi corazón tesoros de afectos y que aún necesita para agotarlos muchos desengaños. Pero, ¿podré sentir por otro lo que usted me ha hecho sentir? ¿Es ya digno mi corazón de ser legado a un noble corazón? Este fuego divino que le ha abrasado, ¿le ha envilecido en vez de sublimarle...? No lo sé. Una cosa únicamente puedo asegurar, y es, que si yo fuese hombre y encontrase en una mujer el alma que me anima, adoraría toda la vida a esa mujer. Marchita mi alma a fuerza de desilusiones, aún se siente con fuerzas para amar, y no atreviéndose a enlazarse con otra acá en la tierra, siento que ansía desprenderse de su cárcel e ir a buscar en el cielo una fuente de eterno amor. Esto me da placer, porque jamás me siento tan infeliz como cuando, en momentos de desaliento, creo que estoy destinada a sobrevivir a mi corazón. Déjame, pues, Cepeda, déjame aún la

postrera ilusión. Déjame creer que no has despreciado mi corazón por hallarle indigno del tuyo. ¡Ah! ¿Será preciso que al perder la dicha sienta también abatido mi orgullo...? Adiós.

(Está rubricada.) [156]

Carta 22

Sevilla, 29 de abril de 1840.

Querido amigo: tengo a la vista la grata de usted última. ¿Qué más podré decir respecto a ella...? Vale más no tocar nuevamente un asunto que hemos hablado ya. Estoy, además, tan agobiada de negocios de toda especie, que apenas tengo lugar para respirar.

¿Se hará mi drama sin que usted le vea? Estamos ya en los ensayos, y creo que para el 15 de mayo se podrá ejecutar. No puede usted figurarse lo mala que es la compañía dramática que nos ha venido, y el trabajo que me dan en los ensayos. Asisto a todos, como también Ojeda; pero por más que hacemos, tenemos ambos la desagradable persuasión de que saldrá muy mal el drama. Por lo demás todo se me presenta del modo más lisonjero. Las Empresas de Valencia, Sevilla y Granada se han disputado el drama, como si fuese una obra sin segunda, y lo he cedido a las tres (prefiriendo a Sevilla para que lo ejecute primero) con convenios ventajosos para mí. Lombía, primer actor de esta compañía, hombre de talento y más buen literato que cómico, ha hecho tales elogios del drama a la Empresa de Madrid, que, según me anuncian, se me harán pronto proposiciones por aquellos teatros, cosa tanto más lisonjera para mí cuanto que Figueroa y Fernández, que han hecho los mayores empeños porque se ejecuten sus dramas en Madrid, aún no han conseguido que se hayan aceptado por la Empresa. Tampoco Granada ha admitido, ni la Estela ni Isabel de la Paz, y a mi Leoncia, no solamente la piden con los términos más honoríficos para la autora, sino que los periódicos (que tendré el gusto de enseñar a usted cuando nos veamos) están llenos de elogios más lisonjeros, no del drama, que aún no conocen, sino del talento que suponen generosamente a la autora, Málaga, en su lindo periódico El Guadalhorce, redactado por los hombres más distinguidos de aquella ciudad, hace también un anuncio del drama muy lisonjero para mí, manifestando el mayor deseo de que se haga en aquel teatro. No sé cómo ha cundido tan pronto la especie, que en todas partes se sabe ya que he hecho un drama; pero esto me ha proporcionado el placer de conocer las simpatías, que mis composiciones líricas han tenido en todas partes.

Aquí sólo El Sevillano ha dicho algo, pues los otros periódicos los reserva la Empresa para cuando esté en víspera de ejecutarse.

Respecto a la novelita, aún antes de haber abierto la suscripción, tengo aquí 20 suscriptores, que, a los primeros rumores que corrieron de esto, fueron a sentar sus nombres en la imprenta de El Conservador, que es donde se hará la impresión; de Granada me escriben lo mismo los redactores [158] de La Alhambra, que apenas ha corrido la voz de que iba a abrirse suscripción para una novelita de La Peregrina, cuando todos los socios de aquel Liceo habían acudido a sentar sus nombres; y de Málaga me dicen que tengo ya 12

suscriptores y 18 suscriptoras. Me dicen que el bello sexo malagueño está decidido en mi favor, y que mis versos han hallado entre ellas una extraordinaria simpatía. He dado tres o cuatro composiciones nuevas en días pasados a periódicos de Granada y Málaga, que ya verá usted cuando venga; la última que di a La Alhambra ha agradado mucho, según me dicen. Por este último correo me escriben de Valencia los redactores de Psiquis, periódico de literatura, pidiéndome composiciones con grandes elogios de las que han visto en otros periódicos, y enviándome de regalo una porción de poesías, música y figurines.

Ya ve usted como debo estar muy satisfecha con el éxito tan brillante de mis ensayos literarios. Dios quiera que al conocer la novela y el drama no decaiga el entusiasmo, y que por querer ser dramática y novelista no pierda el concepto que como poeta lírico he adquirido. Dicen que el que mucho abarca poco aprieta.

No sé cómo me he distraído, que escribiendo en esta página me he pasado a la otra, como usted notaría arriba. Pero así va; no deja de entenderse.

Mi padraastro está en Madrid; acaso muy pronto se marchará la familia a dicha villa. Lo que es [159] yo, vaya la familia o no, cuento marcharme a fines del verano.

Mi hermano se ha ido a Constantina porque mi tío está muy malo; y mi tía, abuela de las de Fajardo, murió el 25 de éste.

Adiós, amigo mío, crea usted que al renunciar el derecho de dar a usted nombre más dulce, no han variado los sentimientos de aprecio y ternura con que será siempre su más amante hermana,

Gertrudis.

Carta 23

Sevilla, 12 de mayo.

Querido amigo: ignoraba que usted estuviese enfermo, y al saberlo me ha sido extremadamente sensible. No estoy, como usted supone, tan preocupada con mis obras, que no sea sensible a todo cuanto tenga relación con usted, y ciertamente el éxito del drama me ocupa mucho menos que su salud de usted. Cuidarse, querido, y no ser injusto otra vez.

Leoncia no está aún capaz de salir al público, pues necesita ensayarse más. Los actores están más interesados que yo en su lucimiento, y, por lo tanto, no se ejecutará hasta el 29. Ya me lo piden de Madrid también, y mando una copia por este correo. [160]

Estoy tan ocupadísima este correo con un sin número de cartas que tengo que contestar, que me veo precisada a dejar a usted por hoy, rogándole que se cuide, y que crea le quiere con inalterable afecto su amiga, Gertrudis.

Carta 24

Sevilla, 26 de mayo.

El haber tenido muy mala a mamá, y el no estar tan ocupada, como usted supone, en admirar mis obras, es la causa de no haber vuelto a escribirle después de mi última. No por esto niego que me hallo bastante molestanda con mi drama y novela, porque me roban más horas de aquellas que yo quisiera consagrarles; pero no me ocupo de ellos para admirarles, sino para corregirles. En fin, creo que si usted quiere ver la primera y segunda ejecución de Leoncia, debe salir para ésta incontinenti. Para el 29 y 30 de éste, está señalada, y aunque haré lo posible por retardarla, a fin de que usted la vea, no sé si lo conseguiré. Hoy mismo he hablado respecto a esto con Lombía, y a la dama, y me han dicho que era un gran trastorno esta nueva dilación, pero que verían con el empresario si se transfería para el 1.º de junio. La novela tiene ya muchos suscriptores, pero ni aún la he copiado en limpio, por lo cual está Ojeda [161] enfadadísimo conmigo. Ya ve usted cuán negligente estoy con mis obras.

Los males de usted, querido, más son aprensiones que otra cosa.

Usted se figura que padece, y padece realmente en esta aprensión: yo soy el reverso de la medalla. Física y moralmente estoy enferma, pero me engaño a mí misma, diciendo que nada sufro. ¡Ah, Cepeda...! sus males quiméricos y mi felicidad mentida deben pasar del mismo modo... Pero no hablemos de eso; sería infringir un solemne propósito.

Por Sevilla no ocurren novedades dignas de ser referidas. Solamente que se espera de un día a otro al hermano del Rey de Inglaterra, y que se preparan bailes, toros y otros festejos.

Usted sabrá ya la muerte del desgraciado Córdova, y que ha pasado por ésta su cadáver, que según sus últimos deseos, debe descansar en su país de usted. De todos los amigos y partidarios que tenía en Cádiz y Sevilla en los días de su prosperidad, no ha habido uno solo que acompañase los restos mortales del proscripto. Temerían contagiarse con su desgracia... ¡Qué lección! ¡Qué despreciable es el voto de un público tan mezquino y tan inconstante! ¿Cree usted que pueda yo, aun cuando tuviese la aptitud de conseguir cierta gloria, dar un valor real a ese fantasma impostor que llaman opinión, aprecio público, etc., etc.? ¡Ah, no! Yo nací para tener mi mundo en un corazón [162] que me amase..., no lo he conseguido, y permanezco peregrina en medio de la tierra, aislada en medio de la creación.

Adiós, Cepeda; venga usted a ver mi drama, aunque luego se marche, y a despedirse de su autora, que acaso no volverá a ver jamás. El mes que viene parto para Madrid.

(Está rubricada.)

Carta 25
Junio 3 de 1840.

Dos líneas nada más: estoy en guerra otra vez con mis muelas y no me atrevo a escribir sino lo preciso para decir a usted que por interés de que usted vea el drama, he ido dilatando su ejecución en términos que el público se ha enfadado, pues dos veces se han fijado los carteles anunciándole y dos veces se han quedado esperándole. Definitivamente, se hace el 6 de éste sin falta alguna, y si usted no viene, habrán sido infructuosas las detenciones, y nunca conseguiré mi objeto.

Mi viaje a Madrid acaso sea el 1.º de julio, acaso se dilate hasta fines, pues esto depende de la compañera, que llevo, que es la viuda de mi primo Castro, que ha venido de Madrid a conocer la familia y retorna el mes que viene, pero [163] aún no sabe con fijeza el día. Mi padraastro está también en Madrid.

¡Busco yo la opinión pública con preferencia a los más dulces afectos!... ¡los más dulces afectos! ¿es usted quien lo dice? Usted, a quien mi corazón los ha prodigado. Usted, que era mi universo, y por quien yo hubiera sacrificado no solamente los inconstantes y frívolos elogios del mundo, sino también todo aquello que no era usted... ¿Usted dice que yo aprecio más que a los afectos el sufragio del mundo?... ¡Ah!, no sé si es ésta la sola vez que habla usted lo que no siente.

Cuando venga usted verá varias composiciones mías, que no conoce, y que no incluyo porque las tienen los amigos, como sucede siempre; una que acabo de recibir va adjunta.

Carta 26
Madrid, 24 de noviembre de 1840.

Señor don Ignacio Cepeda.

Mi nunca olvidado amigo: hasta hace muy pocos días no ha llegado a mis manos una carta de usted, y me apresuro a contestarla tan pronto me lo permiten mis ocupaciones.

Por Perico Bravo he sabido que está usted mejor de sus calenturas: le doy la enhorabuena y deseo se restablezca pronto y perfectamente. [164]

Aquí me va muy bien en esta corte, adonde vine (poco después que usted dejó a Sevilla) por motivos de intereses y asuntos domésticos, que tenía que arreglar con mi padraastro, y también para probar si variando de clima y de objetos llenaba el inmenso vacío de mi alma o aturdí por lo menos mi devorante pensamiento. En efecto, estoy algo mejor, moralmente, que en Sevilla, pero no en amores, como usted supone (que ya para mí no existen), sino porque aquí me he consagrado exclusivamente a la literatura.

He debido a este Liceo la más lisonjera acogida; estoy relacionada con los talentos más notables de la época y con varias familias, que me proporcionan amable sociedad. Mi hermano se ha venido también, y lo que es ahora, estamos en perfecta armonía y en perfecta independencia.

He hecho muchas composiciones para este Liceo que han agradado mucho, especialmente la última, que saldrá un día de estos en la Revista Española. He vendido toda la colección a un empresario de libros y se darán en un tomito para el mes de enero. El drama Leoncia se ha hecho en Cádiz y Granada con feliz éxito, principalmente en Granada, y ahora se está ensayando aquí. Pronto daré al teatro otro drama, y espero que será muy superior al primero.

Ya ve usted que no pienso en amores...; para mí pasó la juventud del corazón, amigo mío. Sólo me queda de sus últimas ilusiones un recuerdo [165] profundo de amargura y una cicatriz eterna que señale el lugar en que estuvo la herida, como la losa que marca un sepulcro... ¡Ah, sí!... La comparación, aunque triste, es exacta: mi corazón es el sepulcro en que yacen yertas e inanimadas todas mis esperanzas de ventura.

Deseo se conserve usted bueno y le ruego no olvide que tiene su más sincera amiga en
Gertrudis G. de A.

P. D.: La dirección para las cartas a mí es calle del Clavel, núm. 3, cuarto segundo.

Carta 27

Madrid, 13 de marzo de 1843.

Señor don Ignacio Cepeda:

Después de tan largo silencio, fuerza es que tome yo la iniciativa para restablecer la antigua armonía que hubo y que siempre debió haber habido entre Cepeda y su amiga.

Olvidádose ha ya tan repetido nombre; nada han tenido que decirse en el espacio de más de dos años aquellos que en otros días se confiaban secretos íntimos del corazón. ¿Cuál de los dos puso la primera piedra para esta muralla de separación? No quiero decirlo; sólo me basta para mi satisfacción el saber que soy la primera en derribarla. [166]

¿Con que me suponía usted enojada? Injusticia es ésa que no debió cometer quien asaz conocida tenía la indulgente y siempre confiada naturaleza de mi carácter.

No estoy enojada, no, ni indago si debiera estarlo. Cepeda siempre será para mí lo que ha sido.

He tenido el placer de abrazar a mi cara familia. ¿Cuándo tendré el de ver a mi olvidadizo amigo? Verosímilmente dentro de pocos meses me iré más lejos, y sentiría mucho no poder dar a usted un largo y afectuoso adiós. Me voy a Italia; mi suerte tiene que ser la de las hojas que el viento combate y que

Vuelan, vuelan resignadas
y no saben dónde van,
pero siguen el camino
que les traza el huracán.

Venga usted, venga usted a vernos y a leer conmigo mi novela de Las dos mujeres, que no le daré sino en manos propias, y reciba mientras tanto, con mil afectos de mamá, Pepita y hermanos, el más sincero de su amiga y hermana (¡así me llamaba usted en algún tiempo!),

Tula.

P. D.: Mi dirección: calle del Desengaño, número 15, cuarto segundo de la izquierda.
[167]

Carta 28
Madrid, mayo 13.

Señor don Ignacio Cepeda:

Con tus apariencias y fama de sincero, eres a veces un poquito mentiroso, y muchas sobrado, sagaz y astuto. ¿Me lisonjeas en tu carta para que envueltas en dulzuras trague las mentirillas que me envías, y no eche de ver la sutileza de ciertas explicaciones?

Bien; yo soy la criatura más fácil de engañar, o por lo menos de darse por engañada. Hago por creer todo aquello que me halaga, y no hay para mi estómago manjar indigesto con tal que me lo den con azúcar.

No te mando mis poesías, no; ni te digo si has entrado en algo en el pensamiento de alguna de sus composiciones. Si quieres mis obras y mi retrato, que saldrá pronto en mi tercer novela, ven a buscarle. Aquí te daré libros y explicaciones; allá nada te mando.

Es una vergüenza que no vengas a Madrid, y una ingratitud que dejes se marche sin verte una amiga que, si no la más querida, es sin duda la más apasionada de cuantas tienes.

Pienso marcharme en este año, bien sea a un país extranjero, bien a América. Necesito extender [168] mis conocimientos y mi reputación literaria, y ya nada nuevo me ofrece España. Pero quisiera verte antes y decirte un largo y tierno adiós.

Mi corazón primitivo o no, siempre es fiel a la religión de los recuerdos, y hay cuerdas en él que no se gastan, aunque tal vez enmohezcan.

Tus cartas, cuando con ellas quieras complacerme, dirígelas con solo mi nombre, que esto basta. Pensamos mudar de habitación, no sé dónde iremos a parar; pero soy muy conocida, y los carteros buscarán mi casa.

Adiós, no seas perezoso y ven a ver a tus amigas, ya que una sola no puede amarte. Siempre tu apasionada, Tula.

Carta 29

Madrid, 24 de abril de 1844.

Señor don Ignacio Cepeda.

Si pudieras adivinar las ocupaciones, displicencias, disgustos y perezas que me agobian de continuo, bien cierta estoy que no atribuirías a olvido mi silencio. A nadie escribo absolutamente; aún los asuntos de un interés positivo y material, los descuido hace mucho tiempo por no escribir, porque estoy hastiada de la pluma.

¿Y deberías tú ver en mi cansancio un síntoma de indiferencia? No, amigo mío; si la mano está [169] fatigada, el corazón jamás, y en medio de mi silencio me acuerdo de ti y te quiero tanto, tanto como en cualquiera de los más felices días de nuestra amistad. Tus cartas las recibo siempre con regocijo, y puedes creer que aunque otras sean contestadas con más exactitud, ninguna con más placer.

Quedo enterada de tu empeño a favor de tu amigo, y procuraré, en cuanto alcance, el buen resultado de su pretensión, a pesar de que ésa mi influencia de que te hablan no existe en manera alguna: puedes creerlo. Por algunas distinciones con que me ha honrado la Reina, distinciones de mera apariencia, y porque me visitan algunos de los hombres del Poder, suponen las gentes que gozo de algún valimiento; pero puedo asegurarte, sin miedo de que me cojan en mentira, que mis relaciones con las personas influyentes no pasan de superficiales, que jamás las he ocupado y que dudo valiese mucho mi empeño.

Mamá ha estado mala de los ojos, Pepita sigue tan guapa y creo que te escribe hoy. De mí nada más te digo, sino que siempre soy la misma y que deseo probártelo.

Tu apasionada amiga,

G. G. de Avellaneda. [170]

Carta 30

Madrid, 24 de junio.

Con el pie en el estribo, como suele decirse, recibo la tuya y te contesto estas líneas, querido Cepeda.

Salgo para La Granja y Segovia, donde pasaré algunos días; a mi vuelta te escribiré largamente. Te mandé el (correo) pasado un ejemplar de mis odas premiadas, y por éste va un periódico en que verás los pormenores de la función de adjudicación.

Adiós, hasta otra; estoy mejor, y soy siempre tu más amante amiga,

Tula.

Carta 31

Madrid, 5 de julio.

Apenas vuelvo de mi paseo tomo la pluma para ti, aunque nada puedo decirte que no sepas. A pesar de tus quejas te creo profundamente convencido de lo mucho que te quiero. Pero me supones distraída en lo que llamas mi gloria, me supones perdida en una inmensidad de goces; das por cierto que soy feliz, y he aquí por qué no quisiera escribirte. Sé que me quieres; que padecerías si destruyese esas ilusiones que te formas respecto a [171] mi destino; y ¿cómo conservártelas sin mentir...? ¿Ni qué decirte si no te hablo de mí?

Abrumada con el peso de una vida tan llena de todo, excepto de felicidad; resistiendo con trabajo a la necesidad de dejarla; buscando lo que desprecio, sin esperanzas de hallar lo que ansío; adulada por un lado, destrozada por otro; lastimada de continuo por esas punzadas de alfiler con que se venga la envidiosa turba de mujeres envilecidas por la esclavitud social; tropezando sin cesar en mi camino con las bajezas, con las miserias humanas; cansada, aburrida, incensada y mordida sin cesar..., he aquí un bosquejo de esta mi existencia, que tan fausta y brillante te finges.

Envejecida a los treinta años, siento que me cabrá la suerte de sobrevivirme a mí propia, si en un momento de absoluto fastidio no salgo de súbito de este mundo tan pequeño, tan insuficiente para dar felicidad, y tan grande y tan fecundo para llenarse y verter amarguras.

Ya lo ves: nada grato puedo decirte; en otros días buscaba un corazón que recibiese al mío: ahora no busco más que los medios de aturdirle o aniquilarle. Todos, hasta tú mismo, han tenido una gota de hiel que dejar en mis recuerdos; todos, hasta tú mismo, han tenido una esperanza que marchitar en mi alma, y ahora cogéis todos el fruto; ahora para nada os sirvo, ni aun para escribiros una carta agradable.

Sin embargo, sabes que te quiero, y que con [172] estas insulsas o amargas líneas, te envío un sentimiento, un afecto de inalterable amistad.

Tula.

P. D.: ¿Querrás hacerme un pequeño obsequio? Una persona desea, por motivos personales que sería largo explicar, saber cómo se llamaba el padre de Gabriel García Tassara, sevillano, que reside en ésta. Si puedes averiguarlo, sin que nadie sospeche el motivo porque lo haces, te estimaré me lo digas. La misma persona desea saber qué concepto merece en esa nuestro joven, dónde reside su familia y qué antecedentes tiene. Se me ha recomendado el secreto y yo fío en tu discreción, que sabrás guardarlo. Estas averiguaciones no son, ni pueden ser en perjuicio del tal; no media otro interés que el del corazón. Adiós. Dime también el nombre de su madre y padrastro.

Carta 32

Madrid, 25 de julio.

Querido Cepeda: perdona el innoble papel en que te escribo; se va el correo, estoy demudada y no encuentro otro papel a mano. Te ofrezco, antes de todo, mi nueva habitación, calle del Horno de la Mata, núm. 9, cuarto principal, y luego voy a contestar brevemente tu grata última. [173]

No he visto la carta a que te refieres, ni mamá la ha recibido, según dice; por consiguiente ignoro qué solicitud es la que en ella me recomendabas: mi influjo es poco o ninguno, pero, si me explicas el negocio, haré en tu obsequio cuanto pueda para que consiga tu amigo lo que pretende.

Te doy gracias por las noticias que me das del joven consabido. ¿Has sospechado acaso que fuese Pepita la interesada en ellas? No, amigo; te aseguro que no bajo mi palabra: te aseguro también que no es cuestión de matrimonio.

Ese joven, es decir, el sujeto de quien te demandé informes, no trata apenas a mi familia, y por lo que respecta a mí puedo asegurarte que creo concluida para siempre la amistad que le tuve. Es una de aquellas personas que juzgué ligera y ventajosamente, y que en el día no juzgo ni bien ni mal. Es para mí un ente nulo. La explicación del interés que tenía en saber el nombre de sus padres y el concepto que gozaba en ésa, sería cosa larga y hoy inoportuna. Te repito, sí, que no es cosa de matrimonio.

¿Con que piensas en casarte?... No te lo censuro, ni lo apruebo. Para mí la verdadera felicidad no consiste en el estado que se tiene; así como no creo que la bondad de los Gobiernos consista en su forma. El matrimonio es mucho o poco según se considere: es absurdo o racional según se motive.

Yo no me he casado, ni me casaré nunca; [174] pero no es por un fanatismo de libertad, como algunos suponen. Creo que no temblaría por ligarme para toda la vida, si hallase un hombre capaz de inspirarme una estimación tal, que garantizase la duración de mi afecto. Mas, tengo la convicción de que no hay dicha en lo que es pasajero, y digo, como Chateaubriand, que si tuviese la locura de creer en la felicidad la buscaría en la costumbre. El matrimonio es un mal necesario del cual pueden sacarse muchos bienes. Yo lo considero a mi modo, y a mi modo lo abrazaría. Lo abrazaría con la bendición del cura o sin ella: poco me importaría; para mí el matrimonio garantizado por los hombres o garantizado por la recíproca fe de los contrayentes únicamente, no tiene más diferencia, sino que el uno es más público y el otro más solemne: el uno puede ser útil a la impunidad de los abusos y el otro los dificulta: el uno es más social y el otro más individual. Para mí es santo todo vínculo contraído con recíproca confianza y buena fe, y sólo veo deshonor donde hay mentira y codicia. Yo no tengo ni tendré un vínculo, porque lo respeto demasiado; porque el hombre a quien me uniese debía serme no solamente amable, sino digno de veneración; porque no he hallado, ni puedo hallar un corazón bastante grande para recibir el mío sin oprimirlo, y un carácter bastante elevado para considerar las cosas y los hombres como yo los considero.

Tú no estás en ese caso; eres el hombre y puedes [175] buscar felicidad en una mujer aun cuando ella no esté a tu altura. Créeme, sin embargo; no te cases con una tonta: la mayor virtud no compensa el defecto del talento, y aún me atrevo a decir, que no hay virtud en la estupidez. Las ligerezas, las faltas mismas de una mujer son males más remediabiles, que la incapacidad de comprender aún las mismas virtudes, que acaso se practican. El talento se extravía, pero la tontería no sabe siquiera que sigue el buen camino, y si lo deja no lo recobra jamás. Cásate, si lo crees conveniente; pero acuérdate siempre de que una amiga te aconseja no juzgar nunca virtud la frialdad de las almas ineptas, ni pensar, como algunos, que la ignorancia garantiza el corazón.

Ésta es ya muy larga, y aún no te he dicho que pienso establecerme en París. Sí, amigo mío; parece que en aquella capital puedo prometerme mayores ventajas de mi pluma, y como no soy rica y quiero asegurarme una vejez sin privaciones, pienso en irme adonde mejor paguen. Esto, sin embargo, aún no es cosa decidida. Veremos.

Estoy cansada del mundo, de los obsequios, de las calumnias, de la adulación, de la gloria y hasta de la vida. Necesito otro espacio mayor o menor que éste, otra vida de más calma o de más agitación. El amor no existe ya para mí; la gloria no me basta: quiero dinero, pues: quiero la vida de los viajes o la vida del retiro muelle y lleno de goces del lujo. Tampoco me sería ingrato irme a [176] una pobre aldea a criar pichones y a cultivar flores; pero aún no puedo, porque necesito de mi pluma.

En fin, si tú te casas con una buena chica, que tenga talento, que sea bonita para que no sea celosa, que te quiera mucho y merezca ser correspondida, suspenderé mi curso vagabundo para ir adondequiera que estéis a cantaros un lindo epitalamio y a pasar ocho días con vosotros. ¿Aceptas?

Adiós; acabo de publicar una oda, que ha alborotado a Madrid, y que me ha valido un gran regalo del Infante don Francisco de Paula. Te la mandaré un día de estos, y hoy me repito tu amiguísima,

Tula.

P. D.: La gota de hiel no encerraba acusación ninguna. No era hiel de engaños, ni perfidias, no: yo no escribo a gentes que engañan: era hiel de otro género. Hay hiel en el fondo de todo cáliz dulce: hay hiel... ¡y bien amarga!... en la indiferencia, que sigue a un sentimiento, que se creyó inmutable.

Yo he dicho en una novela: «No acuséis al corazón de perder sus ilusiones; así como no se acusa al árbol por ceder sus hojas al inclemente soplo del viento.» ¿Pero el árbol desnudo y el corazón desengañado no pueden llorar la pérdida de sus flores? Sin acusar a nadie se puede decir: [177] han hecho a mi corazón un daño con voluntad o sin ella.

Carta 33

Madrid, 26 de febrero de 1846.

Señor don Ignacio de Cepeda.

En la tuya, que con algún retraso recibo, te refieres a otras, que no he recibido, acaso por venir mal dirigidas en atención a que no vivo ya donde vivía, sino calle de Fuencarral núm. 2, casa grande de Astrarena, entresuelo izquierda.

Dime qué me decías, qué quieres, qué puedo hacer en tu obsequio, y no seas tan fácil en pensar mal de tus amigos.

No creo que vengas, no: estás como la tortuga unido indivisiblemente a tu concha. Yo me encuentro ocupadísima y de mal talante, pero siempre muy tu amiga,

Tula.

Carta 34

Madrid y abril 17-1846.

Señor don Ignacio Cepeda.

Mi querido amigo: habiendo estado bastantes días enferma, como sabrás por las Noriegas, me ha sido imposible escribirte como deseabas y debía para contestar al encargo que me haces en la [178] última tuya. La caída de Narváez me priva de la poca influencia que podía emplear en tu servicio; pero, sin embargo, haré cuanto pueda a fin de que se haga lo que deseas.

Una de tus cartas me hizo concebir la esperanza de verte en ésta; pero la voy perdiendo ya, y creo que se quedará, como todas tus cosas, en proyecto.

Recibe mil expresiones de mi familia, y cree que, aunque mis enfermedades, ocupaciones y fastidios no me permitan escribirte tanto como lo deseara, soy siempre tu mejor amiga.

Gertrudis Gómez de Avellaneda.

(Hay una rúbrica.)

Carta 35

Madrid, 14 de febrero de 1847.

Señor don Ignacio Cepeda.

Desde que recibí la tuya última deseaba tener un día libre que dedicar a ti; pues no podría satisfacerme el limitarme a las fórmulas de una lacónica contestación; pero está escrito, que yo me vea incesantemente contrariada, y sucede que hace más de un mes me encuentro con las manos tan cuajada de sabañones, hijos legítimos del cruel frío que aquí está reinando, que no puedo mover [179] la pluma sin padecer atrocemente. No quiero, sin embargo, retardar por más tiempo el darte noticias mías, diciéndote que me he mudado a la calle de San Marcos, núm. 18, cuarto principal, adonde debes dirigirme tus cartas, siempre que te dé la humorada de recordar mi existencia.

Siento mucho que no salieras diputado, aunque des por tu parte tan mezquino valor a una circunstancia que te obligaría a volver a ver a tus antiguas y leales amigas. Siéntolo, digo, porque a pesar de todo, tendría un placer, de los poquísimos de que soy ya susceptible, en charlar largamente contigo de aquellos días, ya lejanos, en que tan sinceramente nos llamábamos amigos. Acaso no me conocerías ya: he envejecido veinte años en estos siete que han pasado. Mi alegría huyó para no volver: desapareció aquella coquetería, que alguna vez te dio enfado, pero acaso era lo que más te agradaba en mí: porque tal es el corazón del hombre. Todo pasó, todo como nuestros sentimientos de entonces, y resta de la Tula que conociste una sombra pálida y fría, que va por momentos diafanándose más. ¿Quédame siquiera el talento? No lo sé; pero siento que se apagó la última chispa de la creadora llama de la poesía. Se empeñan en probarme que soy hoy más gran poeta que antes; mienten, equivocan la rima con el estro; la mano y el oído hacen los

versos; la poesía necesita del corazón, y el mío es un cadáver lleno de heridas que ya no brotan sangre. [180]

Te hago un retrato que de seguro no despertará en ti los deseos de volver a verme. Sin embargo, escucha: ven deja por un mes siquiera ese clima de juventud y ardores; ven bajo el templado y con frecuencia nublado cielo de Castilla. Aquí se siente de otro modo, y creo que todavía tendría yo un destello de poesía para celebrar tu venida, y un lado vivo en el corazón para aposentar recuerdos que nos habrían de enternecer. ¿Y no se goza en la ternura?

Tú has sido más dichoso que yo, y acaso tu corazón pudiera aún rejuvenecer un poco el mío fatigado. Tu amistad conservará tal vez perfumes que le asemejen al amor, y la mía podrá participarlos. ¡Pero no quieres! Amas tu Sevilla con su implacable sol, con sus flores impertinentes de lozanía perpetua, con sus mujeres, que no envejecen a los treinta años porque no sienten nunca; la amas y es probable que yo encuentre el reposo final antes que tú el cansancio de esos goces. Creo que debo morir pronto, que me llama imperiosamente mi pobre amigo, el compañero de mis últimos días de juventud, alma ardiente y generosa, que también envejeció y murió a los treinta años. Ya ves que mi carta no es divertida, pero allá va a probarte, al menos, que no te olvida tu siempre fiel amiga,

Tula. [181]

Carta 36

Madrid, 10 de agosto de 1847.

Señor don Ignacio Cepeda:

Te escribo, querido Cepeda, en un día de triste aniversario para mí: en el día en que en el pasado año quedé viuda; pero he recibido hoy tu carta de Cádiz y no quiero que quede justificada la acusación que en ella me haces de ser tarda en contestarte.

Celebro que no haya tenido efecto la semipensada boda de que me hablaste. Tú no eres para casado; pocas mujeres entenderían tu carácter, y acaso no hay una sola que te pudiera hacer feliz. Pero, ¿de qué modo se alcanza la felicidad en la tierra?... ¿Cuál es el camino que conduce a ella?... Tú, como yo, acabarás por remontar tus esperanzas más allá del mundo visible; como yo, creerás en Dios, y de Dios sólo esperarás esa dicha, que perseguimos en vano durante nuestra fiebre juvenil, como el niño que corre tras las caprichosas formas de la bruma, empeñado en abrazarlas.

Me voy haciendo devota; no devota vulgar, ya comprenderás que esto no es posible, pero devota a mi modo.

A propósito de matrimonio; te diré que a pesar de mis treinta y un años y de mi aspecto de [182] sepulcro de ilusiones, un joven de veinticinco, que diz que es muy rico, se empeña

en hacerme contraer segundas nupcias. Es habanero, lo cual es para mí un gran defecto; es más joven que yo, lo cual aún es un defecto mayor; es de un talento mediano, de esos que se encuentran sin dificultad; de una figura que no es mala, pero que me causa mala impresión, porque tiene un aspecto marchito, ajado, y cuando esta clase de deslustre en una cara juvenil no es efecto de un ardoroso pensamiento, de una alma devastadora, se me antoja que debe causar asco, porque revela secretos vicios. Mi apasionado, sin embargo, pasa entre los que le conocen por hombre de buenas costumbres y hasta frío. En efecto, se me figura que ese pobre joven es todo hueso y fibra; allí no hay ni sangre ni nervios, quiero decir, ni pasión ni sentimiento. La echa de joven pensador, inglesado, melancólico, excéntrico; pero a mí sólo me parece un pedante de cierto género, propio del país en que nació; parece un ser muy vulgar con pretensiones de no serlo. ¿Me ama ese hombre? Creo que no es posible; nos divide un abismo. Lo cierto es que me dice que quiere casarse conmigo; que aparenta un entusiasmo por mí, del cual no le creo capaz, y ya sea que todo lo que dice se aparte de la verdad y hable, como buen americano, sin pensar lo que dice; sea que por vanidad quiera comprar con su libertad la posesión de una mujer que tiene alguna celebridad, lo cierto es repito, [183] que está empeñado en sacarme un sí, que rehúso con más fastidio que enojo de su pretensión.

Mi familia me hacen muy sensatas reflexiones para probarme que seré una loca, sino lo agarro a dos manos: mis amigas se conjuran para convencerme de que es un joven interesantísimo y que nació para mí; pero yo me empeño en creer que merezco mejor destino, que el de pertenecer a un hombre como él, y a pesar de que me espanta la soledad que me amaga, a pesar de que siento necesidad de lazos, de hábitos, de deberes domésticos; en fin, te lo confesaré, a pesar de que creo, que el ser madre me reconciliaría con la vida que empiezo a aborrecer, no me resuelvo a unirme a un hombre a quien me es imposible respetar y del cual me río muchas veces, aunque no soy maligna.

Mamá y Pepa se van por fin a Galicia; ambas te dicen mil cosas y ofrecen escribirte antes de su marcha. Los hermanos varones siguen buenos: Felipe no está en Madrid, aunque viene a menudo. Manuel, tan calavera como siempre. Emilio en la Academia de Artillería. Las Noriegas, buenas y pobres. Los chicos cada día más monos y guapos. Ya ves que soy extensa y exacta en cuanto me preguntas.

¿Por qué no te haces sacar diputado y vienes a vernos, amigo ingrato? Si la política no te agrada, hacerlo debes por la amistad al menos. El papel [184] se acaba, pero no el deseo de charlar contigo, que siempre tengo, para que conozcas que te quiere sin alteración,

Tula.

Carta 37

Hoy miércoles 6 de octubre.

Recibo en cama todavía tu contestación a la mía de anoche, y veo en ella palabras y aun párrafos enteros, que no puedo dejar un momento sin respuesta. Dices que haciéndote

entender que me pareces de poco valer no espere yo jamás que tú deduzcas la consecuencia de que te quiero. Desde luego es indudable que no podía yo esperar tan anómala consecuencia, ni creo que, si ella existiera, tu aceptarías ni estimarías en nada un cariño semejante. ¿Qué es el afecto que no se funda en la estimación?; pero tú tergiversas de una manera increíble el sentido de mis palabras, y te agravias y me agravias al interpretar mis sentimientos. ¡Yo creerte de poco valer!... ¿En qué fundas tan inconcebible suposición? Yo, es verdad, te he dicho, más o menos acaloradamente, que no hallaba en tu corazón aquel grado de calor en los afectos que el mío siente y busca en los corazones que ama; te he dicho (no sé si con justicia, pero si sé que con indicios claros de no ser absurda mi creencia), que tú no posees una de aquellas almas expansivas y tiernas, que simpatizan con todos [185] los ajenos pesares, adivinan todos los combates y borrascas del sentimiento y suavizan con su ternura activa y férvida las mismas pasiones que excitan. He creído, y lo he dicho con mi natural veracidad, que eres más sentimental que sensible profundamente, más amable que amante; que tienes más bondad que pasión y menos ternura que talento. ¿Pero se deduce de esto que te tenga por de poca valía? ¿Es la facultad de amar, por ventura, la sola excelencia del hombre? ¿Tu honradez, tu veracidad, tu clara inteligencia, tu lealtad de alma, tu carácter, frío si se quiere, pero noble y digno son cualidades de poca valía? ¿Tan vulgares las crees, que puedas suponer, que pasen para mí desapercibidas? No; siempre te he visto digno de ser amado, aun cuando alguna vez haya creído que tú no sabes amar. Acaso ni aun eso he creído sólo he comprendido que a mí no me amabas. Pero ni tu falta de amor a mí, ni aun la tibieza, que en general pudiera tener tu corazón en la región de las pasiones, es motivo para que yo piense que vales poco. ¡Qué absurdo, amigo mío! Napoleón no sabía amar, y ciertamente que a nadie se le ha ocurrido, que por razón de su poca ternura dejase de ser el primer hombre del mundo. Newton, dicen que jamás tuvo una querida, y yo me hubiera enorgullecido de tenerlo por amigo.

Yo no creo que Tasso, porque amó hasta morir de amor y sin juicio, valiese más que Newton o [186] Napoleón; diré, sí, que el alma de Tasso simpatiza más con la mía; que lo comprendo mejor; que si lo hubiera conocido y amado, lo hubiera creído más capaz de hacerme dichosa que lo fueron Newton y Napoleón. El gran genio de Tasso nació de un alma eminentemente apasionada; el de los otros, de un español altivo y profundo; todos valían mucho y se asemejaban poco.

Perdona esta especie de digresión: yo no he pretendido nunca que puedas ser otro de lo que Dios te hizo, ni menos he pensado que debas estar descontento de lo que eres. ¡Oh, no!; al contrario, poseer lo necesario para hacerse estimar y estar exento de la cruel facultad de amar mucho es un privilegio envidiable que sólo reciben los que nacen para ser felices. Puedo haberme engañado al creerte de este número, pero ciertamente que no te he ultrajado; que mi creencia exacta o errónea no te es en manera alguna ofensiva. Esto sólo he querido probarte.

Yo misma soy juzgada mal: muchos, que creen conocerme, dicen que yo soy lo que creo de ti, esto es, que tengo más espíritu que corazón: se engañan torpemente, pero jamás les acuso de que me agravian: me desconocen, esto es todo.

Dices, además, que te parezco singular, y creo que lo soy por mi mal. No pretendo que mis singularidades sean virtudes; sé, sí, que nacen de origen elevado. Impetuosa y sincera,

puedo parecer inconsecuente, pero lo que hallarás siempre en el [187] fondo es verdad. Ni quiero pasar por mejor de lo que soy, ni siendo lo que soy me hallo descontenta de mi suerte. Sé que hay en mí mucho bueno y mucho malo; que todo el que me conozca debe forzosamente estimarme como yo me estimo, y no más, ni menos. Estimarme, no como a ser perfecto, no lo soy ni quiero parecerlo, pero sí como alma elevada, incapaz de bajezas; capaz de extravíos y de grandes virtudes. No sé si soy siempre prudente; temo alguna vez no lo seré nunca; pero desafío que se me pruebe que he sido falsa, o mezquina. Mis defectos tienen la talla de mis cualidades, y tal cual soy me he presentado a ti. ¿Me amaste tú como soy? ¿Me crees digna?... no lo sé; pero sí sé que, tal cual soy yo, no hallarás otra en el mundo. Serán peores o mejores, pero no serán como

Tula.

Carta 38

Anoche hemos hablado mucho de mi marido y te he dicho que una de sus cualidades, no la más apreciable en él, era un talento profundo y luminoso. Como quisiera hacerte amigo suyo; esto es, ligarte en cierto modo a la respetuosa y tierna memoria, que de él conservará eternamente mi corazón, te mando hoy esas páginas, acaso las más notables que existan de nuestra historia contemporánea, como una muestra de la verdad, que te dije. Los cuadernillos adjuntos son las primeras entregas [188] de una obra extensa, que trabajaba mi pobre amigo cuando la muerte lo arrebató en la flor de sus años. Obra que hubiera sido admirable y que desde su comienzo fue juzgada tal por los hombres eminentes de todos los partidos. Verás en esas pocas páginas, únicas que se imprimieron anónimas y sin pretensiones, verás, digo, la revelación de un genio observador y perspicaz; verás la elevación de ideas y la rectitud de juicio, que anuncian, que el autor hubiera llegado a una altura grande como historiador, si la muerte no hubiera cortado su carrera; y te agradará su estilo sencillo, puro, elegante siempre y a veces brillante y enérgico a la par.

Quiero que conozcas lo posible al hombre que fue mi esposo y que era digno de ser tu amigo: me parece que puede existir estimación aun cuando ya no exista quien la inspira, y yo deseo tu estimación no solamente para mí, sino para todo lo que me toca; para todo lo que vive en mis recuerdos. Esto te probará una verdad, que yo misma conozco hoy mucho mejor que hace tres días, y es que siempre ocupas un lugar muy distinguido en la región de mis afectos, que eres una de las poquísimas personas a quienes yo aprecio de corazón.

Además, pareceme que quiero ahora, que necesito, tomar alguna influencia en tu alma: ¿sabes por qué? Porque intento convertirme: intento hacerte creyente; porque te quiero y estoy cierta de [189] que no hay felicidad posible para un alma escéptica. Puesto que es preciso creer algo, tener una fe, y que es absurdo y peligroso buscar esto en los hombres, menester es elevarnos humillándonos: éste es el gran secreto. La verdad está cerca, el orgullo la busca allá donde no puede hallarla: no comprende que en su vuelo insensato se aleja del blanco a que quiere encaminarse. Y bien, yo quiero que cuando nos separemos otra vez, ¡ay!, acaso por la última; yo quiero que lleves de mí un recuerdo eterno sagrado; una esperanza inmortal: quiero que hablemos mucho de Dios, de esa verdad única, y para

ello necesito que me concedas un poco de aquella amistad, que me daba en otro tiempo algún derecho a ser entendida por tu corazón. Esta amistad no nos será peligrosa; no: Dios, a quien invoco para que se haga conocer de ti, la santifica; y éste mi corazón, herido e incapaz de ilusiones, responde de que no puedes ya hacerle ningún daño, ni recibirlo de él. Así, pues, amigo mío, concédeme sin temor tu afecto fraternal, y dame ocasiones de traspasar a tu alma, que me es querida, el celestial consuelo, que dulcifica la mía: ¡la religión! Créeme; las almas elevadas no pueden vivir sin ella: necesitan esa escala divina para remontarse fuera de la tierra. Yo... perdona mis delirios, y aunque me llames loca, yo siento en mí una misteriosa revelación, que me dice, que esa luz que brilló para mí, que estaba en las tinieblas, no se me ha dado para mí sola: que [190] eres tú el destinado a verla, a sentirla en mí, y que tu camino futuro será alumbrado por ella. ¡Oh! si yo pudiera hacerte este inmenso bien... entonces tu afecto hacia mí sería inacabable.

Pensaba ponerte dos líneas y he emborronado un pliego. Ya lo ves: he dado en la manía de hacer prosélitos, y eres ahora el objeto de mis tiros.

¿Te veré esta noche? ¿Sí? Adiós: te quiere con un afecto puro y tierno de hermana tu antigua amiga.

Tula.

Carta 39

Anoche te escribí y rompí la carta; esta noche te escribo también; pero salga como quiera no la romperé. Resígnate.

Mis nervios siguen en su agitación y no me dejan dormir, sin embargo no me hallo mal; casi estoy contenta. He pasado más de tres horas a tu lado y aunque no hayas estado muy afectuoso, tampoco has dicho de esas palabras tuyas, que alarman a mi vivísima susceptibilidad. Te escribo, pues, en primer lugar, porque te quiero esta noche casi tanto como antes de la maldita noche de mi dolor de estómago; y en segundo lugar, porque se me ocurre decirte dos palabras sobre una que te he oído y que te rebatí. Dijiste que deseabas hablar de mí con Tassara. Escucha: yo no temo que hables de mí con Tassara, porque yo te he dicho más de lo que por él puedes saber; esto es, [191] no es porque recele que le oigas nada en mi daño el haberte suplicado que no me nombres a él. He sido su amiga y si él es caballero, como creo, no puede hablarte mal de mí, por orgullo al menos. Si no es caballero, si me tiene mala voluntad, si su franqueza contigo es mayor que con otros de sus amigos, te dirá que soy un carácter voluble, inconsecuente ligero, que no tengo corazón, que he querido hacer con él una comedia, etc.; pero aún cuando tenga de mí el peor concepto posible, y sea capaz de expresarlo, es bien cierta, que no puede decirte cosa más grave, que lo que por mí misma sabes; esto es, que lo he querido: esto no te lo diré, porque él no lo sabe tanto como yo, y tú por mí.

Siendo yo tan franca que te he dicho, con admiración tuya, las borrascas que mi imaginación levantó por ese hombre, el extremo con que me empeñé en hacerme amar y el

valor que di a los sentimientos que le inspiré, por dudosos que fueran, te he dicho más que tú me preguntabas y más de lo que tienes derecho a saber. Si llegara un caso que creyera de mi deber darte cuenta de cada palabra o afecto de mi vida anterior, lo haría también, como lo hice noble y lealmente cuando hubo un hombre sincero y amante, que me dijo: yo te amo. Es, pues, indudable, que yo no temo que tú sepas por T. más de lo que por mí sabes, y que estoy tan lejos de temer, que lo que sabes y más (y cuanto he pensado y obrado e imaginado) te [192] diría yo propia, aún cuando fuese en mi daño, si tú me dijese algún día: «mi corazón, que te ama, quiere leer en el tuyo página por página.»

Aún sin esto tú sabes que soy franca contigo y aún con todo el mundo. ¿Sabes, pues, por qué sentiré mucho que hables de mí a Tassara? Te debo esta explicación y te la daré en dos palabras.

Tengo orgullo: por exceso de él, sí; por exceso de orgullo he sido y soy muy indulgente con tu amigo. Sé que él no me conoce, que se ha formado de mí un ente ideal, que no soy yo; al paso que yo lo conozco a él mejor que su madre. Porque lo conozco, lo aprecio; porque no me conoce, no es él capaz de comprender que le aprecio. Yo soy indulgente como Dios cuando me siento superior, y por eso soy indulgente con T.; tengo sobre él la superioridad de conocerlo sin ser conocida, y además la de haber sido mejor y más leal y más generosa que él. Yo sólo pudiera odiar a la persona con quien hubiese sido yo misma mala o falsa, porque esa persona tendría en ese caso la superioridad única que me irrita, la del obrar mejor que yo. Con T. no hay eso; piense de mí tan mal como quiera, no puede decir jamás que él ha obrado mejor que yo, y acaso lo que le haga aborrecerme es el sentirse en este punto en posición desventajosa respecto a mí. Pero por mucha que sea mi indulgencia y mi orgullo, tengo también mi poquito de vanidad, y sabiendo que ese hombre [193] no quiere ocuparse de mí, que hasta grosero se me ha manifestado, que lo es no solamente conmigo sino con mis mayores amigos, sólo porque lo son; no puedo prescindir de la repugnancia que siento a que tú, u otro que me trate, le busque una conversación que él, en su orgullo inmenso, pueda creer se le suscita con anuencia mía. Yo le perdonaría desde luego el que hablase de mí con odio, con desprecio, como quisiera; no le doy en el día bastante valor para ofenderme por lo que piense de mí; pero me desagradaría mucho que él pudiese suponer que yo tornaba interés en averiguar ahora lo que él cree y dice de mí, cuando tengo motivos para saber que no se ocupa de mi existencia ni para bien ni para mal. Su ambición, su deseo de figurar lo absorbe completamente, y la mujer con quien está enredado es la única que le conviene. ¿A qué, pues, irle a recordar mi nombre? ¿A qué exponerme a la humillación de que él sospeche que se hace con mi anuencia?

Éste es mi solo temor, y en prueba de ello te digo, que lo que únicamente te suplico, te exijo, es que jamás le digas que yo he pronunciado su nombre en tu presencia; que no le dejes el menor pretexto para creer que yo sé que es tu amigo, o que tú sabes por mí que lo ha sido mío. Por lo demás bien puedes, si tanta curiosidad tienes en saber cómo piensa respecto de mí, decirle cuando venga al caso, que te han dicho que lo ha amado [194] mucho una amiga tuya, y nombrarme en buen hora; no me importa, como tampoco el que te diga cuanto mal quiera de mí. Sólo exijo que no sepa jamás que su nombre se ha pronunciado entre tú y yo, y que es por mí por quien sabes lo que sabes.

Si él se estima, creo que te dirá, que soy una persona a quien aprecia: si es fatuo, te dirá que sí, que he estado loca por él, y acaso añadirá, como en gloria suya, que él jamás me amó: en esto no sé si mentiría. Si es que realmente me amó y que ahora me aborrece, te dirá que soy el diablo y que me desprecia o me detesta..., esto último me lisonjearía. Dile, pues, lo que quieras, con tal que alejes todo indicio de ser yo sabedora. Éste es mi solo interés.

Pero quisiera yo saber... ¿esa curiosidad tuya, el disgusto mal disimulado con que me oías esta noche cuando te ensalzaba mi pasado ídolo, qué significan? ¿Me amas tú realmente? ¿tienes celos...? Si tal creyera... no sé: sería infeliz, pero tendría placer, doloroso placer. De ex profeso te hablaba de él esta noche: me extendía, ponderaba de intento; es la única vez que he visto en tu cara la expresión de la pasión; y esta confesión, que ahora te hago, te explicará por qué después he estado más cariñosa contigo. Sí; cuando te hablaba de T. me pareció que tenías celos; me pareció que me amabas, todo lo que dijiste no bastó a destruir en mí la impresión de aquella idea. Y bien, Cepeda; [195] si tú me amases y tuvieras celos de un afecto anterior a mi casamiento, serías más riguroso que aquel que me dio su nombre; pero no te tacharía de injusto. Yo no podría mentir negando lo que realmente fue; esto es, que fuese por capricho o sin él, fuese una pasión fatal o un acaloramiento del orgullo, yo he querido a ese otro, que no eres tú, ni es Sabater; pero ¿puedes tú suponer que quede de aquello nada en mi alma? ¿Pedirías a una viuda cuenta de su corazón en un pasado, que cesó de pertenecerle a ella misma desde que un hombre incomparable la colocó bajo la égida de su nombre respetado? Además, ¿es tan grave delito amar en una mujer que era libre? Severo has estado, muy severo, y sin embargo siento que te perdonaría de todo corazón si fuese tu severidad efecto de celos. Si no es así, no me lo digas, no; porque un rigorismo frío me parecería hasta ridículo.

Te he dicho que soy un poco loca y ya ves cómo te lo pruebo enviándote esta larga carta; y para que sepas que además de un poco loca soy loca por completo, acabo diciéndote que te amo, y que te he mentido siempre que lo contrario haya dicho. Haz tú de este amor lo que quieras, hazlo un culto, una pasión loca o una amistad tierna; creo que puedes darle carácter a tu placer, y que yo siempre quedaré contenta con tal que, ya me hagas tu amiga, ya tu amante, sepas comprender [196] que soy exclusivista y exigente y que no tolero nada a medias.

Es casi de día y aún sigo viendo visiones, tal está mi cabeza.

Adiós, te abraza, Tula.

Carta 40

Siento que te hayas creído en el deber de escribirme: para darme noticias de tu salud era bastante un recado verbal. Has querido, sin duda, atenuar el disgusto que iba a causarme el saber, que no habías dormido bien y que te sentías malo, con decirme que me estimas profundamente y que eres el más sincero de mis amigos. Te doy gracias por estas líneas de tu billete. Yo no sé si eres mi amigo; no sé siquiera si yo deseo que lo seas; pero en lo tocante a la estimación, que dices tener de mí, te aseguro que creo merecerla, y que espero

conservarla. Yo no sé por qué añades, que debo estar muy satisfecha de mí misma. Para merecer tu aprecio y el de todas las almas nobles, creo que es suficiente la lealtad de la mía y la honradez de mis sentimientos; pero para estar satisfecha de mí misma, como presumes debo estarlo, menester sería que gozase ya esa paz que me deseas, y que en vano pido cada día a Aquel que únicamente puede dármela: ¡a Dios!

Anoche te reías de mí, porque entiendo como [197] lo entiende la Iglesia católica, en la cual he nacido, los preceptos divinos; hoy me dices, casi en tono de zumba, que nada temeré de Dios, ni de los hombres. Si yo fuese una de esas almas que recelosas de patentizar su flaqueza, hacen profesión de sprits forts, como dicen los franceses; si tuviera la desgracia de pertenecer a la numerosa clase de gentes menesterosas de cierto género de triste celebridad, acaso al oírte me amedrentaría con el recelo de parecerme vulgar, acaso creería que la fe de mis padres era una cosa ridícula y que mi gloria consistiría en ocultar la veneración que me inspira. Pero no es así: yo no temo jamás el ridículo; es un traje que no le viene a mi talla: tengo orgullo en profesar las creencias en que fui educada y que he adoptado libre y meditadamente después de muchos años de examen profundo. No busco la reputación de espíritu fuerte; desprecio íntimamente a los que hacen alarde de incredulidad, que creen necesaria para probar su inteligencia, y doy gracias a Dios porque la mía, la que Él me concedió, es capaz de llegar a la altura en que se ve la mezquindad lamentable de aquellas que sólo alcanzan la despreciable gloria de escarnecer lo que no son capaces de admirar.

Yo temo a Dios; pero sólo a Dios. Los hombres pueden inspirarme compasión, si son débiles y sin justicia; afecto, si son rectos y capaces de dignas acciones; pero temor, jamás. Si yo desdeño [198] la opinión del vulgo, es porque conozco a los hombres: conociéndolos no es posible ni temerlos ni respetarlos.

Cuando yo obro bien adoro la mano soberana, que me ha sostenido: yo, por mí, soy como todos los hombres: frágil y culpable; no puedo estar satisfecha de mí misma nunca, jamás; porque lo bueno que en mí exista me ha sido dado gratuitamente. Mi libre albedrío, que es lo que tengo, no me lleva forzosamente al bien, y he aquí por qué yo lo esclavizo a los preceptos de Aquel, que me los dio.

Todo esto no te parecerá muy sublime; si andas a caza de peregrinas ideas, las mías no te satisfarán; pero yo estoy muy contenta con ellas; muy contenta; ellas han sido el ánora que he encontrado en este proceloso océano de la vida, en que tantas tempestades han turbado mi juventud: ellas son mi esperanza para los años de la vejez. Yo que, como Salomón, puedo decir he examinado y juzgado cuanto existe bajo del sol y he visto que todo es vanidad, yo que nada he poseído que me satisficiera, y que he conocido que existía una distancia inmensa entre el vacío de mi corazón y los goces de la vida humana; yo que no anhelaba gozar, sino saber, esperar y amar... yo, repito, he visto asombrada, que esas creencias sencillas, al alcance del vulgo, pueden lo que no han podido ni el amor, ni la gloria mundana, ni los esfuerzos de la inteligencia: han llenado aquel vacío; me han enseñado la ciencia mayor; me han alumbrado [199] con la luz de una esperanza más grande que mi propia ambición. Si no gozo todavía la paz, la espero al menos; y esto es un gran bien, créelo. ¡Oh!, para almas como la mía se necesitan grandes sacrificios, grandes luchas, grandes esperanzas. Todo esto lo he hallado en esas creencias que te causan risa. He

hallado más aún: he hallado una fuerza que desafía al mundo, que se burla de las opiniones humanas. Si lo que produce tales resultados es una mentira risible, preciso es que la mentira sea lo más grande que existe: que la mentira sea Dios.

Esta larga carta no te robará ninguno de los instantes que necesitas para tus ocupaciones y visitas, la mandaré de noche para que la halles al irte a acostar y la leas en cama, mientras esperas el sueño.

Y bien, aún tengo que hablarte de tu billete, aunque tan corto sea. Dices en él, que si meto la mano en mi corazón no encontraré nada que me alarme. Lo he hecho, sí; he examinado mi corazón, y creo que, pasada la terrible excitación de anoche, en medio de la cual lanzó a mis labios un grito de pasión, creo, digo, que en efecto se ha calmado.

Si no lo hubieras excitado tanto, si respetándolo más hubieras gozado de lo que él te daba sin precipitarlo en una región peligrosa, creo que acaso le hubieras hecho mayor mal que el que hoy siente. Hubieras sido muy peligroso, siéndolo menos en apariencia. Anoche he visto al hombre; mi [200] corazón le amó sin embargo; hoy se ha dado cuenta de todo aquello y me parece que, libre de la emoción física, que entonces le turbaba, ha comprendido que un hombre siempre es un hombre, y que para él es poco temible siempre que, como lo has hecho, se apresure a arrojar el ropaje de Ángel con que se le presentaba.

¿Sabes tú lo que es un hombre a mis ojos?... Un hombre, que no es más para mí que un hombre, ora tome el nombre de amante, ora el de amigo, profana entrambos nombres y me parece indigno de ellos El amor y la amistad, tal cual yo las considero, son otra cosa muy diferente de lo que ofrece el hombre material. ¿Eres tú capaz de comprender el sentimiento?... Lo creía ayer, y lo dudo ahora.

Yo no quiero ni tu amor ni tu amistad, si no puedes darme uno u otra tan grande y tan noble como yo los necesito, y dale el nombre que quieras; el nombre no mudará su ser. El amor que yo puedo aceptar de ti no es más que una amistad exclusiva, profunda, ardiente; y la amistad, que puede existir entre un hombre y una mujer de nuestra edad, no será nunca sino un amor disfrazado. Yo no cuestionaré, pues, el nombre: meditaré en el sentimiento ya venga con una careta, ya sin ella. Yo no creo que Dios condena ningún afecto noble: Dios es amor. Yo no escrupulizaré de amar. Pero creo que Dios me prohíbe buscar en ese sentimiento goces brutales, siempre que él [201] mismo no me impone un deber de materializarlo por un objeto santo, cual es la maternidad. Siento, además, que yo no tengo una necesidad de arrancar al amor todas las perlas de su corona casta para devorarlas en placeres insuficientes para mi felicidad.

Esto no me hace digna de tu aprecio profundo, porque esto es común a todas las almas, que no se han corrompido. La mía no lo está: esto es todo. Ni el mundo, ni las pasiones, ni la calumnia de que he sido objeto han podido arrancarme mi rectitud natural y la elevación en el sentir. Si no lo comprendes así, te compadezco.

Te veré mañana y siempre que quieras. Tu presencia me es grata. Eres para mí algo tan dulce y melancólico como un recuerdo, aunque no me des nada, que se asemeje a la esperanza. Te veré y estaré, como deseas, contenta y serena; pero, después de la extensión y

franqueza con que te he hablado en esta enorme carta, bien comprenderás que, si hubiese de tener otra noche como la de ayer, me sería forzoso renunciar al placer de verte. Yo no me creo fuerte: no busco los peligros segura de la victoria. Me conozco y huyo, sin avergonzarme de huir.

He leído parte de tu manuscrito, y acaso te hablaré de él largamente.

Te ofrecí anoche algunas cartas de mi Sabater: sagradas para mí, sólo a ti se las fiaría; y créelo, te doy al enviártelas la más alta prueba de estima [202] y de confianza. He cogido al acaso las primeras de un grueso volumen que poseo, segura de que en todas ellas hay las mismas bellezas de estilo y calor de sentimiento. Al leerlas verás que es verdad lo que te dije, que nadie usa con más sencillez y elegancia el estilo familiar, y que el corazón que amé era digno de los eternos pesares, que hoy consagro a su memoria.

Mi pluma es tan mala, que no sé si entenderás ésta.

Adiós; he pasado la mañana escribiéndote; no me lo agradezcas, pero sábetelo que no lo haría con nadie sino contigo. Mi pereza es grande; pero lo es más mi afecto.

Te quiere siempre,

Tula.

Carta 41

Puesto que crees que te hará bien el que vuelva a escribirte, para decirte que estoy bien, lo hago gustosa y, al mismo tiempo, ratifico mi petición. Anoche también estuve en el circo a ver al Corsario, y siento no haberte visto allí. Esta noche, de las diez en adelante, estoy en casa; mañana, no, pues voy a la ópera; pero pasado mañana, después de las nueve, me hallarán visible mis amigos. Te doy cuenta de mis horas para que escojas, y te ruego que no dejes de traerme mis cartas [203] la vez primera que me des el gusto de verte.

Tú me dijiste anteanoche clara y terminantemente las palabras primeras subrayadas en mi anterior; por eso te las recuerdo: yo no era capaz de inventarlas. Las dijiste con franqueza que vale mucho, con un candor y una sencillez que no son de este siglo; te las oí con sorpresa, pero me ha agradado cada vez más esa veracidad un poco ruda, pero siempre estimable.

Tengo visitas; voy a salir; pero, aunque tan deprisa y tan mal, te repito que soy siempre tu amiga,

Tula.

Carta 42

No, no me enojé de que te marcharas, aunque extrañé la precipitación con que lo hiciste. Yo, menos prudente que tú, insistí en que prolongases tu visita, porque tenía un deseo irresistible de oírte una palabra de cariño; de darte alguna nueva prueba del que me inspiras. Pesado por demás estuvo G., pero no le falta ni talento, ni bondad. Es que se ha acostumbrado a verme indiferente con todos, es decir, sin predilección por nadie, y no sospecha, que entre tú y yo medie cosa alguna, que nos haga enojosa su presencia. Se llenaría de pena, si supiese que nos había molestado. Es un excelente chico. [204]

Dices en la tuya que vendrás esta noche a las nueve: estaré en casa a esa hora; pero te ruego, que no te hagas una obligación de venir. Tus visitas no me son gratas, si no son espontáneas: en lo que tú no tengas placer no puedes dármelo a mí.

Mira, ya hemos hablado bastante de la naturaleza de nuestro afecto; de la santidad que debe tener y de los peligros que puede correr ésta: creo que conviene no hablar más de esto. Hay cosas, cuyo solo recuerdo hace daño: la virtud es más fuerte cuando se piensa menos en aquello que la combate. Los peligros con los cuales se familiariza el corazón, cesan de inspirar miedo. Yo no te dejo a ti solo la responsabilidad de ambos, no; sería egoísmo. Yo, sin confiar en mí neciamente, me atrevo a esperar que sabré conservar tu estimación y la mía propia, sin que te cueste mucho trabajo el sostener mi ánimo. No veas en esto orgullo, no; es sólo verdad de afecto. Te quiero mucho para arriesgar locamente tu cariño.

No hablemos más de esto. Yo no quiero prever nada, temer nada; creo en ti, te estimo y esto me basta. ¿Sé yo acaso si tengo amor? ¿Sé si lo que siento por ti necesita tu posesión? Parece a veces que me sería tan imposible llegar a tus brazos con ardor de amante, como a los de mi propio hermano. No se me ocurre jamás desear pertenecerte para siempre, y alguna vez me parece que los impulsos de mi corazón a tu lado, que tanto [205] me han alarmado, no se diferencian gran cosa de los que tendría por mi madre. Yo no sé, te lo confieso, si te amo; sé sí que te quiero más que a ninguno de los hombres que conozco, y que tu aprecio es para mí una necesidad.

¿Por qué, pues, hemos de recelar anticipadamente, ni empeñarnos en ver combates en nuestras propias aprensiones? Acaso nuestra imaginación va más lejos que nuestro corazón, y esto es un mal, porque puede engendrar ese peligro que sueña: ¡oh!, y no tendríamos disculpa, porque no tenemos el delirio del amor, que es lo único que justifica extraviando.

Amigo mío, quíereme sin examinar la naturaleza de tu afecto y cree que, tal cual es, basta a tu

Tula.

Carta 43

Me levanto hoy despertada por una carta de mamá que me ha traído el correo. En ella he visto muchas veces tu nombre; se habla de ti largamente, con abandono, con ternura, haciendo castillos en el aire. Esta carta, llegada en tales días, me ha hecho extraña impresión; no sé cómo; siento que, exaltando mi pesar, ha quebrantado mi cólera. Siento que tengo necesidad de decirte algo de lo que he leído, no todo, no, jamás, porque si fueras capaz de leer con tu pachorra habitual [206] los delirios apasionados de un corazón de madre, te cobraría horror y yo no quiero aborrecerte.

Me dice mamá:

«Háblame mucho de C.; bien sabes que lo quiero como a un hijo; mi deseo sería... Es tan buen sujeto, estoy tan persuadida de que te tiene mucha simpatía y que tú eres una persona que te haces querer por todos los que te tratan, que no me sorprendería que tú y él se hiciesen algo más que amigos, y yo, Tula mía, me alegraría en el alma, porque es un sujeto que merece el mayor aprecio y es digno de todo», etc., etc.

En otra parte dice:

«Siempre deseo con impaciencia tus cartas; pero ahora más, porque se me figura que he de ver alguna en que me digas que C. te quiere y que tú le quieres a él. Pienso mucho en eso, porque..., etc., etc. Yo no he de ser tan dichosa que vea realizado mi deseo, pero me sirve de gusto el pensar en eso y ver que no es imposible.»

Te copio con exactitud, aunque no por completo, los párrafos que mi buena madre te dedica; el alto concepto que tiene de ti y la ternura con que lo expresa no pueden menos de lisonjarte. No sé si estás en Madrid o te has ido a Aranjuez; de todos modos, mando a tu casa estas líneas, porque me es imposible resistir al deseo de hacerte saber lo buena que es mamá y lo que [207] de ti se ocupa, aunque yo me arriesgue con esta larga carta a que tú sientas aquel disgusto, que otras te han causado por su extensión.

Adiós; créeme siempre tu amiga,

Tula.

Carta 44

Como me ofreciste poner dos líneas tuyas en la primera carta que escribiese a mamá; como sé que a ella le servirán de gran placer, porque te quiere más que mereces, y como el correo sale esta tarde, es decir, antes que vengas a casa, te incluyo la mía, para que cumplas tu oferta y me la devuelvas en seguida.

Al mismo tiempo quiero decirte, por si esta noche hay visitas que me lo impidan, lo que en la de ayer te expliqué mal. Quede consignada en este papel mi breve, pero clara explicación, a fin de que jamás me acuses de inconsecuencia.

Mi carta de ayer, dices, era menos afectuosa que la anterior a ella. Yo te dije más, te dije que era fría, y lo era en efecto. Para disculpar la inconsecuencia que parece resultar de algunas de sus palabras, comparándolas con las que contenía la otra, no te diré que esta última a que me refiero no te fue dada, sino que me la quitaste, y que con el hecho de no habértela enviado, te di una prueba de que mi corazón no la aprobaba, de que algo de [208] su contenido no estaba acorde con mis deseos. No te diré esto, repito, porque no he menester abjurar o desmentir conceptos que trazó mi mano, para probar que no soy inconstante ni contradictoria.

El mismo sentimiento que dictó una carta presidió a la otra. ¿Pero no sabes tú que los mismos vapores que forman las nubes azules y nacaradas son los que tiñen de un color fúnebre o sangriento esos densos nublados que preceden a la tempestad? ¿Es inconsecuente el sol porque tiene el poder de engendrar el rayo, así como el de abrir el delicado capullo de una flor? Ya te lo dije ayer: cuando te escribí mi última carta estaba descontenta de ti; no salió ella fría, la hice yo que lo fuera. ¿Estoy hoy más satisfecha? No; acaso sería más digno de mi orgullo no decirte esto, pero te lo digo, sin embargo.

Voy a ser franca contigo hasta un extremo increíble; escucha.

Tú, según he comprendido, viniste a Madrid huyendo de un amor profundo, que acaso quieres vencer, amor que juzgaste tan fuerte, que dijiste: yo no viviré mucho, cuando muera, decídele que la he amado. Esto es muy novelesco, muy heroico; esto debiera estar en una de las novelas de Ana Rachelif o en una leyenda de Demestilay. Viniste, y mientras llegaba el caso de morir, víctima de tan acendrada pasión, quisiste que mi amistad te endulzara la expectativa, que te entretuviera, como [209] se te escapó decir anoche. Pero era preciso para entretener un alma tan herida por el dardo de Cupido (hablaremos en términos poéticos), era preciso que mi amistad no fuese una cosa vulgar, sino ardiente, exclusiva, profunda. Cuando así la creíste la aceptaste, y aun dijiste: «Deja correr tu corazón, no le opongas la menor resistencia; ámame cuanto puedas, que así lo necesito». Sí, lo necesitabas para entretenerte. Por eso ayer todo lo más que decías lisonjeramente en tu carta era que me tenías predilecto afecto, en la misma carta en que tan satisfecho te mostrabas de mi amor, tan ciego lo creías, que me ofrecías defenderme de mí misma; tomar la responsabilidad de mi destino, o mejor dicho, salvarme con tu respeto de mi propia flaqueza. ¿Sabes que nada tienes de galante? Eres singular. Tu talento se eclipsa a las veces de una manera inverosímil. Escucha: tú no me has conocido sino por una de mis fases, por la de mi corazón, ignoras completamente cuál es la de mi cabeza, ignoras que si yo quisiera consultar solamente mi talento y mi conocimiento del corazón humano, si dejase obrar a mi vanidad de mujer y a mi experiencia de filósofo, ni tu amor a esa que lloras, ni tu calma, ni tu hastío, ni nada te salvaría, a ti que quieres salvarme. Sí; yo te dominaría con mi cabeza fría; te subyugaría a mi placer; te volvería loco si se me antojase. ¡Oh! ¡Guárdate de enfriar mi corazón y de excitar mi orgullo! Guárdate de despertar en mi voluntad [210] un deseo, que nadie ha resistido hasta hoy, porque yo puedo cuanto quiero, mi voluntad es de aquellas pocas, que hallan en su fuerza una omnipotencia terrestre. Pero no, no tienes necesidad de

guardarte, no. Al decir esto, que acabo de decirte, te he dado una prueba de que no aspiro a lo que creo poder, me desarmo ante ti con la conciencia de la bondad de mis armas; en una palabra, quemó mis naves como Cortés.

Lo hago, porque yo no deseo que tú me ames, al contrario, mi razón me dice que sería un mal grande para mí tu amor. Pero ¿por qué quieres tú jugar con mi corazón, como el niño que pone el fuego en la pólvora, sin prever que puede él mismo abrasarse? Tú me agitas, me incitas, me ofendes en mi orgullo, me hieres en mi sensibilidad; todo con una calma admirable, sin comprender siquiera que estás jugando con fuego peligroso. Si yo te amo, tu conducta es cruel: si no te amo, es ridícula. Porque en fin, ¿sé yo hasta ahora si eres mi amigo, mi amante, o si no eres nada? Como amigo pides mucho al decir que no admites más restricciones, que las que yo ponga; porque si yo te amase, acaso no pondría ninguna. Como amante das poco; porque hasta ahora todo lo más apasionado, que te he oído, es que yo te entretengo; que te consume el hastío; que no crees en la felicidad; que te vas a París; y que amaste, o amas, a una mujer de quien huyes. Y para esto, sin embargo, dices que me necesitas, y me buscas, y te [211] enojas porque no estamos solos, y me preguntas si te amo tanto como amé a mi esposo; al hombre que más amó; ¡al más digno de ser amado! ¿Te comprendes tú?, yo confieso que no. Tu amistad sería un bien para mí; tu amor, un mal: no sé, empero, si yo deseo aquel bien, ni si aborrezco este mal. Sé solamente que tu conducta me hiere, y que no sabiendo qué eres para mí, qué soy yo para ti, comienzo a creer que vale más que no seamos nada el uno para el otro, porque ya sabes que no sufro medianías: que lo indeciso no me place.

Esta carta te va a parecer loca, tonta: vas a leer todas las mías que tienes para notar las contradicciones, las inconsecuencias... las hallarás, no lo dudo; un célebre moralista ha dicho: la verdad es una en su esencia y múltiple en sus formas; sólo la mentira es consecuente, porque la mentira no es natural.

Acaso ésta es tu propia disculpa: por eso yo no te acuso por inconsecuente, sino por orgulloso y frío. Es preciso que sientas más o que procures inspirar menos. Querer reinar absoluto y no decir siquiera cuál es tu derecho, es una tiranía absurda.

He descargado en ti mis bilis, pero con todo, nadie te quiere como yo. (No está firmada ni rubricada.)

P. D.: Lo ininteligible de ésta te probará que aún no he hecho uso de tus plumas. No he querido que me sirvieran de armas contra ti. [212]

Carta 45

Antes de decirte, según te ofrecí, cuál es el teatro a que iremos, quiero pedirte perdón por mi impertinencia de anoche. Pesada estuve, -¿no es verdad amigo mío?- pesada en extremo al obligarte a prolongar tu visita sabiendo que te sentías malo. Como aquella exigencia mía debió parecerle extraña, permite que te dé ahora una semiexplicación de ella. La importuna visita de mi vecina sobrevino en un momento en que, entendiendo mal ciertas

palabras, que te dije, te atrevías a sospechar que yo recelaba mudanzas en el aprecio, que en mi carta de anteayer te manifestaba: me lastimaste con aquel tono frío, con aquel gesto severo, con aquellas palabras injustas, en que me vi reconvenida por una cosa, que no pudo pasar por mi pensamiento. Es verdad que te dije, que empezaba a temer llegase un día en que tú vieras una mentira en cierto párrafo de aquella carta: pero te aseguro, y lo creerás sin dificultad, que no me refería al afecto, que en ella te expresaba; afecto cuya constancia garantiza una separación de siete años, que ha pasado por él sin destruirlo. Esto era lo que quería decirte, y por decírtelo he querido prolongar tu visita. Me era amarga la idea de que te fueras de mi lado con la sospecha injusta, y hasta absurda, de que yo había [213] querido indicarte la posibilidad de cesar de quererte. ¿Cómo has podido concebir semejante disparate? No, Cepeda, no; en ese punto mi carta de anteayer no será jamás desmentida.

Yo hablaba de otra cosa, de una cosa que anoche te hubiese dicho, porque hubo un momento en que mis propios labios se abrieron para desmentirla; gracias al cielo no lo hicieron; llegó aquella visita, que entonces maldije y que bendigo hoy; porque a no sobrevenir en aquel momento, hubiera tal vez cedido a la impresión, que entonces sentía, y mis palabras, escapadas sin aprobación de mi razón, me causarían hoy grandísimo disgusto. No exijas que te diga más; te lo suplico. Ayer todo el día me ha dominado una emoción extraña; he estado descontenta de mí misma; en vano he intentado disfrazar a tus ojos mi interior tristeza con un atolondramiento y jocosidad, que no me son naturales. No sé qué inconcebible impulso me arrojaba a la boca palabras insensatas, que felizmente no llegaron a ser articuladas. Hoy me siento más tranquila, y te ruego que creas, que no quise decir lo que supusiste, sin pedirme mayores explicaciones. No; mi carta de anteayer no contiene mentira alguna, al escribirla era completamente sincera, ayer me parecía que algo había estampado en ella que mi corazón abjuraba ya; pero hoy creo que me asusté sin motivo, que calumniaba a mi corazón, que todo lo que aquella carta decía pudiera ser ratificado en ésta. ¿Y por [214] qué amargarme yo misma los momentos de dicha que tu amistad puede darme? No, amigo mío; yo quiero gozarlos, porque he padecido tanto que soy digna de ellos. Pero no vuelvas a decirme que tú no sabes si me amas fraternalmente; no vuelvas a exagerar tu afecto diciendo cosas, que quitan a la amistad su dulce y apacible e inofensiva ternura para prestarle el peligroso encanto de otra pasión que temo, que he renunciado para siempre, que colmaría hoy, si la sintiese, la medida de mis desgracias. ¿Sabes tú por ventura si una palabra tuya, si una mirada pueden trocar el sosegado afecto, que me inspiras, en un sentimiento poderoso, irresistible, que vivió en mi alma y que dejó en ella restos dolorosos, calientes todavía? ¿Sabes tú, si anoche un momento más hubiera bastado para producir un trastorno completo en mi actual destino, sí, muy triste, pero resignado, sin tempestades, sin dolores acerbos?... ¡Oh! ¡amigo, hermano mío! respeta este pobre corazón, que tanto ha padecido y que por mi desgracia no está muerto todavía, aunque haya sido destrozado. El mundo me juzgará como quiera, nada le pido, nada le doy; pero tú debes conocerme: tú tienes el deber de no sospechar nunca, que un corazón como el mío merece ser ligeramente tratado.

Tu amistad tierna, pero calmada, sin transportes, sin ardor, sin excesiva predilección será un gran bien para mí, que creo en ti y te quiero: pero cuenta, que esa amistad no se exprese con las miradas, [215] con los acentos, que anoche sentí y oí: cuenta que no despiertes de súbito un recuerdo fecundo en agitaciones, y que por ocho, quince días o veinte que pases aquí, no me dejes años de lágrimas y de dolores crueles. No temo yo lo

que hagas, no caigas en tal error, temo lo que sientas y lo que inspires. Las acciones se dominan, los sentimientos no. En fin, ¿por qué no he de decirlo claramente?, temo amarte. Esto es todo. Ésta es mi melancolía de ayer, mi locuacidad de anoche, el mentís que temo dar a mi carta anterior. La confesión se me ha escapado, y no la borraré. Allí va: temo amarte; ¡ah!, sí; lo temo mucho, y sin embargo no puedo renunciar a verte, no puedo. ¿Cómo tres o cuatro días han producido en mí un trastorno como éste? Me creía incapaz de amar de amor, la misma amistad era tibia y lánguida en mi alma abatida. ¿Cómo es que tres días han rejuvenecido mi corazón y...? perdona, amigo mío, yo digo desatinos. No; soy tu hermana; esto me basta; esto es lo que deseo; pero sé generoso, no me quieras tanto, no vuelvas a decirme que yo te hago olvidar hasta tu país, hasta tus afecciones más dulces... No quieras que al oírte lo olvide yo todo, excepto que soy libre y que me amas.

¡Y bien! Yo quería ir al teatro para no verte esta noche; pero era una locura, un exceso de miedo: ¡qué vergüenza!... Iremos, si tú quieres, al circo, allá arriba, de incógnito; si prefieres que estemos en casa, evádate de los compromisos, de las visitas, [216] y ven: me hallarás gozosa con verte; con saber que vienes. Decide tú, y respóndeme, si hemos de ir al circo o no.

Pero ya lo sabes: yo no tengo el orgullo de ocultarte lo que siento, ni la prudencia de huirte. Quiero verte y oírte; pero quiero que vengas a mí como un afectuoso hermano, y que conozcas que el salir de los límites de esa fraternidad en lo más mínimo puede hacerme mucho mal.

Ya ves que soy la misma: la franca india; la semisalvaje, que no sabrá jamás ser coqueta, ni aun ser cauta. Ponme dos líneas diciéndome cómo estás, cómo has pasado la noche, y qué haremos ésta. Tula.

Carta 46

Martes, a la una de la noche.

Supuesto que has determinado establecer tus visitas a manera de calenturas, que llaman tercianas dobles, es decir, que aparecen un día sí y otro no, y que mañana es uno de los días de no, y que la taza de café que he tomado en tu presencia me desvela atrocemente, y que hace dos horas que me dejaste, y que me parece que son dos siglos, y que he vuelto a leer tu carta, y me parece cada vez más grata y lisonjera, y y y y otras mil y y, que pudiera añadir para justificar mi deseo de comenzar [217] esta carta, que no sé si tendrá fin hoy o mañana; supuesto, digo, todo lo expuesto, y lo más que no expongo, determino charlar un poco contigo en estas altas horas de la noche en que todo reposa, menos mi cabeza: con esto lograré que, en los días en que no me veas, vaya a recordarte mi existencia un papel garabateado por mi mano. Por lo dicho comprenderás que resuelvo escribirte en todos los días, que me prives de tu visita, porque a toda costa es preciso impedir que me olvides; y ya que no tengo derecho para exigir que me consagres todas tus horas de la prima sera, o,

según otro idioma, tus soirées (en castellano no tenemos voz equivalente a esas dos extranjeras), lo tengo al menos para consagrarte y algunos momentos de mis mañanas o madrugadas, escribiéndote cartas, aunque sean como ésta, que lleva visos de ser una cosa estúpida. He aquí un comienzo o introducción que promete. Las oraciones no son muy gramaticales, y el estilo no peca por sublime; pero a bien que yo no voy a enseñarte gramática, ni a darte muestras de mi talento epistolar, sino a pasar contigo mi vigilia nerviosa, diciéndote que pienso en ti.

Pienso en ti, sí; y tan tenaz va haciéndose este pensamiento, que no sé cómo libertarme de él ni un solo instante. Pero, escucha: tu carta, que tengo ante mis ojos; algunas de tus palabras de esta noche; tus tiernas caricias; la dulzura y purísimo placer que en mi alma han derramado; todo me [218] tranquiliza, y me hace no considerar como un mal la fuerza que va adquiriendo en mi corazón el cariño, que siempre te he conservado. Sí tú me quieres; si me respetas; si estás resuelto a conservarte siempre digno de mi aprecio y a no hacerme desmerecer del tuyo; si deseas y procuras prolongar tu permanencia en Madrid, yo debo considerar un bien, y no una desgracia, el afecto que me inspiras. ¡Estaba mi alma, tan sola! La ausencia de mamá, mi mejor amiga, la sola persona en cuyo amor confío, me había dejado en soledad espantosa. Mi corazón, que tanto ha padecido, no tiene ya aquella fuerza orgullosa que se contenta con la independencia y que desdeña los consuelos, que no le vienen de sí mismo. Yo sentía que necesitaba un pecho amigo, en el que pudiera descansar mi frente, cuando fatigara mi cabeza el peso de los amargos pensamientos: necesitaba una voz querida que me alentase y me dijese yo te quiero; una voz que no fuese engañosa, que no me excitase desconfianza, que no me mintiese nunca; una voz como la de mi madre, veraz, indulgente, amada. ¡Oh! ¡Tú no sabes cuán sola estoy aun en medio del mundo! La sociedad me hastía; por un sentimiento de religión lucho contra el desprecio que me inspiran los hombres; pero no puedo estimarlos. ¡He visto en ellos tanta pequeñez! ¡He sido víctima de tan mezquinas y ruines pasiones!... Hubo un tiempo en que mi orgullo, mi fuerza juvenil, la conciencia de mi superioridad, me hacían [219] buscar esas mismas luchas del mundo; y correspondía al mal que recibía, con una sonrisa desdeñosa: era todo aquello punzadas de alfiler, que no me hacían salir sangre. Ahora, después de haber sido desgraciada, mi fuerza es menos; mi vigor, fatigado, anhela reposo; y el mundo no tiene nada que me ofrezca una esperanza de paz, ni nada tampoco que me excite a volver a desafiarlo. Sus punzadas de alfiler no me harían daño; pero ya han perdido hasta el poder de excitar mi orgullo para ostentar mi desprecio. Perdiendo al hombre que amé, y que me amó cual jamás merecí ser amada; lejos de mi buena madre; sin fe en ninguno de los que se llaman mis amigos, sin deseos ni capacidad de tener amor, mi vida había llegado al extremo mayor del aislamiento, cuando el cielo te trajo, querido mío. ¿Por qué, pues, he de desechar yo el consuelo inesperado de esa tu amistad, que, si no es tal y tan grande como yo la desearía, es, por lo menos, lo creo así, la más sincera y noble, que puedo esperar de los hombres? No; yo no creo que Dios, ese Dios que es todo amor, juzgue un crimen mi cariño hacia ti; no creo que, celoso de mi pobre corazón, me lo exija tan exclusivamente, que deba yo lanzar de él un sentimiento que endulza mis desgracias. Por lo que respecta a la cara memoria de mi esposo, tampoco me avergüenzo de unir a ella el cariño que me inspiras. Vivo él, mi alma toda era suya; muerto, ¿me reconviene porque acepto un pecho amigo, en el [220] que lloro mi infortunio? No; su alma grande y generosa es acaso la que te ha inspirado el deseo de venir hacia tu pobre amiga; él te ha juzgado digno de ser el consuelo de la mujer que amó, de la mujer que no le ocultó que te había amado, y que él sabe, sin

duda... ¿pero adónde voy a parar con estas reflexiones?... Para probarme a mí misma que no soy culpable, ¿no basta esta dulce calma de mi corazón? El delito es intranquilo; nadie que es culpable es tan feliz como yo lo he sido al llorar hoy en tu pecho.

Tú me dices que sea virtuosa; que tú no serás jamás un enemigo de la virtud; que la mía, si la alcanzo, aumentará tu cariño. Amigo mío, yo no soy virtuosa, no; soy una débil criatura, que ha cometido muchas faltas, que se reconoce muy frágil; pero amo a la virtud, la busco, la pido, la deseo. Preferiría morir cien veces a perder este noble instinto, que me lleva al bien. Pero, ¿no crees que tú puedes contribuir mucho a que yo alcance esa virtud que me deseas, y que yo busco con todas las aspiraciones de mi alma? Sí; tú puedes hacerlo; ámame con un amor digno, eleva mi alma con el vuelo de tus propias virtudes. ¡Oh!, ¡yo te lo juro, yo no soy una de esas mujeres que aman impunemente a un hombre digno! Yo sabré levantarme hasta la altura que llegue mi amado; yo no sufriré jamás que para hablarme tenga que bajar sus ojos. Por mí sola no sé si tendré fuerzas para alcanzarla perfección; mucho espero en el [221] poder de Dios, pero me parece que mucho esperaré también de ti, si tú me amas. Yo no quiero indagar si me amas así, tanto como acaso deseo allá en el secreto de mi alma; ¡lo quiero pensar en el nombre que conviene a tus sentimientos; no me pregunto nada sobre el porvenir, ni quiero recordar lo pasado. Si me amas, si amas la virtud, si me das aliento para buscarla y esperanza de verla pagada por tu estimación; si me ofreces no irte tan pronto; si puedo gozar tu compañía algún tiempo, creo que recibiré mucho bien de ti, y que cuando nos separemos mi recuerdo será eterno en tu alma.

Éste es todo mi deseo; te lo digo con la mano sobre el corazón. Si hay momentos en que tu proximidad me agita y no sé qué inquietud dolorosa me hace sentir, que algo falta a mi corazón, luego que se pasa aquel momento de turbación y pasión, veo que lo que faltaba no era nada en comparación de lo que poseía; y la satisfacción de haber conservado pura y tierna nuestra ardiente amistad vale cien veces más que todo aquello, que hemos negado a nuestro amor. ¿Te amaría más, por ventura, si fueras más mío, que te amo ahora?

Llegará, sin embargo, un día en que tú ames de otro modo: tendrás una mujer para tu cuerpo; sé que es preciso; tendrás una querida o una esposa. Lo primero creo que no me haría desgraciada, creo que podría soportarlo; lo segundo... [222] no sé, no quiero saberlo. Vivo del día presente; no sé si él me basta, pero no quiero ver más allá.

Son las tres: voy a mis oraciones, por escribirte las olvidé; tú duermes en tanto. ¡Oh, que tu sueño sea dulce! Que un ángel te cobije con sus alas. ¡Qué bella religión ésta que tiene ángeles; puras y amorosas inteligencias, que se asocian en misteriosa comunión con la inteligencia del hombre...! Que los ángeles guarden tu sueño, querido amigo mío, y que ellos te inspiren palabras consoladoras y dulces que escribirme mañana: ¿no es verdad que lo harás?

He pasado contigo mi insomnio; he engañado al corazón que te buscaba. Te abrazo ahora con mi alma, recibe esa caricia, recíbela en mitad de tu sueño y que ella te halague tanto como tu recuerdo a tu

Tula.

La pluma es tan mala, que dudo entiendas ésta.

Carta 47

La mujer a quien acusas, a quien llamas tu verdugo, te ha amado con un amor que no volverás a inspirar; con un amor que ninguna otra mujer es capaz de sentir. Ayer eras todavía a mis ojos el hombre de mis sueños; la adorada realidad del idealismo de mi juventud. En mi carta de ayer te he llamado mi vida, mi esperanza, mi bien; te pedía [223] que vinieses a mí en aquel momento, en que te escribía para jurar en tus brazos ser tuya hasta morir, y morir cuando te perdiese, cuando cesases de amarme. Viniste, en efecto, poco después y fue para decirme tranquilamente, tan tranquilamente que no pude creer fuese verdad, que te marchabas mañana a París. ¡Y bien! ¿de qué te quejas? ¿de qué me acusas? ¿Hay algo que me reste que hacer para probarte mi amor? ¿Y si te lo he probado, si lo conoces, podrás dudar que tu partida ahora me iba a destrozar el alma? Porque yo era delicada y generosa y no quería exigirte lo que sólo deseaba y esperaba deber a tu corazón, ¿debías tú, uniendo la injusticia a la más fría indiferencia, lanzarme esa terrible palabra, me voy, como si me dices la noticia más indiferente? Dijiste después que me huías a mí: y bien ¿es esto más lisonjero que el decirme que te vas, porque nada valgo para ti, ni yo, ni mi amor, ni mi pesar? Tú te has decidido a irte ahora, sabiendo que poco más tarde hubiéramos podido hacer juntos el mismo viaje; sabiendo que ahora más que nunca me había de lastimar tu ausencia. Sea esta resolución tuya indiferencia y desamor absoluto; sea, como dijiste, que me huyes por demasiado amor, yo tendría que ser un ser degradado y privado de todo sentimiento, si no viese en tu resolución el golpe, que rompe para siempre toda clase de vínculos entre nosotros. Si te vas porque te soy indiferente, yo no debo, no puedo, ni quiero [224] molestarte con mi cariño, ni con ningún recuerdo de los pesares que sufro. Si realmente me huyes, mi orgullo, a par de mi corazón, gritan ofendidos y me mandan morir antes que continuar relaciones de ninguna especie con el hombre que huye de mi amor, como de cosa que puede perjudicarlo. Yo no soy ni monja, ni casada, tú no eres tampoco esclavo de ningún juramento, que te haga un crimen del amor; por consiguiente, amando y siendo amado, yo no concibo que nadie pueda huir, a menos que el objeto que ama no sea tan indigno, que a toda costa quiera salvarse de sus redes. Y bien, Cepeda; Tula tiene, tú lo sabes, un alma demasiado noble, demasiado altiva; tiene un corazón demasiado apasionado y lleno de delicadeza para dejar lazo alguno al hombre, que quiere romperlos. Si tú quieres huir, ¿puedes reconvenirme de que yo te deje el campo tan libre como necesitas? ¿Es que crees que al huirme tú debo yo perseguirte? ¿Es que exiges, que cuando tú huyes yo quede preparando los lazos para volver a asirte, si la casualidad puede darme ocasión? No, tú me conoces bastante para no pedirme ni esperar de mí cosas degradantes y viles.

Tú no eres ya mi amigo; eres mi amante; el amante a quien adoro, a quien he entregado toda mi alma, toda mi existencia; si tú huyes después de esto, bastante causa es para que yo muera de dolor y de vergüenza; pero no para envilecerme hasta el punto de seguir contigo, como si tal cosa. [225] Para no sentirme herida hasta el fondo del alma e incapaz de volver

a sostener tu mirada, sería preciso que yo fuese una mujer perdida, que con nada obliga, ni se obliga.

Yo no estoy colérica, no; estoy indignada, sí, y, sobre todo, dolorida. Creo que si te hubiese visto como tú me viste, aun cuando el viaje fuese la cosa más urgente, más precisa, hubiera volado a devolver el billete y a decir a veinte amigos que fueran: no voy. Sí, eso hubiera yo hecho en vez de pedir al cielo la muerte y llamar verdugo a la persona a quien haces infeliz; eso hubiera hecho yo, si fuese tú, y luego te hubiera cogido en mis brazos y te hubiera dicho: perdóname; estaba loca cuando creí posible dejarte por mi voluntad; dame la dicha o la desgracia, lo que tú quieras, con tal que te des tú con ella. El dolor, el remordimiento mismo, es dulce en tus brazos, cuando se bebe en tus labios.

Esto hubiera yo hecho, porque yo tengo corazón. Tú haz lo que quieras, lo que has resuelto; pero olvida para siempre a una mujer que sería digna de lo que haces, si fuese capaz de sufrirlo pacientemente. ¡Tú rompes todos nuestros lazos antiguos y nuevos: todos!

Tu amante, ultrajada, no puede ser tu amiga.

(No tiene firma ni rúbrica.) [226]

Carta 48

He recibido la tuya en cama, pues mi jaqueca se ha hecho tan fuerte, que no puedo tenerme en pie, y tomé y conservo la cama, donde permaneceré hasta la hora de comer, por si el descanso me alivia. Comemos a las seis, regularmente, y me es imposible recibir antes de las siete. Si quieres absolutamente que te vea hoy, será preciso que vengas a dicha hora, por solo una; pues a las ocho espero a Concha y estoy comprometida con ella para ir al teatro.

Te recibiré, pues, a las siete, y estarás hasta las ocho, si gustas; pero ten entendido, que no te recibo para reconvenirte ni para quejarme, ni para mandarte que te quedes o que te vayas, como tú me autorizas. No, Cepeda; te recibo porque lo deseas y porque yo no quiero que nada en mí parezca capricho y obstinación de orgullo. Te recibo porque no veo un gran mal en ello, porque será la última vez que nos hablemos en este mundo, y porque no trato ni de quejarme, ni de reconvenirte, ni de mandarte.

Te he dicho lo que debía, y obro como me ordena mi delicadeza. Te he dicho que, si te vas, todo queda roto, todo queda concluido entre nosotros de una manera absoluta, y en esto mi resolución es irrevocable, porque es necesaria. Yo te [227] lo perdono todo, te dejo completamente libre para disponer de tu persona, según tu antojo o conveniencia; te declaro que nada tienes que ver conmigo en lo sucesivo, ni como amante, ni como amigo, ni como mero conocido; porque yo todo lo renuncio hoy; tu amor y tu amistad y tu recuerdo; todo lo renuncio para que seas tan libre como necesitas y vivas tan tranquilo como apeteces. En esto, repito, es imposible que yo cambie de modo de pensar. Tu marcha es el golpe que

todo lo rompe, y lo más que yo puedo hacer y tú puedes pedirme, es que sufra ese golpe sin quejarme. ¡Eso es lo que deseo hacer, eso lo que haré!

Te suplico, pues, que si vienes esta noche, me evites escenas dolorosas e inútiles. He padecido mucho; mis dolores no han sido esos dolores tuyos, que no son más que fantasías; yo he sido desgraciada, tú lo sabes; la suerte ha querido que yo lo sintiese todo; lo poseyese todo, y todo lo perdiese. No juegues con este corazón lastimado. Él te perdona, si le has ofendido, te desea toda felicidad, que para sí mismo no espera, y te dirá un adiós irrevocable y eterno; pero sin acrimonia ni amargura.

En este instante vienen a decirme de parte del Mayordomo de Semana Trujillo, que el sábado me espera en Palacio para la función de no sé qué cruces que van a darse, y que hoy a las seis me espera a comer en su casa, pues es el padrino y reúne hoy a sus amigos. He contestado al ayuda [228] de cámara, que me trajo el recado, que le diga a su señor que estoy en mis días de esplín, que él sabe son horribles, y que, por consiguiente, soy mujer muerta por ahora.

Adiós, Cepeda; sé justo con la que te ha amado, con la que te amaría eternamente, si tú lo hubieras querido.

(Está rubricada.)

Carta 49

Siento que me digas que sigues enojado, aunque lo que añades y el tono general de tu carta me tranquilicen suficientemente. Celebro que tus disposiciones actuales te parezcan menos amargas, que las que dices haber tenido; yo deseo más que nada tu dicha, tu sosiego, que te es tan caro. También yo me siento en mejores disposiciones que hace días tenía, y si tu enojo se disipase me hallaría contenta.

Escucha una súplica, y por Dios no la interpretes mal. Tú crees y dices que la posesión de un objeto mata el cariño que inspiraba; yo no soy tan material, y sea orgullo, sea espiritualismo excesivo, amo y aprecio todo lo que poseo, todo lo que me pertenece. En este concepto amo las cartas porque las poseo, porque son mías; y, sin embargo, como por idéntica razón, las que te he escrito en estos últimos días debe valer poco para ti; [229] quisiera deberte un favor, y es que me dejes tus cartas y me devuelvas las mías; es decir, las que te he escrito desde que estás en Madrid. Han sido un episodio extraño en nuestra amistad, y me darás un placer en devolverme esas páginas intrusas, que te disgustaban por ser largas. No dudo que te deberé este obsequio, que sabré apreciar debidamente, y si exiges que lo pague dándote tus cartas, lo haré, aunque con disgusto.

Me traerás, pues, esos papeles cuando vengas por primera vez a esta tu casa, en la que siempre serás recibido con satisfacción por tu amiga

Tula.

Dios quiera, amigo mío, que ésta no te parezca muy larga. Habituada a escribir a personas que siempre me acusan de laconismo, aún cuando les mando volúmenes, no acierto a escribir a manera de partes oficiales, y así es que temo fatigar tu atención por mucho que simplifique. Perdóname, pues, si ésta no tiene dos líneas solamente en atención a que no lleva la pretensión de ocuparte de su autora, que sólo desea no ser jamás molesta y no turbar en lo más mínimo esa calma que apeteces y estimas como bien supremo, y que, en efecto, debe ser cosa muy buena. [230]

Carta 50

Madrid, 12 de noviembre de 1847.

Señor don Ignacio Cepeda.

Mi siempre caro amigo: recibí a su debido tiempo la grata tuya de Burdeos, celebrando saber que parte de tu viaje ha sido feliz. No he contestado antes porque he estado retirada algunos días en el convento de Loreto de esta corte, y había hecho voto de no distraer mi corazón con nada en esos días consagrados a Dios. Tu estada en ésta me había hecho dar al mundo más de lo que debía, y cuando mi alma volvió a la soledad sintió justos remordimientos y la necesidad de una expiación. Ríete, si quieres, no por eso me avergonzaré de confesar que sólo después de haber llorado mucho el afecto que te he tenido, me atrevo a decirte que te lo tengo todavía.

Mi mamá me escribe dándome el encargo de participarte la boda próxima de Pepita con Castillo. Yo nada tengo por mi parte que noticiarte. Vivo muy retirada y algo enferma desde tu partida; pero deseando siempre tu felicidad y que me creas tu mejor amiga.

Tula. [231]

Carta 51

Madrid, 10 de diciembre.

Mi siempre estimado Ignacio: veo por la tuya, que con placer he recibido, aunque algo atrasada, tu deseo de prolongar tu estada en ésta, y siento no sea cosa a la cual pueda yo contribuir, sino en mis estériles deseos de que alcances cuanto apetezcas.

Carpegna (conde por su voluntad) no viene a casa hace mucho tiempo, ni sé dónde vive, por lo que no he podido indagar por medio de él, si se ha recibido la carta de que me hablas.

Creo, empero, y deseo que Tassara te consiga de su amigote Sartorius la prórroga deseada, y aunque no soy amiga de dicho ministro, me ofrezco, si fuere necesario, a rogar a Narváez le hable sobre el particular.

En casa no ocurre cosa que de contar sea. Madrid muy animado con las soirées de invierno, los teatros, los paseos y las Cortes. Yo, a pesar de mi apatía, tengo que dejar llevarme a veces por la corriente de la animación general, y asisto a las Cortes muchos días, al paseo pocos, y algunos a las reuniones.

Mi familia de Galicia, sin novedad. Parece que la boda de Pepa se realiza en las próximas Pascuas. [232]

Estoy semicomprometida a aceptar un empleo en Palacio. Digo semi comprometida, porque aún no me he resuelto a dar contestación aceptando, pero mi ánimo se halla algo dispuesto al sí, a pesar de mi repugnancia a todo lo que parezca dependencia. No sé si variará mi actual disposición; probablemente, eso dependerá de otras circunstancias, que aún sólo son previstas. De todos modos, y aun cuando acepte mañana mismo, mi empleo no se me dará hasta principios de año, tiempo en que se hará un arreglo en la servidumbre real. Si antes de dicha época cayese el ministerio, es fácil que no me colocasen, aun temiendo mi aceptación. Dios dispondrá.

No he recibido la cajita de papel, pero te la agradezco mucho aun antes de recibirla, pues veo lo activo que has estado, y que depende del posma del cónsul el retardo. ¡Que todos los viejos han de ser pesados!

Monsieur Patorni me ha escrito de París y me habla de ti, estimándome la visita que hiciste a su señora en mi nombre. Hoy le contesto. Saluda a madame Patorni afectuosamente de parte mía: es una amable persona.

Adiós, mi buen amigo, toujours t'aime, Tula.

Estarás hecho un parisién, ¿no es verdad? Hablarás la lengua de Racine a maravilla. ¡Oh, qu'il m'ennuie, mon ami, de passer tant de temps sans t'entendre parler! Sans ton amitié je suis abandonnée a ma propre indigence; á cet vide de mon [233] ame si grand, si deplorable. Man coeur s'attriste, s'ennuie de vivre si long-temps sans entendre une voix amie; mais il reconnait alors mieux que jamais qu'il est icibas dans un lieu d'exil, et qu'il ne doit mettre son esperance en aucune chose du monde. Pour te dire celà il faut t'ecrire en français: j'ai fait serment de ne pas te dire jamais mes sentiments secrets dans la langue avec la quelle je t'ai dite pour la derniere fois adieu.

Carta 52

Madrid, 4 de febrero de 1850.

¡Una carta tuya después de un siglo de un silencio de muerte!... Gracias; te doy gracias de no haberme arrebatado para siempre mi última creencia, la última fe que he fundado en la tierra. Sí, he creído en ti, en tu corazón, en tu lealtad; tu silencio me había casi persuadido de que no valías más que la generalidad de los hombres, de que tu corazón era uno de tantos, de que tu lealtad no llegaba hasta decir noblemente -nada eres ya para mí-, y esto me hizo padecer mucho, créelo. ¡Nos aferramos tan tenazmente a nuestras ilusiones cuando son pocas las que nos quedan! En fin, he aquí una carta tuya. ¡Nada!, no hablemos nada de lo pasado en cuanto pueda acarrear recriminaciones mutuas y que son inútiles por lo [234] menos. Ni aun quejarme quiero de la interpretación que me confieras haber dado a mi última carta, bien que a la verdad me haya parecido extravagante y desnuda de sentido común. Pero he aquí una carta tuya, y yo no veo más sino esto, que tu corazón lanza un acento preguntando por el mío, y que el mío debe responderte sin amargura, sin vehemencia, olvidando todo lo que pudiera hacer dolorosa la comunicación, tanto tiempo interrumpida, que hoy se restablece. De quién fue la culpa, no es ocasión de indagarlo; tuyo es el mérito de que haya cesado, y esto basta a mi alma, y esto borra todo otro recuerdo.

Y bien, has trabajado, viajado y padecido; de lo primero y de lo segundo me alegro, de lo tercero no me admiro, pero me apesadumbro. Padecer es nuestro destino, amigo mío; trabajar y viajar suele aturdirnos y librarnos algunos momentos de aquella terrible necesidad y por eso me complazco en pensar que tus viajes y tus trabajos habrán acertado y aligerado la última parte de tu vida a que haces referencia, la parte de padecimientos. Y sin embargo, tengo muy presente aquellas palabras de madame Stäel, verdaderas como todas las revelaciones del genio: «Viajar, por más que se diga, es uno de los placeres más tristes de la vida. Apresurarnos por llegar adonde nadie nos espera, impacientarnos por una tardanza que a nadie afecta sino a nosotros, llegar adonde nada nos recuerda [235] lo pasado ni tiene relación con nuestro porvenir...», etc.

Esto decía, poco más o menos, aquella mujer de tan gran talento como corazón, y esto habrás tú sentido, aunque no lo digas. Yo también sé por experiencia que la atmósfera de un país extranjero encona más las llagas del corazón, y rara, rarísima vez caen sin acrecentamiento de amargura las lágrimas que se derraman sobre un suelo que no es el nuestro. Pero tú tenías sed de cosas nuevas, gustas ver y estudiar, esto te habrá embriagado algunos momentos y entretenido muchos días. Luego, París es el centro de los amores fáciles y de los placeres tumultuosos. Habrás tenido también tus horas de fascinación y de vértigo: llevabas una organización joven y una cabeza poco gastada. Habrás gozado, habrás creído amar tal vez, y sobre todo esto, ¡cuántas emociones nuevas para tu alma en todas esas terribles peripecias políticas y sociales!... Un trono que se hunde, una revolución que amenaza invadir a Europa y no dejar en pie nada de todo aquello que había parecido eterno en otros tiempos. Sí, habrás vivido, si la vida debe medirse por las sensaciones; habrás vivido y, por consiguiente, habrás padecido; pero todo eso te convenía; todo eso te era necesario. Has estado enfermo, me dices, y me dejas entrever que el mal comenzó en la región del alma; que tuviste pérdidas sensibles, ¡ay, amigo mío! Hace años que yo escribía estos versos en que le decía a Dios. [236]

Rompes mis lazos cual estambres leves;
cuanto encumbra mi amor, tu soplo aterra,

y haces, Señor, exhalaciones breves
las esperanzas que fundé en la tierra.
Así tal vez tu voluntad me intima
que sólo busque en ti sostén y asiento;
que cuanto el hombre en su locura estima
es humo y polvo que dispersa el viento.

¡Humo y polvo, Cepeda, humo y polvo, y nada más! Así vemos ir desapareciendo unos tras otros nuestros ídolos de un día. A veces ellos propios se hunden por su flaqueza; a veces nosotros los pisoteamos en la rabia de la decepción: a veces, y esto es lo menos malo, Dios nos los arrebató ofendido de nuestro profano culto. De todos modos, llega un día en el cual comprendemos por qué no hallamos nada en torno nuestro; por qué el abismo inmenso de nuestra alma está siempre sediento y vacío; por qué todo ha pasado menos nuestro anhelo inmortal: entonces es preciso creer que hay algo que corresponda a Él, algo que sea, como Él, eterno; como Él, infinito, en fin, amigo mío, entonces creemos en Dios y buscamos a Dios. Permites que aún te cite con este motivo otros versos míos:

¡Tú eres, Señor, amor y poesía!
¡tú eres la dicha, la verdad, la gloria!
¡todo es, mirado en ti, luz y armonía!
¡todo es, fuera de ti, sombra y escoria!

¡Dichoso aquel que de pérdida en pérdida y de [237] dolor en dolor llega a comprender esta gran verdad, y más dichoso, querido Ignacio, quién, después que la comprende, sabe sacar provecho de ella! Yo he llegado al primer caso; pero no sé qué fatalidad inexplicable me retiene frente a frente de aquella luz, encadenada y sin valor para acercarme más al calor de sus rayos. Hastiada del mundo; despreciando todos sus oropeles; necesitada de reposo y paz; anhelante de grandes objetos; yo, sin embargo, sigo aquí en medio de las pequeñeces tumultuosas de la vida social, que me pesa, que me fastidia, que me da lástima y risa; y sigo no sé por qué, ni hasta cuándo.

Escribo: mi última tragedia ha hecho mucho ruido; se ha dicho mucho bien y mucho mal de ella; que es lo bastante para darle celebridad. Se han gastado gruesas sumas en ponerla en escena; augustas distinciones la han favorecido, severos críticos la han encomiado; un público ávido y curioso ha llenado el teatro largo tiempo; en fin, ha sido un suceso teatral, que me ha puesto más en evidencia que lo estaba ya. He sido colmada de lisonjas en bailes de altas regiones; en saraos particulares; en todas partes. Parece que la sociedad toda quiere desde entonces probarme que vale algo ella y que valgo algo yo; pero, amigo, la venda está caída; yo la veo y me veo, y me río de ella y de mí. Ni sus calumnias cuando me calumnia, ni sus elogios cuando me ensalza, ni sus desprecios, ni sus adulaciones, nada llega ya a mi [238] alma; todo resbala como una gota de agua sobre una superficie lisa y sin poros. ¡Y heme aquí sin embargo!

No sé si deseo algo, si algo espero; a veces me parece que hay cierta cosa providencial en esta pereza mía, que estoy así inmóvil en el desierto de mi vida, porque el cielo lo dispone a fin de cumplir algún designio suyo. ¡Qué sé yo! Me parece que lo que es por mí no me estaría aquí; que me hubiera ya huido muy lejos del mundo. Alguna vez, sin

embargo, me pone miedo la idea de la absoluta soledad: no puedo aislarme de mí misma y esto me intimida, porque creo que separarme de todo y llevar mi propio pensamiento es entregarme desarmada a mi mayor y más fuerte enemigo. En esos momentos de pavor y de duda y de afán y de cansancio, en esos momentos todavía vuelvo los ojos hacia la tierra, falta de fuerzas para fijarlos en lo alto, y me parece que me hace falta un corazón amigo, que debo buscarlo, todavía, que es posible hallarlo. En esos momentos deseo oír un acento veraz, que me diga: «Ven a mí»; y ya fuese el acento de un hombre, ya el de un ángel, ya el de un demonio, aquel acento en aquel momento pudiera llevarme muy lejos; pero, por fortuna, aquel momento pasa y los acentos que oigo no se parecen al que yo sueño alguna vez, y que no debo escuchar jamás... ¡Oh!, no es amor lo que puede ya anhelar mi alma, no; ¡es algo más profundo y más santo! Es la ternura; [239] pero una ternura..., en fin, ¿á qué viene hablar de esto? El caso es, amigo mío, que tú vives y padeces, y yo, pobre alma poética metida entre lodazales, yo no vivo ni padezco más, sino en mis instantes de delirio; mi vida habitual es la inercia, la postración, la ausencia de toda sensación poderosa.

Te he escrito esta larga carta en medio de un ruido infernal; mi casa está llena de gentes, que vienen a ver a mamá, que llegó hace tres días de Segovia a pasar algún tiempo conmigo. La he dejado recibiendo, y yo me he entretenido en charlar contigo, aunque sin orden ni concierto.

De mi familia todo lo que puedo decirte de nuevo es que Pepa tiene ya un niño, y está en vísperas de otro. Se lleva bien con su marido, aunque él es la antítesis de Salomón, según indicios. Felipe, mi hermano, está en América. Emilio, siempre misántropo y raro, está ahora en Madrid con mamá. Manuel, tan bueno y siempre calavera, aunque dice que piensa en casarse. Concha, tan impasible como de costumbre y con sus tres chicuelos. Carmen, su tía, en La Habana.

Ya ves que te pago con usura tus letras, y como no quiero que, a fuerza de ser pródiga, te canse a ti mi amistad, me determino a concluir, sin necesidad de asegurarte, que siempre es tu mejor amiga

Tula.

Vivo en calle de la Puebla, núm. 19, cuarto segundo derecha. [240]

Carta 53

Madrid, 26 de marzo de 1854.

Querido Ignacio: ¡Gracias al cielo que te has acordado de mi existencia y que me envías noticias de la tuya! Me había llegado a persuadir, en vista de tu largo silencio, de que te habías quedado entre los turcos, renegando de todas tus afecciones de España. La última tuya que llegó a mis manos fue la de Constantinopla. Nada más he sabido de ti desde

entonces, ni sabía cómo escribirte ignorando tu paradero. En este tiempo de incomunicación, amigo mío, grandes y muy tristes trastornos han ocurrido en esta pobre familia. Mi hermana murió hace dos años de una tisis violenta, dejando tres hijos, el mayor de menos de cuatro años. Mamá, acabada por aquel golpe, se halla paralítica, sobrellevando penosamente una vida miserable, llena de achaques continuos. Yo, dedicada a su cuidado, ni aún tengo tiempo para mis trabajos literarios; porque a más de los disgustos de mi familia, el cansancio del mundo, el hastío de las realidades de esta pícara existencia y el vacío profundo de mi pobre corazón, que tanto ha amado y tan mal ha sido comprendido, todo se reúne para inspirarme lejanía de la sociedad y afecto al retiro. [241]

El año pasado compré una casita de campo y me fui a ella resuelta a no dejarla más. El mal estado de mi salud me obligó a no cumplir mi promesa, llevándome a Santander durante el verano para tomar baños de mar. A mi vuelta cayó mamá postrada, y me fue preciso volver a Madrid para atender a su asistencia. Así me tienes otra vez, muy a pesar mío, metida en este mundo que desprecio y más sola mi alma que lo ha estado nunca. Mi bello ideal es, hace tiempo, el absoluto aislamiento, y es precisamente lo que no alcanzo de Dios. Con todo, es probable que este año, si se realiza el infausto suceso que temo, si pierdo a mamá, mi suerte se fije por último, definitivamente, y me verás en un convento, o bien (si a tanto no me decido) sabrás, que surco nuevamente el Atlántico buscando, como el pobre Heredia, otro cielo y otra tierra. Siento la necesidad de algún cambio grande que saque mi vida del estado de marasmo en que ha caído. Aquí todo me cansa ya.

Y bien: tu carta ha llegado cuando estoy cercana a una crisis decisiva. ¿Será disposición del cielo? ¿Será que debemos no separarnos, acaso para siempre, sin vernos todavía una vez y darnos un tierno adiós? Lo pienso así, amigo mío, y casi me persuado de que es cosa segura que vengas este año a Madrid, que te vea en él, y que tal vez tus consejos me guíen en la elección del partido irrevocable que pienso abrazar, si Dios dispone de mí [242] madre y yo la sobrevivo. Mi corazón, que ha sido tachado de inconsecuente, es, respecto a ti por lo menos, de rara perseverancia. Siempre que los busco, encuentro en su fondo adormecidos, pero no debilitados, los sentimientos que supiste inspirarle. Siempre eres mi primer amigo; el hombre de mi confianza; de mi estima; de mi fe. Todos los indicios, que en tu proceder haya podido ver de que, no eres mejor que el resto de la humanidad, no han sido bastantes a destruir aquella persuasión instintiva de que eres bueno, de que eres leal, de que eres una noble naturaleza excepcional en esta mísera raza; y yo soy una criatura que, a pesar suyo, consulta más a sus instintos que a su razón. Te quiero, pues, todavía; todavía creo, a pesar de todo, en tu amistad; y todavía anhelo que tengas alguna parte en la decisión de mi destino futuro. Ven, pues, este verano o este otoño; ven para que tu amiga te cuente todas sus vacilaciones y disgustos, y para que la dirijas en sus resoluciones.

Respecto a lo que me consultas sobre mis cartas, sólo puedo responderte que no recuerdo exactamente lo que contienen. Ignoro si hay en esas cartas confidenciales cosas que puedan interesar al público, o si las hay de tal naturaleza, que deban ser reservadas. Cuando nos veamos, hablaremos de eso y examinaremos dichos papeles. Cuando nos veamos, sí; porque cuento que nos veremos sin falta. [243]

Adiós, Cepeda: dirige tus cartas para mí a la calle de San Quintín, número 8, cuarto 3.º de la derecha.

Mamá te saluda; lo mismo Manuel, aunque no vive con nosotras; Emilio nos acompaña, y Felipe está en Valladolid con su regimiento.

Ya sabes que tenemos en el poder a tu amigo (y enemigo mío) Sartorius, que está haciendo lindezas. Este pobre país da lástima. Adiós otra vez, querido; cree que es tu mejor amiga,

Tula. [244] [245] [246]

[247]

Necrología del Ilustrísimo señor don Ignacio de Cepeda y Alcalde

El 16 de noviembre de 1906 falleció en su casa solariega de la villa de Almonte, llorado de propios y extraños, el Ilustrísimo señor don Ignacio de Cepeda y Alcalde, varón insigne por sus talentos y sus méritos, dejándonos trazado con el ejemplo de sus virtudes cívicas un camino que seguir y un modelo que imitar. Su varia cultura, adquirida en buenos libros y en el trato del mundo durante sus largos viajes por España y por el Extranjero, la amenidad de su conversación, lo afable de su carácter, la prudencia en sus palabras, lo reservado en sus juicios y, sobre todo, la bondad de su corazón, donde no tuvo asiento jamás el engaño ni la mentira, le hicieron ser respetado y admirado como ninguno de sus convecinos, por cuantos tuvieron la fortuna de tratarle.

Había nacido en Osuna el 21 de enero de 1816 de nobles padres, que, por tener grandes bienes [248] de fortuna, no escatimaron lo más mínimo en la esmerada educación de aquel niño, en quien, por azares de la suerte, habría de continuar la casa y apellido de los Cepeda, descendientes de la familia de Santa Teresa de Jesús. Hizo los estudios de Humanidades en el Colegio de la Asunción de Córdoba, el más famoso entonces en Andalucía, donde con la enseñanza de celosos maestros, y bajo la dirección moral y religiosa del señor Cascallana, Canónigo penitenciario de aquella Santa Iglesia, fue cultivando su espíritu naturalmente reflexivo y observador para cursar el Derecho en la Universidad de Sevilla, logrando las mejores calificaciones, hasta recibir la investidura de licenciado, con la de nemine discrepante, en la expresada Facultad el 18 de febrero de 1840.

Su afición al estudio, que tanto le había distinguido entre sus compañeros de Universidad, la constante lectura de los tratadistas de Derecho y de las obras de los pensadores de allende el Pirineo, y el trato y comunicación intelectual con la parte más culta y virtuosa de la buena sociedad hispalense, que frecuentara, completaron la educación de su bien equilibradas facultades, para hacer de él un hombre de ciencia, el estudiante del hombre, como le plugo llamarse algún día, y le llevaron en plena juventud a ocupar la

Asesoría de Rentas y un puesto entre los Consejeros provinciales de Sevilla, no impidiéndole el [249] desempeño de tan honrosos cargos el alistarse como soldado en 1843 con otros distinguidos jóvenes sevillanos en la Compañía de Tiradores de San Fernando, cuando la ciudad se vio sitiada por las tropas del General Van-Halén, que obedecía las órdenes del Regente Espartero, ni el asistir como alumno al curso extraordinario de Humanidades e Historia, que explicaba (1845 a 1846) en el Colegio de San Diego el eminente maestro don Alberto Lista.

Empero su ambición insaciable de saber (que no de otra cosa fue avaro el señor Cepeda) le impulsó a ampliar la esfera de sus conocimientos fuera de España; aspiró a europeizarse, como ahora decimos, con un fin harto noble, cual era el de ser útil a su patria, el de ver las mejoras que podía importar en su país, y al efecto emprendió larga peregrinación por diversas naciones, estudiando los ramos de la administración pública y especialmente los de Agricultura, en cuya honrosa empresa ostentaba una misión honorífica, una especie de representación del Gobierno español para el más acertado desempeño de su generoso cometido. Francia y Austria, Grecia y Hungría, el reino de Prusia, que florecía como ahora con todos los esplendores de la civilización, la poética Italia, entonces fraccionada en pequeños Estados, Turquía y Palestina fueron el campo recorrido por su actividad no cansada y fueron también el objeto peculiar de su fina observación y de sus curiosos [250] estudios, que dejó consignados, ya en luminosas Memorias e informes, que remitía al Gobierno, con quien mantenía frecuente comunicación sobre puntos comerciales, agrícolas o económicos, ya en muy eruditas cartas dirigidas a personas de la más alta significación política conteniendo sus impresiones y juicios sacados de la realidad sobre cada pueblo importante que iba visitando.

Una labor tan meritoria como venía realizando a sus expensas el señor Cepeda durante varios años, sin recibir subvención alguna oficial de ningún género, no pudo menos de llamar poderosamente la atención del Gobierno de Su Majestad, que quiso recompensarle de algún modo, concediéndole el nombramiento de Consejero Real de Agricultura, cuando aún no había terminado su largo viaje, como una muestra del Real agrado con que se habían visto sus servicios.

Era en Diciembre de 1853, esto es, después de seis años de continua peregrinación, cuando regresaba a su patria el señor Cepeda; y, renunciando a vivir en la corte, adonde le llamaban sus amigos y le esperaba un porvenir digno de su talento y de sus conocimientos, decidía establecerse en Almonte, lejos del bullicio de las grandes ciudades, para dedicarse por completo a sus estudios favoritos.

Uno de sus primeros cuidados fue el implantar en la villa algo de lo que había visto en el Extranjero, que pudiera ser beneficioso a sus conciudadanos. [251] A éste, su deseo, obedeció la creación del Banco Agrícola, a estilo de los que había visto funcionar en Prusia y Bohemia. Era Monte de Piedad, en cuanto facilitaba modestas cantidades (en general de 50 reales a 1000) a los pequeños propietarios, para hacer las labores de sus campos, al módico precio de 6 por 100, con lo que se destruía el vicio tan arraigado de la usura, a la vez que favorecía a las clases menesterosas, y por ende a los intereses morales del pueblo: «Sirve al necesitado y no se sirve de su necesidad, ni exige los recargos cuando la dilación en el pago procede de alguna singular desgracia que sea notoria o de la que se haya avisado

en tiempo oportuno», como se consignaba en el artículo 1.º de su reglamento. Y era Caja de Ahorros en cuanto admitía imposiciones en metálico, desde 10 reales abonando por ellas el 4,4 y medio y hasta el 5 por 100 anual, según las condiciones en que eran recibidas las cantidades, con lo que indicaba que su creación obedecía a estimular por medio de la economía el amor al trabajo, la moralidad y el buen orden doméstico, ya que proporcionaba a las personas menos acomodadas, como artesanos, jornaleros y sirvientes, el medio de formar un pequeño ahorro con que pudiesen auxiliarse en sus enfermedades o en su vejez.

Empezó a funcionar el Banco el 1.º de enero de 1856, y diez años después hubo necesidad de reformar su reglamento. Sucedió en el otoño de [252] 1866, que habiendo sido muy escasa la cosecha subió extraordinariamente el valor del dinero y los imponentes en la Caja de Ahorros, unos necesitados de numerario y otros, los más, estimulados ante la idea de mayor ganancia, comenzaron a retirar sus capitales, lo que obligó al director y fundador a subir el rédito a los que recibían fondos del Banco, como único medio de poder aumentar el interés a los imponentes, a fin de disminuir o evitar los retiros. Pero la medida adoptada no dio resultados prácticos, y esto unido a que el Monte de Piedad iba aumentando progresivamente su pasivo, representado por las cantidades no satisfechas, fueron a la larga causas inevitables de la supresión del Banco Agrícola. La ambición de unos pocos y la incultura general del pueblo labraron a medias su ruina. ¡Cuántos bienes hubiera proporcionado la permanencia de aquella hermosa institución!

No estuvo afiliado el señor Cepeda a ningún partido político, «y la causa fundamental - decía- es, que en todos he visto la falta más o menos disimulada de imparcialidad, base de toda justicia»; pero no pudo impedir que sus numerosos amigos, conocedores de su rectitud y honradez inmaculadas, le eligieran diputado a Cortes por el distrito de La Palma, elevado cargo que desempeñó con el carácter de independiente, votando unas veces con las oposiciones, otras con el Gobierno, según su leal saber y entender, sin [253] que pudieran jamás apartarle de esta línea de conducta las sugerencias de la amistad, ni las múltiples deferencias que recibía, ya del presidente de la Cámara popular, el fogoso orador Ríos Rosas, ya del primer duque de Tetuán, presidente a la sazón del Consejo de Ministros.

Su mejor discurso fue, sin duda, el pronunciado en las tardes del 21 y del 25 de junio de 1866, consumiendo un turno contra la totalidad del presupuesto de Hacienda. El sistema tributario implantado en 1845 había descubierto la riqueza particular, que se escondía de tal modo, que según las cifras oficiales no quedaba en algunas provincias a todos los contribuyentes, unos con otros, ni medio real por cabeza para atender a todas sus necesidades; este absurdo demostró sencillamente que había una inmensa ocultación en la masa imponible local y general. Mas el sistema tributario, que nació para remediar ese mal, trajo tales armas, que produjo un cambio extraordinario, un aumento pasmoso en la tributación, que reconocía por causa los grandes errores de las estadísticas oficiales, llevadas a cabo por empleados del Ministerio de Hacienda, sin oír a los Consejos Provinciales, a los cuales correspondía conocer contenciosamente de todas las cuestiones sobre repartimiento o exacción individual de toda especie de cargas generales, provinciales o municipales. Como la Hacienda era juez y parte, resultaba que de 90 pueblos, verbi gracia, que tuvieran perfecto conocimiento [254] de haber sido gravados en demasía, sólo 30 incoaban el expediente de agravio y sólo 3 lo llevarían a cumplido término; de donde dimanaba el error de estar orgulloso el Gobierno de los progresos de nuestra agricultura,

calculados por su rendimiento, y el silencio de la mayoría de los pueblos era interpretado por el reconocimiento de su falta de razón, mientras que el aumento progresivo de tributos seguía empobreciendo los manantiales de riqueza.

Las cartillas evaluatorias, de donde se había formado la estadística tributaria, eran nacidas de la ignorancia, de los odios y pasiones políticas en que ardían los pueblos, y como no había, fuera de las oficinas de Hacienda, medios hábiles de hacer las reclamaciones, el Gobierno había venido a invalidar los más legítimos derechos del contribuyente, sin que éste tuviera en el Alcalde un poder tutelar y moderador. «El cargo de Alcalde -decía- no está rodeado de la consideración que merece, por lo cual se retiran los prudentes y se apoderan de él los hombres de menos valía, disputándose el triunfo en proporción, que es menor lo que arriesgan o tienen que perder de crédito y de fortuna, pues ambas cosas se comprometen grandemente.» Terminaba su discurso el señor Cepeda pidiendo que los expedientes de comprobaciones sobre agravios no se confiaran a agentes, vulgarmente llamados lechuzos, que ofenden y desautorizan la administración pública, sino a personas [255] las más dignas y sensatas, conocedoras de las localidades, para que esas comprobaciones no vinieran a enmarañar más nuestra Hacienda. «Preciso sería -dice- que la estadística se plantease bajo bases de unidad comparativa, que garantizase mejor la proporcionabilidad o nivelación, que no nos darán nuestras Comisiones aisladas trabajando simultáneamente. Pero, ¿quién o qué cosa impide que se haga equitativa la distribución y exacción de los impuestos? ¿Qué cosa impide que se regularice la administración municipal y que se ponga coto a la creciente desmoralización que nos está devorando? Señores: yo creo que nuestras grandes y no interrumpidas contiendas políticas vienen formando la ocupación esencial de los que debieran dedicarse al estudio y mejora de nuestra administración, sin dejarles tiempo para el examen de sus vicios, ni imparcialidad para juzgar las personas y las cosas, ni vigor para ajustarse constantemente a la justicia. El Ministerio, que no tiene lugar ni aun para defenderse, ¿tendrá el tiempo y la calma indispensable para examinar y corregir bien los vicios de nuestra administración?»

Pero otro hecho de más relieve que los discursos parlamentarios vino por aquellos días a hacer resaltar, especialmente en los Círculos políticos, la personalidad ilustre del señor Cepeda. Me refiero a la aparición de su folleto titulado Roma, escrito hacía catorce años en forma de carta y no [256] publicado hasta esa fecha, en que la cesión del Véneto, que acababa de hacer Austria, como consecuencia de la batalla de Sadowa, había puesto sobre el tapete, por centésima vez, la cuestión romana, o sea, el sostenimiento del poder temporal de los Papas, ardua materia que se debatía en los gabinetes diplomáticos. Había estudiado el señor Cepeda durante su permanencia en la ciudad eterna la defectuosa constitución de los Estados pontificios, sujetos mal de su agrado a la autoridad de Pío IX; había observado de cerca con la serena mirada del filósofo la fuerza propulsora de aquella revolución que avanzaba como ola gigantesca al grito de la Italia irredenta; y dedujo lógicamente de aquellas premisas, que de no cortar el mal se corría el inminente riesgo de ver convertida a Roma en capital política del reino italiano, cosa que sería indigna del mundo católico, pues aquella ciudad no era exclusivamente italiana, sino propia de todos los Estados cristianos, que con sus donaciones y sus limosnas habían contribuido a engrandecerla. No entraba en la cuestión de derecho de si el Papa debía, o no, ser rey temporal, sino que partiendo del hecho innegable, de la realidad cruel, proponía, como remedio al mal que amenazaba, el que el Pontífice, de acuerdo con los Príncipes católicos, renunciase voluntaria,

generosamente el título de rey de aquellos pequeños Estados, que abiertamente le eran hostiles, y se limitase a ser soberano de Roma, que, al estilo de [257] Hamburgo, quedaría como ciudad libre, respetada al igual por propios y extraños: «Siendo las consecuencias - decía- de esta medida salvadora, o de este magnánimo ejemplo de abnegación y prudencia: 1.º, que conservando el Papa la única ventaja que le ofrecen hoy sus dominios temporales, que no es otra que la de vivir en un territorio materialmente independiente, quedaría libre de las mortales congojas e insuperables inconvenientes que la pésima y hoy incorregible administración de sus Estados le ofrece; porque si la bella Italia no es ahora el país más envidiable, moral, política, ni aún científicamente considerado, los Estados Pontificios son evidentemente inferiores a todos los demás; 2.º, que las cualidades de un gran príncipe no son las de un santo sacerdote; y si apenas hay quien pueda hoy sostenerse como rey ¿cómo no apartar del Padre común de los fieles los sinsabores y peligros, que le está ofreciendo su reino temporal? Y puesto que la flaqueza humana llega a desastrosa siempre que el hombre desconoce su propia y natural limitación, manifiesta prudencia es abandonar la carga innecesaria cuando las dificultades del camino crecen hasta poder apenas conducir lo más indispensable; 3.º, que desembarazado el Papa del peso cada día más insoportable de su administración temporal, se entregaría todo a su primitivo y santo ministerio, con gran provecho de la Iglesia universal y satisfacción de sus propios súbditos, [258] ahora rebeldes, porque exagerando todos los errores del poder temporal del clero, llegan con esta pesadilla, que les abruma, hasta poner sus más naturales penalidades a cargo del gobierno político del Estado; 4.º, que no teniendo el Papa más que la ciudad de Roma, encargaría su gobierno temporal al Municipio, o a un príncipe romano, que administraría con sujeción al Papa, quien se reservaría la alta protección de las prerrogativas civiles que diera a su delegado; 5.º, que en lugar de la violenta y por lo mismo cada vez más insuficiente y más incierta dotación, que los Estados Pontificios dan a su soberano, todos los pueblos cristianos llenarían noble y dignamente este deber común, materialmente imperceptible para cada uno. Deber católico que ampliaría o completaría este pensamiento con solo incluir en la cuota de cada nación la suma con que todos sus individuos contribuyen hoy por gracias apostólicas al sostén de la curia romana...; 6.º, que esta dotación colectiva, que debería distribuirse con arreglo al número de católicos de cada país, podría y acaso convendría mucho, que tuviera un pequeño aumento respecto a los Estados del Papa; aumento que, con el carácter de reconocimiento de su soberanía temporal, no sólo dejaría vivos esos derechos para las eventualidades del porvenir, sino que contribuiría poderosamente a salvar los graves obstáculos que para una renuncia pura y absoluta de los Estados temporales, pudieran presentarse; [259] 7.º, que las condiciones de la soberanía temporal, que para el Papa es lo accesorio, no pueden llevarnos hasta desconocer, que la violenta conservación de estos Estados y sus rencorosas protestas contra el Soberano temporal van desviándoles del Soberano Pontífice y constituyéndoles en verdaderos protestantes. Mal inmenso que, si se reconociese posible atajar con la indicada renuncia, ésta sería dulcísima para nuestro santísimo padre Pío IX, cuyas grandes amarguras afligen también profundamente a toda la cristiandad.»

.....

Tan sana doctrina fue recibida, sin embargo, con recelo por las personas timoratas, que la conceptuaron ofensiva a los oídos piadosos, al paso que tachaban de liberal a su autor; y como éste no se había propuesto en modo alguno disminuir el respeto y la admiración que

debe inspirar el Santo Padre, sino defender su independencia y la dignidad de la Iglesia católica, se apresuró a retirar de la circulación su folleto. ¡Con cuánta sorpresa verían cuatro años después esas personas piadosas, que se habían confirmado, por desgracia, aquellos temores y aquellas predicciones!

Desde esa época, la más culminante de su vida ejemplar, habitó constantemente el señor Cepeda su casa de Almonte, que, según su propia frase, tiene tanto de palacio como de cortijo. De allí le sacó el pueblo en masa para darle la vara de Alcalde la mañana del 22 de septiembre de 1868, al [260] recibirse la noticia del comienzo de la Revolución; allí fue el consultor constante de todos los Ayuntamientos que se sucedieron en la villa; el abogado gratuito de cuantos demandaron su dictamen o su consejo; el bienhechor más decidido de los pobres, que pronunciaban su nombre con respeto, porque jamás cerró sus oídos a las miserias ajenas, y su dinero fue siempre el primero para remediar las calamidades públicas o las necesidades privadas.

Aristócrata por su cuna, por condición ingénita y por sus aficiones, tuvo por rara cualidad inherente a su carácter la de ser afable, llano y cortés en su trato, a estilo de los grandes señores, lo mismo con el rico que con el pobre, con el rudo que con el instruido, con el anciano que con los niños. Vivió, no obstante, en cierto distinguido aislamiento de sus convecinos, único medio de conservarse inmune a las rencillas y pasiones políticas locales; mas su casa estaba siempre abierta a todo el mundo, que por tradicional costumbre entraba y salía por ella con plena libertad como en la suya propia, pero con un respeto extraordinario, como si aquel recinto fuera un templo.

Obró siempre el bien, practicó las virtudes cristianas, fue amante de la verdad, generoso y caritativo, no hizo mal a nadie, no tuvo enemigos. ¡Dichoso él, que al bajar al sepulcro cargado de años y de merecimientos, pudo decir desde lo [261] íntimo de su conciencia: ¡amé la justicia, aborrecí la iniquidad, por eso he sido querido y respetado de todos!

LORENZO CRUZ DE FUENTES

Huelva a 16 noviembre de 1907.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.